

26ª REUNION — Continuación de la 16ª SESION ORDINARIA — AGOSTO 13 DE 1953

Presidencia del doctor Antonio J. Benítez

Secretarios: doctores Rafael V. González y Eduardo T. Oliver

Prosecretario: doctor Roberto J. Murano

DIPUTADOS PRESENTES:

ACOSTA, Policarpo
ACUSA Judith Elida
AGÜERO, Teodomiro de la Luz
ALBARELLOS, Juan
ALBRIEU, Oscar E.
ALENDE, Oscar Eduardo
ALONSO, José
ALVAREDO de BLANCO SILVA, Obdulia
ALVAREZ, Magdalena
ARIAS, Jesús Pablo
ASTORGANO, José
ATALA, Luis
BALBI, Aimar A.
BELNICOFF, Manuel
BENÍTEZ, Antonio J.
BIDEGAIN, Oscar R.
BIONDI, Josefa
BLASI, Héctor A.
BRIGADA de GÓMEZ, Josefa Dominga
BUSTOS FIERRO, Raúl C.
CAMPANO, Guillermo M.
CAMUS, E. P.
CANTORE, Luis
CARBALLIDO, Dorindo
CAFFENA, Ezio Armando
CARRIZO, Francisco Isidro
CASTAGNINO, Héctor
CASTRO, Orlando
CASUCCIO, María Elena
CAVIGLIA de BOEYKENS, María C.
CLEMENT, Fernando Abel
COPELI, Francisco
CHALUP, Hugo del Valle
DACUNDA, Angélica E.
DA ROCHA, Alejandro J.
DEGLIOMINI de PARODI, Delia D.
DEGREEF, Juan Ramón
DEIMUNDO, Antonio J. C.
DEI RÍO, Arturo R.
DE PRISCO, Guillermo
DÍAZ DE VIVAR, Joaquín
DISKIN, David
D'JORGE, Luis
DOMÍNGUEZ, Roberto
DUSSAUT, Santiago
FASSI, Santiago Carlos
FERNÁNDEZ, Expédito
FERNÁNDEZ, Hernán S.
FERRER ZANCHI, Alfredo G.
FLORES, Francisca A.
FONTANA, Alfredo
FORTEZA, Eduardo J.
GAETA de ITURBE, Dora Matilde
GAGO, Bernardo
GALLO, Luis M.
GARCÍA, Juan C.
GIANOLA, Jorge N.
GOBELLO, José
GOITIA, Carlos Inocencio

GÓMEZ, Manuel Vicente
GOMIS, Pedro A. J.
GONZÁLEZ, Antonio F.
GONZÁLEZ, Santos
GONZÁLEZ, Ventura
HERMIDA, Antonio
LABANCA, Enrique V.
LANFOSSI, Adolfo
LANNES, Héctor L.
LATELLA FRIAS, Donato
LOGUERCIO, Dante N.
LÓPEZ, Gerardo
LÓPEZ, Noé
LÓPEZ, Pablo
LÓPEZ, Plácido Guillermo
LUNA, Pedro Antonio
MACABATE, Manuel E.
MACRI, Ana Carmen
MARCÓ, Teodoro E.
MARTÍNEZ, Darwin
MERLO, Patrocinio
MESSINA, Bernardo R. A.
MIEL ASQUÍA, Angel J.
MIGUEL de TUBÍO, Josefa
MORENO, Silverio
MORESCH, Humberta P.
MUSACCHIO, Miguel
NUDELMAN, Santiago I.
ORDÓÑEZ PARDAL, Pedro A.
ORLANDI, Rómulo E.
ORTIZ de SOSA VIVAS, Dominga I.
OSELLA MUÑOZ, Enrique
OTERO, Pedro Ramón
PALLANZA, Adolfo
PARINO, Edmundo
PELLERANO, Jorge S.
PERALTA, Angel Enrique
PERETTE, Carlos H.
PEREZ OTERO, Tito V.
PERICAS, Luis
PIAGGIO, Juan José
PICERNO, José E.
PIOVANO, de DE CASTRO, Mafalda
POSADA, José B.
PRACANICO, Zulema N.
PRESTA, José
PRESTE, Pascual N. H.
QUEVEDO, José C.
RABANAL, Francisco
RAVIGNANI, Emilio Juan F.
RINALDI, Luis
ROCAMORA, Alberto L.
ROCHE, Luis Armando
RODRÍGUEZ, Celina E.
RUMBO, Eduardo I.
SAINZ, Héctor Agustín
SALABER, Carmen
SANTUCHO, Oscar D.
SCANDONE, Eduardo Ernesto
SIBOLDI, Agustín
SPACHESSI, Modesto A. E.
TEJADA, Beato Miguel

TEJADA, María Urbelina
TESORIERI, José V.
TOMMASI, Victorio M.
TORTEROLA de ROSELLI, Isabel A.
ULLOA, José Manuel
VERGARA, Amando
VILLAFANE, José María
VILLA MACIEL, Otilia
WEIDMANN, Rodolfo A.
ZEREGA, Oreste A.

AUSENTES, CON LICENCIA:

AGUILAR de MEDINA, Generosa D.
ARGUMEDO, Celfa
CÁMPORA, Héctor J.
MONTES, Abel
VILLARREAL, Pedro

AUSENTES, CON AVISO:

ARGANA, José María
BRIZUELA, Juan Francisco
CARRERAS, Ernesto
DI BERNARDO, Almerindo D.
DOMÍNGUEZ, Carlos Joaquín
ESPEJO de RAMOS, Juana Alicia
GRAMAJO, Rodolfo
GRÖ, Carlos
IDOMANICO, Humberto
MAESTRO, José Angel
MATTIS, Eduardo
MOYA Isaac Donald
PAZ, Edvino Alfredo
PEREZ, José C.
RODRÍGUEZ, Manuel Félix
RODRÍGUEZ de COPA, Seferina del C.
ROUGGIER, Valerio S.
SALVO Hilario F.
TOFANELLI, Oreste

DELEGADOS PRESENTES:

BARRERA, Néctar A.
ESCARDÓ de COLOMBO BERRA, P.
FADUL, Esther M.
FERNICOLA, Elena A.
PAROLIN, Orlando L.
RÍOS, Octavio A.
RODRÍGUEZ GALLARDO, A.

AUSENTE, CON LICENCIA:

SAN MARTÍN, Pedro J.

AUSENTES, CON AVISO:

MARINO, Ramón
MONTAÑA, Agapito
POLO, Antenor

SUMARIO

- 1.—Continúa la consideración del despacho de la Comisión de Presupuesto y Hacienda en el proyecto de ley por el que se fijan normas para las **inversiones extranjeras** en el país. (Página 1096.) Se sanciona.
- 2.—**Apéndice:**
 - I.—**Sanciones de la Honorable Cámara.** (Página 1138.)
 - II.—**Inserciones.** (Página 1139.)
 - III.—**Asuntos entrados:**
 - I.—**Comunicaciones del Honorable Senado.** (Página 1139.)
 - II.—**Despachos de comisión.** (Página 1139.)
 - III.—**Peticiones particulares.** (Página 1139.)
 - IV.—**Proyecto de ley** del señor diputado **Quevedo:** modificación del artículo 1º de la ley 13.337, sobre régimen de otorgamiento de pensiones gratificables. (Página 1139.)
 - V.—**Proyecto de ley** del señor diputado **Benítez** y otros: inclusión obligatoria de **espectáculos artísticos vivos de variedades** en los programas de las salas cinematográficas de todo el territorio de la Nación. (Página 1140.)
 - VI.—**Proyectos de declaración que pasan a comisión:**
 - 1.—Del señor diputado **Quevedo:** construcción de un **dique** para aprovechamiento del **río Limay**, en Valle Encantado. (Página 1140.)
 - 2.—Del señor diputado **Quevedo:** creación de una **misión cultural circulante.** (Página 1140.)
 - VII.—**Proyectos de resolución y de declaración en la mesa de la Honorable Cámara:**
 - 1.—Del señor diputado **Nudelman:** pedido de remisión de antecedentes relacionados con la investigación de concesiones eléctricas y de **informes sobre tarifas eléctricas.** (Página 1140.)
 - 2.—Del señor diputado **Fassi** y otros: rebaja del tipo de interés del **descuento bancario.** (Página 1140.)

—En Buenos Aires, a los trece días del mes de agosto de 1953, a la hora 16:

1

INVERSIONES EXTRANJERAS

Sr. Presidente (Benítez). — Continúa la sesión.

Continúa la consideración del despacho de la Comisión de Presupuesto y Hacienda en el proyecto de ley por el que se establecen las normas que habrán de regir las inversiones extranjeras en el país. (1)

Tiene la palabra el señor diputado por Santa Fe.

Sr. Weidmann. — Señor presidente: la tan ansiada seguridad social —por la que todos los pueblos están empeñados en lucha incesante con el propósito de lograr la felicidad del hombre, mediante su emancipación del estado de necesidad y su liberación de los factores que lo oprimen y sujetan, impidiéndole el libre ejercicio de sus atributos— reconoce como antecedente la independencia económica.

El presupuesto básico e inexcusable de la independencia económica de un pueblo es su industrialización en el más alto grado posible, conforme con las condiciones que ofrezca su naturaleza y su capacidad de trabajo y esfuerzo. Entendemos que no se debe contraponer el objetivo de la industrialización al del fomento e intensificación de las actividades productivas del campo. Una y otra rama —en el ámbito del trabajo de un país— deben complementarse lógicamente y armónicamente. Por ello es que no aceptamos el arcaico concepto de la división internacional del trabajo, que establece que los pueblos que hasta ahora han sido pastores y estuvieron consagrados al laboreo de la tierra deben continuar produciendo materias primas para exportarlas, con objeto de que aquellos que tienen gran desarrollo industrial procedan a su elaboración, devolviéndolas transformadas en productos manufacturados.

Esto es algo que conviene dejar claramente sentado en apoyo de nuestra aspiración de que Argentina prosiga intensamente, con toda tenacidad y sin retroceso de ninguna naturaleza, el esfuerzo tendiente a lograr su emancipación económica mediante el engrandecimiento de su industria, sin que ello signifique, en manera alguna, la postergación o el sacrificio de las tareas del campo. Es más: la industrialización en gran medida tiene que hacerse en base a las propias materias primas que el país está en condiciones de extraer de la tierra mediante el esfuerzo del hombre, logrando la radicación de las plantas fabriles en los mismos centros de producción. De esa manera se acortarían distancias y se aliviaría, en parte, la gran congestión industrial que se ha desarrollado en derredor de lo que se ha dado en llamar el Gran Buenos Aires, en desmedro y con sacrificio del interior de la República, que reclama también, para su progreso y para el bienestar de sus habitantes, el disfrute de esos elementos propulsores que,

(1) Véase el proyecto de ley en la página 1010.

al permitir la elaboración de los productos extraídos a la tierra, proporcionan un motivo de prosperidad y de impulso que se traduce definitivamente en la seguridad y estabilidad social y económica de las respectivas poblaciones.

Esta concepción de la división en escalas del trabajo, desgraciadamente, es mantenida por las fuerzas constitutivas del capitalismo internacional, por lo cual conviene sentar claramente el concepto para que ninguno de los que quieran radicarse en nuestra República a raíz de la ley que estamos considerando tenga la osadía de creer que podrá aquí seguirse esa directiva colonialista. En efecto, en la décimosexta conferencia del Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas, que tuvo lugar no ha mucho tiempo en Ginebra, se leyó un informe de la Comisión Económica para la América latina que tuvo a su cargo el secretario de la organización, doctor Prebisch, quien se pronunció decididamente en favor de la tesis de promover una mayor industrialización de los países de la llamada periferia, haciendo notar que la teoría de que la división internacional en escalas del trabajo hacía posible la repartición igualitaria de los adelantos de la técnica y del progreso industrial entre los países productores de materias primas y los países industriales fallaba por su base, en razón de que el menor nivel de vida y la menor capacidad adquisitiva de los países de la periferia les impedía beneficiarse con esos adelantos y progresos de la técnica, y que todos los beneficios eran absorbidos por los países industriales, que ni siquiera en compensación pagaban mayor precio por las materias primas que adquirían de aquellas otras naciones.

Y es, señor presidente, con sorpresa, que ante esa exposición, apoyada por varios países de Latinoamérica, el delegado de Bélgica —nación que se caracteriza por ser el asiento del capitalismo internacional invertido en las grandes compañías de electricidad, como la SOFINA— manifestó su discrepancia total con la mencionada tesis y sostuvo que la América latina debe limitarse a ser productora de materias primas: que la ayuda ha de tener ese fin, a efectos de que otros países de distintos continentes procedan a la industrialización, evitando de tal manera la competencia y completándose recíprocamente las economías.

Nosotros, señor presidente, entendemos que, sin llegarse al concepto de una economía cerrada, pretendiendo alcanzar una autarquía industrial, debemos, a costa de todo el esfuerzo de la Nación, lograr una mayor industrialización. Y este esfuerzo, que debe hacerse en base a la capitalización social, al trabajo del pueblo y al ahorro del propio país, requiere indispensablemente la tutela de todas aquellas industrias que se han estructurado en base a ese sacrificio de la Nación Argentina. Y es frente a la posi-

bilidad de la radicación de nuevas industrias, ya sea con bienes de capital o con capitales financieros que vengan a promoverlas o instalarlas, que decimos categóricamente que ello debe hacerse siempre y cuando no implique una competencia ruinosa para lo que se ha alcanzado merced a un sacrificio que ha demandado mucho esfuerzo al país y que se ha hecho en base al ahorro y al trabajo del pueblo argentino.

Por eso, señor presidente, sentamos ese concepto y debemos hacer alusión a dos casos de actualidad: uno es el relativo a la industria nacional de producción de maquinarias agrícolas; y, en particular, quiero referirme a las fábricas de cosechadoras automotrices, que en mi provincia, en la circunscripción electoral que represento en este Congreso, han alcanzado gran desarrollo, revelando mucha eficiencia en la prestación de los servicios que ellas ofrecen a los colonos para la recolección de las cosechas. Estas industrias están alarmadas porque el gobierno de la Nación, por intermedio del Banco Central, ha anunciado la concesión de una importante suma de dinero en divisas para importar maquinaria extranjera. Este episodio nos debe servir de alerta para sostener que la radicación de capitales extranjeros debe hacerse luego de un atento y exhaustivo examen de los ramos a que ellos se van a incorporar, para que no vengan nunca a competir y a desbaratar lo que ha hecho el esfuerzo y el trabajo de la Nación.

Otro tanto ocurre con la industria farmacéutica, la cual solamente necesita de maquinarias y de algunas materias primas; dotada de ambos elementos, está llamada a alcanzar un gran desarrollo en bien del país.

Nosotros expresamos nuestra preocupación por este sistema de radicación de capitales. Ya hicimos un examen comparativo entre la entrada de capitales al país en forma de empréstitos—cuya devolución se hace a largos plazos con un tipo bajo de interés y cuyo manejo lo realiza pura y exclusivamente el gobierno prestatario, invirtiéndolos en la satisfacción de aquellas necesidades del país que realmente lo requieran—, y otra cosa muy distinta es la situación de estos capitales que vienen en forma particular, de las llamadas inversiones directas, a incorporarse a la riqueza del país y a obtener gran rendimiento, como el propio mensaje lo destaca, que a veces llega hasta el 16 por ciento de utilidad, lo que nunca ha dado un empréstito.

Además de este factor, que no deja de tener importancia, porque las devoluciones de esos capitales, así como de sus utilidades, se operan dentro de los plazos preestablecidos en el proyecto de ley, es un motivo de especial preocupación la de que hoy el capitalismo internacional no busca más la forma de empréstito.

porque no es suficientemente remunerativa, ni tampoco busca la inversión en el campo de los servicios públicos, porque no les resulta suficientemente retributiva. Busca la asociación con el capital nacional, y en esta asociación está encontrando la protección, en contra de la sana política de los gobiernos de los países en los cuales buscan radicación, política tendiente a defender la industria nativa y el bienestar del país.

En la Conferencia Interamericana sobre sistemas de control económico, llevada a cabo en el año 1942, se adoptó la recomendación número 7, que dice textualmente: «Que, de acuerdo con el procedimiento constitucional de cada país, se adopten lo antes posible todas las medidas necesarias a fin de eliminar de la vida comercial, agrícola, industrial y financiera de las repúblicas americanas toda influencia de gobiernos, naciones y personas que a través de personas naturales o jurídicas, o cualquier otro medio, estén, en opinión de los respectivos gobiernos, actuando contra la independencia o seguridad política y económica de estas repúblicas.»

Esa resolución motivó de inmediato la crítica en Estados Unidos de Norteamérica, en especial por los tratadistas de derecho internacional, reacción que indicaba a todas luces que el impacto iba bien dirigido y que nuestra preocupación por la infiltración imperialista en esa forma de las inversiones directas con asociación al capital nacional, para eludir las discriminaciones que, inspiradas en una sana política realizan los países para proteger el patrimonio de la nación, encierra un grave y efectivo peligro que debe preocupar seriamente a los países poco desarrollados.

Un aspecto de gran importancia dentro de este problema es el que se refiere en particular a la explotación del petróleo. Es indiscutible que el autoabastecimiento energético es una condición fundamental de la independencia económica de un país, que hace también a su soberanía efectiva en el campo político.

Nosotros entendemos, de acuerdo con nuestra plataforma, que debe llegarse a la nacionalización absoluta del petróleo, y que su explotación, industrialización, importación y comercialización deben estar exclusivamente a cargo de YPF. Quiero traer el recuerdo al debate...

Sra. Rodríguez (C. E.). — ¿Me permite una interrupción el señor diputado?

Sr. Weidmann. — Si es muy breve, sí.

Sra. Rodríguez (C. E.). — Deseo preguntarle si en la plataforma de 1946 el Partido Radical sostenía lo mismo.

Sr. Weidmann. — Le contesto diciendo que en todas las plataformas del partido se ha sustentado esa tesis, y que una de las preocupaciones casi obsesivas de aquel gran presidente de los argentinos, que no clausuró ningún diario, que

no procesó a nadie por desacato y que se llamó Hipólito Yrigoyen, fué precisamente ésta. (Aplausos.)

—Varios señores diputados hablan a la vez, y suena la campana.

Sr. Weidmann. — La defensa que el bloque de diputados nacionales de la Unión Cívica Radical hizo en el debate del año 1927, y que se encuentra en el Diario de Sesiones, era la misma que hoy hacemos: monopolio de explotación por el Estado.

Puedo recordar que cuando la delegación de un sindicato de mineros ingleses visitó a Hipólito Yrigoyen para proponerle un plan de formación de una sociedad mixta con el objeto de explotar el petróleo, Yrigoyen contestó con un «no» rotundo, diciendo que el sagrado patrimonio de la Nación y su defensa en contra de las exigencias del capital extranjero hacían necesario que la Nación misma fuese la que tuviera a su cargo su explotación y manejo. Y lo hizo a través de Yacimientos Petrolíferos Fiscales, por la obra del coronel Mosconi.

—Varios señores diputados hablan a la vez, y suena la campana.

Sra. Rodríguez (C. E.). — Respetuosamente le solicito que me admita una interrupción más.

Sr. Weidmann. — Lo siento, pero me quedan muy pocos minutos para terminar mi exposición, y si acepto las interrupciones —lo haría con mucho gusto— vencerá el plazo reglamentario sin que pueda concluir estas manifestaciones.

Ese era, pues, el pensamiento de Hipólito Yrigoyen en lo que respecta a la defensa del patrimonio de la Nación y de la soberanía política de la República.

—Varios señores diputados hablan a la vez.

Sra. Rodríguez (C. E.). — Lea el artículo segundo de la plataforma radical de 1946.

Sr. Fassi. — Requerimos que se respete al orador que tiene acordado el uso de la palabra.

Sr. Presidente (Benítez). — Continúa con la palabra el señor diputado por Santa Fe.

Sr. Weidmann. — El artículo 40 de la Constitución Nacional establece: «Los minerales, las caídas de agua, los yacimientos de petróleo, de carbón y gas, y las demás fuentes naturales de energía, con excepción de los vegetales, son propiedades imprescriptibles e inalienables de la Nación, con la correspondiente participación en su producto, que se convendrá con las provincias.» Este artículo no ha sido aún reglamentado y vemos cómo en este proyecto, según manifestación del ministro de Asuntos Económicos en el seno de la Comisión de Presupues-

to, se piensa asociar al capital extranjero para la explotación del petróleo.

Nosotros estamos totalmente en contra...

Sra. Flores. — Siempre están en contra.

Sr. Weidmann. — ...por una razón de principio y siguiendo la tradición de que el capital extranjero no debe tener participación en este aspecto de la explotación, porque decimos que es de fundamental importancia no sólo la detentación de la nuda propiedad de los yacimientos petrolíferos, sino esencialmente su manejo y explotación.

Quiero traer al recuerdo un antecedente que debiera haber bastado al Poder Ejecutivo para disuadirlo en su empresa. Es el caso de la compañía yanqui Drilexco, que fué contratada en el año 1947 por Yacimientos Petrolíferos Fiscales, que por primera vez en su historia acudía a una empresa extranjera para realizar perforaciones que hasta entonces habían estado exclusivamente a cargo de técnicos y equipos argentinos. Esta compañía tenía que realizar 40 perforaciones, y se autorizó al Poder Ejecutivo para que, por intermedio de Y. P. F., contratara sus servicios haciendo una inversión que podía llegar a la suma de 50.000.000 de pesos.

El bloque radical, mediante una minuta de comunicación de fecha 23 de junio de 1948, denunció el fracaso de esta tentativa y puso de manifiesto que ella implicaba una rectificación de la política de nacionalizaciones en la que debía hallarse empeñado el régimen de gobierno imperante.

El resultado de esta empresa fué el fracaso y al poco tiempo Y. P. F. tuvo que rescindir el contrato con Drilexco, por incumplimiento. Esta compañía, que debía realizar en un principio cuatro pozos, sólo hizo dos, con resultado negativo, anotándose una grave indisciplina entre el personal de empleados. Pero hubo algo más grave aún que nosotros hemos señalado con motivo de la incorporación de técnicos extranjeros en el convenio de teléfonos con la I. T. T. y con la Standard Electric: se tiene la convicción —aun no se puede aportar la prueba concluyente— de que los técnicos yanquis que trabajaron en las perforaciones pasaban informaciones falsas a Y. P. F., en tanto que las verdaderas conclusiones las elevaban en idioma inglés a la central de la empresa en Buenos Aires.

Quisiera que este antecedente, funesto en materia de contrataciones de empresas extranjeras, sirviera de ejemplo aleccionador para el Poder Ejecutivo, haciéndolo desistir del propósito de asociar capital extranjero para la perforación y explotación de yacimientos petrolíferos, dada la indiscutible gravitación que ellos tienen sobre la verdadera soberanía del país.

Llama la atención que, dentro de una política que se autotitula defensora de la soberanía del país y de nacionalización de los servicios públicos de las fuentes de energía y de todas las industrias claves, en tanto que por un lado se

incorpora capital extranjero, tan luego en explotaciones petroleras, por otro el Estado se dedica a estatizar, a socializar cervecerías y estancias, como ocurre en el caso de las empresas Bemberg.

Hace pocos días el Poder Ejecutivo dictó una resolución aprobando la compra por el Estado de las siguientes empresas que pertenecían al grupo Bemberg y que fueron sacadas a subasta con motivo de la ley 14.122, de liquidación de ese consorcio: Cervecería y Maltería Argentina, por \$ 115.000.000; Cervecería Buenos Aires, \$ 3.450.000; Cervecería Palermo, 7.500.000 pesos; Cervecería y Maltería Bella Vista, \$ 1.850.000 pesos; SAFAC, \$ 50.000.000; Caja de Crédito Hipotecario, \$ 5.500.000; Compañía Argentina Industrial Olivícola, \$ 1.000.000; Estancias Santa Rosa, \$ 24.000.000, y Manufactura Algodonera Argentina 20.000.000 de pesos.

En un proyecto de resolución que lleva el número 52 del boletín de proyectos de resolución y declaración de esta Honorable Cámara, solicité que el Poder Ejecutivo informara, en primer lugar, si había habido otros postores en la subasta, y en segundo término, en virtud de qué autorización legal se había creído en el derecho de hacer esta compra y de crear una comisión especial administradora, por decreto 7.365 del 27 de abril de 1953, equiparándolas a las empresas del Estado, cuando la ley 13.653, define en su artículo 1º como empresas del Estado a las entidades descentralizadas de la administración nacional que cumplen funciones de índole comercial, industrial o de prestación de servicios públicos de carácter similar, y cuando la misma ley lo faculta sólo para constituir empresas del Estado con los servicios actualmente a su cargo y que por su naturaleza están comprendidos en la misma.

En momentos en que el primer magistrado de la República les dice a los industriales del país que la industria es una actividad privada, que el Estado no tiene ningún interés en ella y tan pronto las empresas estatales actuales, tomadas en estado de antieconomía, puedan ser devueltas a la actividad privada, el Estado tendrá un gran placer en desprenderse de todas ellas y entregarlas a los empresarios privados; en momentos en que afirma «nosotros somos gobierno, no industriales» —discurso del 19 de mayo de 1953— se produce un acto de gobierno en virtud del cual se invierten \$ 238.000.000 para nacionalizar o estatizar actividades privadas como la de la cervecería, respecto a la cual pregunto qué relevancia tiene sobre el progreso y el bienestar de la República y su soberanía, en comparación con la industria petrolera, para la cual, sí, se acepta el capital extranjero. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Nosotros dijimos en el debate del asunto Bemberg, que votamos por unanimidad —gesto que desmiente la imputación que se pretende hacernos, de que realizamos una política nega-

tiva—, que había que establecer algunas previsiones en el texto de la ley. En tal sentido propuse una reforma, que no fué aceptada por la mayoría, que ya ha sentado plaza de insensible y obcecada frente a los reclamos de la opinión pública representada por estos catorce hombres a quienes votaron dos millones y medio de ciudadanos libres.

Queríamos que se liquidara el consorcio, pero aspirábamos también a que la propia ley previera que no continuara el monopolio; que esas empresas y sus tierras fuesen a manos del trabajo nacional y no a manos del Estado, que no hace sino aumentar el enorme ejército de burócratas, creando un estatismo, una autocracia, que gravita enormemente sobre el esfuerzo del pueblo, pues se aumenta el número de los que no trabajan ni producen y a quienes hay que mantener con el trabajo y con el esfuerzo de todos los hombres que realmente laboran la riqueza de la Nación.

Aspiramos a que se realice la nacionalización de los frigoríficos —capitales extranjeros radicados hace muchos años en el país, verdaderos agentes del imperialismo foráneo— que han succionado la riqueza nacional durante largo tiempo y que han orientado y dirigido en sentido contrario al interés nacional la política y la conducción de la economía del país, tal como lo señalara magníficamente en el debate sobre las carnes aquel brillante representante de la opinión democrática de mi provincia que fué Lisandro de la Torre.

Recuerdo al respecto el episodio del embarque de los libros y la documentación de los frigoríficos, mientras se exhibían los adulterados. Traigo ese ejemplo a colación para demostrar el peligro de la asociación de los capitales extranjeros en la explotación de nuestras riquezas claves.

Aspiramos a la nacionalización de los ingenios y a su entrega a organizaciones cooperativas de productores, obreros y empleados. Esa es otra industria clave que está en manos de capitales anónimos, y algunos de ellos foráneos. Lo mismo digo respecto de los molinos harineros y de todas aquellas manufacturas que industrializan el esfuerzo y la actividad del campo, como asimismo los sectores del trabajo que hacen al progreso y al desarrollo de la economía de la Nación.

En esa forma se podrá corregir la deformación económica del país. Y en especial porque el esfuerzo del país y del pueblo consumidor está pagando el subsidio que se entrega a los frigoríficos extranjeros: 500.000.000 al año, dijo el ministro de Comercio Exterior en la Comisión de Presupuesto y Hacienda.

En esa forma se está defendiendo el balance de las compañías extranjeras.

Cuando se trata de capitales argentinos, como en el caso del frigorífico Yuquerí, de Concordia, en el que se ha dejado cesantes a 1.500 em-

pleados y obreros, ¿por qué no fué el Estado con su apoyo financiero para que ese personal pudiera ser reincorporado?

Lo propio ocurre con la industria azucarera, que durante largos años ha sido objeto de la protección estatal, sobre la base del sacrificio del consumo del país.

Estos esfuerzos a que se somete al pueblo de la República, están justificados cuando se los exige en beneficio de la misma población, representada por los trabajadores, los obreros y los empleados, constituidos en organizaciones cooperativas, que son las que realmente llenan la finalidad de lucro con un alto sentido de solidaridad social, introduciendo un nuevo concepto que substituye al viejo de la lucha de clases y llegando a la pacificación social, a la tranquilidad de los espíritus y a la igualdad democrática entre todos los habitantes de la República.

Sr. Gómez. — No decían eso los radicales antes del peronismo.

Sr. Weidmann. — Después de largos años de militancia —que el radicalismo ostenta con legítimo orgullo en la vida ciudadana del país—, aceptamos sin beneficio de inventario los errores de un pasado que nos pertenece porque de él venimos; errores que nos sirven como postes indicadores para encontrar el camino de la verdad. No renegamos de los hombres ilustres que elaboraron la grandeza de la patria y siempre asumimos posturas en defensa del patrimonio de la Nación y de sus instituciones democráticas puestas al servicio de la dignidad del hombre y de la libertad de todos los habitantes de esta tierra. Lo hacemos con alta inspiración patriótica, nunca llevados por menguados propósitos o fines obstruccionistas.

Repetidas veces hemos dicho: nuestro triunfo nunca estará basado en los errores del gobierno; aspiramos a que él acierte para bien de la República, pero tenemos el deber irrenunciable —maguer todas las adversidades— de continuar nuestra marcha. Tenemos el ineludible deber de exponer el pensamiento del pueblo libre de la República que nos ha traído a estas bancas para llenar un alto cometido de bien social, cual es hacer una crítica levantada, serena y enérgica de todos los actos del gobierno que no conduzcan al bien común.

Hemos abrazado la gran causa de la democracia, sistema que dió origen y razón de ser al radicalismo, gran causa que conmovió a las masas populares del país a través de toda su historia y que seguirá nucleando al pueblo argentino alrededor de sus grandes consignas.

Digo, señor presidente, que es una cálida y vibrante fe en la dignidad del hombre, una clara conciencia de su rol protagónico en la historia, una transparente mirada para ver tras el concepto personificador de Estado, la preocupada existencia humana, un moderno concepto de la mecánica política y social de nuestro tiempo,

y la inspirada convicción en la nobleza y pujanza de los ideales democráticos, lo que aliena en nuestro espíritu.

La esencia de la democracia, como ya lo señalara Kelsen, ha de encontrarse en una substancial capacidad para buscar soluciones conciliatorias, respetar los derechos minoritarios, actuar con tolerancia y respetar al adversario. Ninguno de estos valores fundamentales se dan en el totalitarismo. Por el contrario, él predica exactamente una actitud contrapuesta: intolerancia ideológica, eliminación política de las doctrinas contrarias o heterodoxas, planificación extrema de la vida social, disolución de la vida humana individual en el aparato estatal.

La victoria de la libertad es posible solamente si el mundo puede llegar a constituir una sociedad en la que el individuo no sea manipuleado por poderes extraños a su propia personalidad, ya sea la maquinaria económica, la maquinaria política o el Estado; una sociedad en la que el individuo sea la finalidad y el objetivo de la cultura, en la que la vida no necesite justificación en el éxito o en alguna otra cosa; una sociedad en la que el espíritu y la conciencia de la humanidad sean por lo menos tan importantes como las cosas materiales.

Concluyo, señor presidente, con un párrafo de nuestra profesión de fe doctrinaria, que resume la posición del radicalismo, tan concitado en este momento crucial de la vida política del país, que ha dado un magnífico ejemplo de serenidad y de elevación por encima de las pasiones de la hora en un documento aparecido con motivo de los últimos acontecimientos: «El mundo entero sufre de un mal profundo proveniente de no adecuar las posibilidades materiales modernas a fines de emancipación del hombre. El radicalismo cree que sólo...

Sra. Rodríguez (C. E.). — ¿Qué tiene que ver eso con el proyecto de radicación de capitales?

Sr. Weidmann. — ...una cruzada de honda pulsación humana por la liberación del hombre contra todas las formas degradantes del imperialismo y del absolutismo en todos sus aspectos, podrá salvar al mundo en su grave crisis, así como renueva su fe en el destino de los pueblos de nuestra grande hermandad continental, unidos en su libre soberanía y luchando por conquistar juntos los instrumentos de la liberación política, el sistema de garantías sociales, contra todos los privilegios económicos que ahogan la libertad y niegan la justicia.» (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

Sr. Rinaldi. — Después dirán que hay «mordaza»...

Sr. Presidente (Benítez). — Tiene la palabra el señor diputado por Santa Fe.

Sr. Degreef. — Solicito la inserción en el Diario de Sesiones de la parte pertinente a las palabras pronunciadas en el seno de la Comisión de Presupuesto y Hacienda por el señor

ministro de Asuntos Económicos, al considerar-se este proyecto (1). De esa manera quedarán perfectamente aclarados sus conceptos y desvirtuadas definitivamente las manifestaciones de los señores diputados de la oposición. (*Aplausos.*)

Sr. Presidente (Benítez). — Oportunamente se votará la indicación formulada por el señor diputado por Santa Fe.

Tiene la palabra el señor diputado por La Rioja.

Sr. Albriciu. — Señor presidente: el Poder Ejecutivo ha remitido a consideración del Honorable Congreso un proyecto de ley, que si bien tiene alta jerarquía para la ordenación económica del país, desde el punto de vista de la interdependencia de los juegos financieros y económicos del mundo, no adquiere la importancia que parecen asignarle, con voces agoreras, los representantes de la oposición. Simplemente se trata de un proyecto concordante con disposiciones de la Constitución Nacional.

El artículo 68 de la Constitución Nacional, en su inciso 16), entre otras atribuciones del Congreso, establece la facultad de dictar leyes relacionadas con la introducción y establecimiento de nuevas industrias y la importación de capitales extranjeros.

Lo dispuesto en el mencionado artículo ha movido al Poder Ejecutivo a remitir dicho proyecto de ley para que el Honorable Congreso cumpla con una de las funciones determinadas por la Constitución Nacional, y no para que se realice un planteo y un enjuiciamiento total de la política económica del país, que sirve de base a toda la política financiera y social durante la era justicialista que estamos viviendo, para felicidad de todos los argentinos. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Cuando los señores diputados de la oposición creen notar términos antinómicos, réplicas a sí mismos, abandono de postulados o doctrinas por parte del justicialismo; cuando creen encontrar en el gobierno, en el Estado o en el régimen creado por nuestra Constitución y por el movimiento peronista un descalabro, un error gravísimo que pueda afectar seriamente a la República, se les ve brillar los ojos de alegría. Más aún, pareciera observarlos en las obscuridades de sus cámaras visuales restregándose las manos de alegría al pensar que el pueblo argentino abandonará a Perón. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos prolongados.*)

Es que los peronistas estamos desarrollando una acción eficiente, sin encontrarnos en la posición cómoda de negación, que sería suicida para los intereses nacionales, porque para nosotros donde exista un argentino esperamos que palpite un corazón amigo lleno de comprensión. Deseamos la comprensión para construir la

(1) Véase la inserción en la página 1139.

patria feliz de las generaciones futuras, á fin de que ellas puedan ofrecer al mundo en su estirpe la más generosa felicidad para ser compartida.

Nosotros, que ofrecemos a todos los hombres y los partidos de nuestra patria un escudo con las manos entrelazadas, las del Partido Peronista, que no se unen para el odio, sino para el amor...

Sr. Nudelman. — No hay más escudo que el nacional.

Sr. Albrieu. — ... como réplica sólo encontramos la incomprensión, el no querer decir lo que a solas piensan. (*¡Muy bien!*)

Apoyamos este proyecto de ley porque encuadra dentro de las disposiciones constitucionales. Consideramos que él no va a tener individualidad propia, sino que va a ensamblar en un sistema jurídico completo que, paso a paso, progresivamente, va dando este Congreso y este gobierno del justicialismo. ¡Cómo puede venir a hacerse parangón con lo que fueron aquellas décadas llamadas «del progreso», que necesitó para su mantenimiento de capitales foráneos que tan mal pagaron la buena acogida de esta tierra generosa! ¡Cómo puede venir a parangonarse con este proyecto de ley aquello que fué, a través de las generaciones, un error profundo de la generación del 70 al 90!

No, señor presidente, este proyecto de ley encaja con todo el régimen de nuestra Constitución, donde están prohibidas y vedadas para siempre, como campo de escarnio y de explotación para los hombres y los capitales del mundo, la cálida sangre y la tierra de los argentinos. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

Me figuro que cuando la Unión Cívica Radical habla de problemas aislados no quiere, con los errores cometidos a este respecto, hacer una imputación ni a Perón, ni a su gobierno, ni a su pueblo. Somos muy nuevos dentro de los caminos de la República para que se nos quieran cargar los errores que se cometieron en otro tiempo y por otros hombres, que eran muy distintos del tiempo y los hombres actuales.

Cuando se habla de petróleo es bueno limitar un poco la euforia de los señores diputados. Siento un gran respeto por ese patriota que fué Hipólito Yrigoyen, hombre que no pertenece sólo al Partido Radical, pues ha entrado ya en la historia argentina. Es prudente, entonces, que vaya buscando ese partido hombres vivos, para traerlos a la palestra de la discusión política. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos prolongados.*)

No podemos admitir que mientras nosotros les damos un hombre de carne y hueso, patriota de hoy y estatua del futuro, se escuden tras el nombre de quienes ya están en la historia de la patria, que es de todos los argentinos. Busquen los hombres de hoy y seleccionen un jefe para confrontarlo en la balanza de nuestras

propias convicciones; se verá entonces si de la comparación surge hombre alguno en la República que llegue al nivel o a la mentalidad de nuestro genial conductor. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

Sr. Nudelman. — Ofrecemos un partido y un programa.

Sr. Gago. — Ahí está el hombre.

—Varios señores diputados hablan a la vez, y suena la campana.

Sr. Albrieu. — Ya buscó el propio doctor Yrigoyen en la industrialización inicial del petróleo capitales extranjeros para su explotación.

Sr. Rabanal. — No es exacto.

Sr. Albrieu. — Es lamentable que el señor diputado por la Capital desconozca este hecho, de la misma forma que desconoce muchas otras cosas de su partido. (*Aplausos.*)

Sr. Rabanal. — Precisamente es una de las grandes banderas de la Unión Cívica Radical...

Sr. Albrieu. — No le quito ni le pongo banderas al Partido Radical. Yo he hecho una aseveración, y el señor diputado expresó que era inexacta.

No obstante, en el mensaje de fecha 23 de septiembre de 1919 enviado al Honorable Congreso y que firma el doctor Yrigoyen se dice: «La situación mundial del mercado monetario, del comercio y de la industria extranjeros, a los que habíamos podido recurrir en los tiempos normales para desarrollar esta industria minera, no permite ahora intensificar la explotación petrolífera.»

Sr. Rabanal. — Pero eso no significa que se haya entregado nada.

—Hablan varios señores diputados a la vez, y suena la campana.

Sr. Albrieu. — Yo no he afirmado que se haya entregado nada. No me haga decir lo que no he dicho, y que ni siquiera ha pasado remotamente por mi pensamiento. Nunca hablaré de entrega, y esto es lo que quiero que ustedes aprendan, señores diputados.

Sr. Belnicoff. — No nos va a enseñar nada el señor diputado...

Sr. Albrieu. — Quiero que ustedes aprendan de una vez por todas a tener por los poderes públicos el mismo respeto que tenemos nosotros por ustedes.

Recién en los años 1925 y 1927 se planteó en el Congreso la cuestión del petróleo —así se la ha llamado— cuyas ulterioridades son por todos conocidas.

Pero en la actualidad la cuestión del petróleo no tiene la importancia de orden estratégico e industrial que tenía en esa década de 1920/30. Los descubrimientos de nuevos tipos de energía van demostrando que el petróleo puede ser ya equi-

parado al carbón de piedra y que estamos entrando en un ciclo de nuevos tipos de energía, que cuestan no tan sólo vidas, sino también muchos dineros a los países, gastados en el espionaje o de otra manera, para conseguir estas fórmulas energéticas del presente.

Por esta ley no hay entrega alguna en lo que respecta al petróleo, señor diputado Rabanal. Lo único que se admite por vía de hipótesis es que pueda haber capitales interesados en coadyuvar en la obra del Estado, sintetizada en esa concepción maravillosa de gobierno que es el segundo Plan Quinquenal. Pueden venir a coadyuvar, no en la explotación en cuanto a la adquisición del producto, sino por vía paralela de acuerdo a contratos como el que ha calificado el señor diputado Weidmann, y que no les da ni la propiedad de la tierra, ni la propiedad del subsuelo, ni del producto mismo de esa explotación. Hablar de entrega del país en estos tiempos huele a rémora, a cosa pasada, a problema inexistente mientras esté el general Perón en el gobierno de la República. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

Hablarnos de servicios públicos mal concedidos, hablarnos de la CHADE...

—Hablan varios señores diputados simultáneamente.

Sr. Nudelman. — Ustedes no quieren investigar a la CHADE.

Sr. Presidente (Benítez). — La Presidencia llama al orden al señor diputado por la Capital.

Continúa en el uso de la palabra el señor diputado por La Rioja.

Sr. Albrieu. — El asunto investigación de la CHADE nació por una nota publicada en el diario «La Vanguardia», en la cual se denunciaba que grupos radicales, integrantes de «la trenza», habrían vendido por una cantidad de dinero una nueva concesión, primeramente por 25 años, que se redujo luego a quince. El diputado conservador Videla Dorna promovió la cuestión en la Cámara. Se nombró una comisión y se investigó. La comisión dijo que no había entrega o cohecho. Todavía viven algunos miembros de esa comisión.

No es cuestión de que el peronismo vaya a resolver viejos problemas políticos o internos de otros partidos. Pero ya que tiene tanto interés el señor diputado Nudelman por investigar el asunto de la CHADE, le puedo dar un hilo conductor: vaya investigando —tal vez por ese lado llegue a la verdad— con qué dinero se compró la Casa Radical de la calle Tucumán. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos prolongados.*)

Sr. Belnicoff. — Ha sido construída con dineros limpios...

—Varios señores diputados hablan simultáneamente, y suena la campana.

Sr. Presidente (Benítez). — Continúa en el uso de la palabra el señor diputado por La Rioja.

Sr. Albrieu. — Lo que acabo de decir no lo conozco más que de oídas. Por eso le doy el consejo al señor diputado... (*Risas.*)

Sr. Belnicoff. — Un diputado de la Nación no puede...

—Varios señores diputados hablan a la vez, y suena la campana.

Sr. Albrieu. — Lo que he manifestado lo escuché hace algunos años de un alto dirigente de la Unión Cívica Radical, que fué gobernador de una provincia mediterránea y hombre de gran preponderancia en el partido. Llegó a decir en una conferencia a jóvenes de la Federación Universitaria, que él no entraría en esa casa así lo fusilaran. (*Aplausos.*)

—Varios señores diputados hablan a la vez, y suena la campana.

Sr. Presidente (Benítez). — Continúa en el uso de la palabra el señor diputado por La Rioja.

Sr. Albrieu. — En cuanto a la cuestión que ha vuelto a traer el señor diputado Weidmann al recinto respecto a Bemberg, creo que hay un apresuramiento en el juicio del señor diputado, pues recién ha terminado un paso de lo que podríamos llamar el «asunto Bemberg». El señor diputado ha citado palabras del señor presidente de la República sobre las directivas impartidas en cuanto a la industrialización del país y a lo que debe hacer el Estado y el gobierno a ese respecto. lo que, por otra parte, está en el mismo Plan Quinquenal en cuanto deja libertad de acción a la iniciativa privada. Seguramente vendrá un segundo paso en el cual se entregará en alguna forma —para la explotación— a representantes del pueblo, de obreros, de cooperativas o de lo que no conozco, pero es un asunto todavía no terminado.

A este respecto, señor presidente, como lo hice ya otra vez, quisiera llamar a la reflexión a los colegas pertenecientes a la Unión Cívica Radical para que pongamos menos pasión política en estos debates sobre cuestiones que son necesarias y útiles para el país.

No se puede hablar de que no hay independencia económica por el hecho de que entren capitales extranjeros al país, los que estarán sometidos a todas las disposiciones de nuestra Constitución y de las leyes. No se puede hablar de que no habrá independencia económica, así, sin fundamento serio, por solo placer demagógico o por el interés de demostrar ante el pueblo que hemos hecho afirmaciones antojadizas o que hemos tenido un *slogan* político, porque se está hablando, contrariando y socavando las bases de las instituciones más serias y fundamentales de la República, que son las que constituyen el

Estado, cuya representación visible es el gobierno, el Poder Ejecutivo y el partido gobernante.

No se puede hablar de falta de independencia económica porque entren capitales extranjeros sometidos a nuestras leyes, del mismo modo que sería disparatado decir que la Argentina no tiene soberanía política porque hay hombres extranjeros trabajando en nuestro suelo.

Yo quiero repetir a los señores diputados —que siempre son sensibles a algún consejo de sus ex jefes— palabras del doctor Alvear cuando el hoy tan debatido doctor Pinedo —siendo ministro— realizó ante él una gestión para lograr una conciliación entre el gobierno y las fuerzas opositoras, a cuyo efecto lo entrevistó en Mar del Plata, accediendo el doctor Alvear a la conciliación con el gobierno conservador.

Sr. Belnicoff. — No es exacto.

Sr. Ravignani. — No es cierto.

Sr. Albrieu. — El doctor Pinedo hace planteos idénticos a los conocidos en una nota que es de actualidad y el doctor Alvear dice: «La política es la ciencia de las posibilidades. Mi larga experiencia me demuestra que muchas veces lo que parecía más difícil, que son los ideales, se logra admirablemente. Pero al buscar los medios para llegar a esos propósitos es donde se tropieza con las dificultades. Quiero esperar que el patriotismo de los hombres que componen los partidos políticos ha de sobreponerse a las situaciones personales en beneficio del interés superior del país. Yo, como viejo argentino a quien por la ley de la vida queda ya poco tiempo para estar en su país, me permito llamar la atención a mis compatriotas y decirles: señores, ¡mucho cuidado! Estáis jugando el destino de la patria. En vuestras manos se halla la solución que requiere con urgencia y patriotismo la República. Haced de las luchas políticas una cuestión secundaria para que prevalezcan los intereses permanentes de la Nación como cuestión primordial.» (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

Sr. Ferrer Zanchi. — Que quede constancia de que aplauden a Alvear.

—Varios señores diputados hablan a la vez, y suena la campana.

Sr. Albrieu. — Y para el señor diputado Rabanal, que me grita no sé qué cosa porque no le oigo, diré que el doctor Amadeo Sabattini desde Córdoba decía al cronista del diario «La Nación»: «Mi opinión con respecto a las cuestiones que se debaten es categórica y terminante. A pesar de ser yo un simple soldado del Comité Nacional, pienso que si los hombres del gobierno tienen buena voluntad, nosotros también la tenemos. Repito: es mi opinión categórica y terminante: cualquier resolución que tome don Marcelo, estaré a su lado.» (*Risas.*)

Sr. Nudelman. — ¿Eso qué tiene que ver?

Sr. Alonso. — Es un cheque en blanco...

—Hablan varios señores diputados a la vez, y suena la campana.

Sr. Presidente (Benítez). — La Presidencia recuerda a los señores diputados que está en el uso de la palabra el señor diputado por La Rioja.

Sr. Albrieu. — Es tan distinta a esta admonición que hace don Marcelo —como diría el doctor Sabattini— la posición de la Unión Cívica Radical en los últimos años, que para saber cuál es el plan de gobierno que ofrece al pueblo la Unión Cívica Radical, es preciso conocer el plan de gobierno del peronismo, todo aquello que lo desmienta, lo niegue y se le oponga, será el plan radical.

—Varios señores diputados hablan a la vez, y suena la campana.

Sr. Nudelman. — Levanten el estado de guerra interno...

Sr. Presidente (Benítez). — La Presidencia llama al orden al señor diputado por la Capital.

Continúa en el uso de la palabra el señor diputado por La Rioja.

Sr. Albrieu. — Se espera una acción, un discurso, una programación de Perón para que los radicales sostengan, digan y hagan lo contrario. Esa es la verdad. Esa es la posición absolutamente negativa del radicalismo actual.

Sr. Nudelman. — Negativista es la situación de los presos políticos y el estado de guerra interno.

—Varios señores diputados hablan a la vez, y suena la campana.

Sr. Presidente (Benítez). — Nuevamente la Presidencia llama al orden al señor diputado por la Capital.

Continúa en el uso de la palabra el señor diputado por La Rioja.

Sr. Albrieu. — Como no quiero hacer afirmaciones antojadizas, me bastará con citar dos ejemplos.

En la plataforma electoral del año 1946 se habla de las sociedades mixtas como forma de intensificar la producción.

En este recinto, la representación radical, cada vez que el Poder Ejecutivo envió un proyecto de constitución de una sociedad mixta, se opuso sistemáticamente. Por supuesto que una mentalidad inteligente y capaz como la del doctor Frondizi explicaba especiosamente que estaban de acuerdo con la sociedad mixta, pero no con la que proponía el Poder Ejecutivo. (*Risas.*)

Sr. Ferrer Zanchi. — Y tuvo razón el doctor Frondizi al hacer esa afirmación. Si me permi-

te una interrupción, le explicaré el porqué de ese aserto.

Sr. Albrieu. — Dispongo de poco tiempo, señor diputado.

La representación radical estaba de acuerdo con que se debían nacionalizar los servicios públicos. Pero en el caso de los ferrocarriles y en el de los teléfonos estaban de acuerdo con que se nacionalizaran, pero no con que los nacionalizara Perón.

Sr. Nudelman. — Estaba de acuerdo con las sociedades mixtas . . .

—Varios señores diputados hablan a la vez, y suena la campana.

Sr. Albrieu. — Cuando el señor diputado Nudelman hacía uso de la palabra, yo no interrumpí en ningún instante.

Sr. Presidente (Benítez). — Efectivamente, el señor diputado por la Capital fué respetado cuando hizo uso de la palabra, y el señor diputado por La Rioja no interrumpió en ningún momento su exposición; la Presidencia reclama del señor diputado por la Capital recíproco comportamiento.

Si el señor diputado por la Capital insiste en interrumpir al orador que está en el uso de la palabra, la Presidencia volverá a llamarle al orden; y, producido el tercer llamado al orden, la Presidencia tendrá que solicitar de la Honorable Cámara que resuelva si el señor diputado por la Capital deberá ser privado del uso de la palabra durante el resto de la sesión.

Sr. Albrieu. — La plataforma de la Unión Cívica Radical hablaba en 1946 de aprobar las actas de Chapultepec y los demás compromisos internacionales de gobierno, que eran cuestiones de honor y sin embargo al considerarse esos pactos en esta Cámara, la representación radical se puso de pie y no asumió ninguna actitud a favor ni en contra para que quedara registrada en la historia su postura de argentinos. De manera que es lógico que nosotros pensemos que a una acción del movimiento peronista o del Poder Ejecutivo conteste la Unión Cívica Radical, como los muelles «del catre», con una reacción igual. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Por vía de ejemplo podría seguir citando todos los debates realizados en esta Cámara, salvo cuestiones de minucias o altamente sabidas, en que entraba una dosis tan grande de patriotismo que oponerse hubiera sido poco menos que traición a la patria, como en el caso de las Malvinas.

Siempre han de esperar el proyecto o la acción del peronismo para colocarse en la posición contraria, obstaculizándola y tratando en lo posible de que fracasen las miras o las tentativas del gobierno. Con esa posición la Unión Cívica Radical se ha colocado en la misma postura moral del Partido Conservador con respecto al gobierno del doctor Yrigoyen. Ya sabemos cómo han sido calificados por la opinión

pública quienes obstaculizaron una obra de progreso y de envergadura que contaba, como ahora, con el apoyo de las dos terceras partes del pueblo. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

En un momento dado y por una simple publicación que puede ser difamatoria, se pretende perturbar el ánimo del pueblo. Pero el pueblo argentino ha aprendido a contar hasta diez a fin de pensar antes de resolver y antes de escuchar un simple grito que quiere ser de rebeldía y es de rabia, el pueblo está agradeciendo obras que las vive, que las siente y que él mismo ayuda a realizar. (*Aplausos.*)

En este debate se ha querido llevar al ánimo del pueblo la impresión de que el peronismo está abandonando sus postulados y dejando a un lado sus doctrinas. Pero hay cuatro millones y medio de voluntades argentinas dispuestas a responder a las que representan los señores diputados que son soldados enhiestos y custodios seguros de todas las disposiciones de la Constitución justicialista que ha dado Perón para su pueblo y para el bienestar de su patria. (*Aplausos.*)

No teman, pues, los señores diputados, que el Poder Ejecutivo pueda desviar, por acción o por omisión, el fin verdadero de esta ley. Bien sabe Perón, porque lo siente, que más que a su gobierno, más que a esta Cámara, más que a todo el peronismo, se debe a la voluntad del pueblo argentino y sabemos nosotros que es ahí donde anhela permanecer, querido y estimado por todos sus conciudadanos. (*Aplausos.*)

El principal custodio de esta ley es ese hombre, que sabe lo que vale, porque se lo han dicho cuatro millones y medio de voluntades argentinas. Ese hombre no ha de torcer la línea de conducta que se ha trazado para recuperar totalmente el país, para lograr íntegramente la independencia económica.

La independencia económica no consiste en impedir que capitales volantes de otros países de la tierra puedan venir a coadyuvar con la obra y el esfuerzo del pueblo argentino de hoy.

Para nosotros la independencia económica es la posibilidad de conducir y dirigir la economía nacional con libertad de acción y determinación, a fin de hacerla servir a los auténticos intereses del pueblo para lograr su felicidad. Y eso lo ha proclamado y logrado ya el Poder Ejecutivo nacional y no ha de peligrar porque muchos o pocos capitales vengan, como he dicho, a colaborar con este magno esfuerzo del pueblo de la República que es el segundo Plan Quinquenal.

No es exacto, como lo ha pretendido el señor diputado Rabanal, que con esta ley se ponga «en juego el porvenir de la República, la vida de 18 millones de habitantes, y acaso también los destinos de América» . . . Un poco más y habría dicho que dejando entrar una fábrica en la República estaría en juego el mundo y hasta tendrían razón de temer los marcianos. (*Risas.*)

El señor diputado hizo afirmaciones imprecisas que van desde una apreciación con respecto a un grupo de obreros de la carne que en 1947 llegaron a hacer una petición al Congreso, hasta expresar que estamos entregando el porvenir de la República.

Sr. Rabanal. — Esos obreros fueron apaleados.

Sr. Albrieu. — No hay fundamento serio; no lo puede decir con verdad ningún argentino. Me permito creer que el señor diputado Rabanal y todos los señores diputados de la oposición, como también los jefes de su propio partido, no creen ni piensan, ni pueden creer ni pensar que por medio de esta ley vayamos a hipotecar o a vender el país.

Con respecto al episodio de los obreros de la carne, me interesa dejar claramente establecido que un grupo de ellos —había fricciones dentro del sindicato— llegó con una petición que tornaba insostenible la situación de la industria frigorífica. Ese grupo, encabezado por un conocido dirigente sindical del comunismo, fué atendido por miembros de una comisión de esta Cámara, entre los que se contaba el actual presidente, doctor Benítez. Se les escuchó: propiciaban que el Congreso considerase el estatuto traído por ese dirigente comunista. La Cámara aprobó otro estatuto para los obreros de la carne, sobre la base del decreto que con anterioridad dictara el Poder Ejecutivo con aumentos de salarios y otras mejoras. En esa oportunidad se retiraron los obreros desde la plaza del Congreso con toda normalidad.

Sr. Ferrer Zanchi. — No es exacto.

Sr. Albrieu. — No hubo apaleamiento.

Sr. Ferrer Zanchi. — Puedo probarle que lo hubo.

Sr. Albrieu. — Hubo una cuestión entre un grupo que se retiraba a sus domicilios y otro de una fracción contraria de ese sindicato que se hallaba estacionado frente a las puertas del Congreso. Se produjo un incidente a las puertas del Congreso. Para ponerle fin intervinieron diputados radicales y peronistas. Un diputado peronista recibió un botellazo. Pero la policía no intervino para nada.

Sr. Ferrer Zanchi. — El escuadrón de seguridad cargó sable en mano. Lo vi yo.

—Varios señores diputados hablan a la vez, y suena la campana.

Sr. Albrieu. — Y no hay variación en la conducta ni en la orientación del gobierno. Juntamente con los postulados sobre economía nacional tan claros y tan altos de nuestro presidente, que han sido aprobados por el pueblo, hechos ley de la Nación e incluidos en la Constitución, ya había en un decreto de 1944 que estatúa preceptos análogos a los de esta ley.

En la Constitución Nacional se estableció la posibilidad de ingreso de capitales al país, y

en el Plan Quinquenal se dan las normas generales para posibilitar esa admisión con plenas garantías, dentro de los límites de nuestra legislación, para que puedan coadyuvar con el esfuerzo argentino de esta hora.

De tal manera, señor presidente, que no hay en forma alguna en este proyecto, lo repito, ninguna cuestión que pueda hacer declinar los postulados del peronismo, ni el espíritu que informa la Constitución de 1949. Por eso, debemos volver a lo que realmente es esta ley: una ley adjetiva de la Constitución Nacional, de ordenamiento interno, que establece los preceptos y garantías para que los capitales extranjeros sepan a qué atenerse con respecto a la productividad y a la forma de inversión. No tiene otro alcance.

Por esas razones, nosotros la hemos de votar con la absoluta seguridad, como lo dijo ayer el compañero Peralta, de que con ella seguirán siempre claros a nuestro frente los tres objetivos máximos que ningún argentino puede desconocer. Y tengo la convicción de que si a los señores diputados radicales se les pregunta en este momento para que contesten por sí o por no tendrán que decir, como argentinos, que sí: que también desean, al igual que nosotros, que seamos una patria socialmente justa, económicamente libre y políticamente soberana. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos. Varios señores diputados rodean y felicitan al orador.*)

Sr. Presidente (Benítez). — Tiene la palabra el señor diputado por Buenos Aires.

Sr. Gomis. — Señor presidente, señores diputados: al hacer uso de la palabra en este debate, en que se trata una importante cuestión que hace a la economía y desarrollo del país, lo hago con la responsabilidad del sector que represento, y más que nada también, con la tranquilidad de espíritu de que mis palabras no son regladas por los convencionalismos, sino por la lógica del análisis de las cuestiones y de los hechos que han motivado que todos nosotros tengamos la tranquilidad y la confianza necesaria en cualquier momento y en todos los momentos en que esté al frente del gobierno el general Perón, para depositar en él todos nuestros derechos y nuestros deberes si así fuere necesario.

En principio, con esa lógica, no de las doctrinas económicas o de los sectores interesados, sino provocada o adquirida en el transcurrir de la vida, voy a contestar algunas de las aseveraciones producidas por los diputados de la oposición al hacer uso de la palabra en el debate de la consideración de esta ley.

Manifiestan los mismos que dentro del país se produjo la infiltración económica en 1905, y que en 1907 se empezaron a otorgar concesiones a los capitales extranjeros, comenzando por la Compañía Alemana de Electricidad, el Anglo Argentino y otros, y dicen que en el lapso

1933/1936 se produce la nueva búsqueda de los mercados debido a la necesidad de colocar capitales extranjeros, sancionándose la ley de la Corporación de Transportes, relacionada con las concesiones eléctricas.

Se olvida, y es necesario hacer esta aclaración, que en esos años no figuraba en el movimiento político del país, ni como gobierno ni como partido, un movimiento capaz de poner coto a esos entreguismos. No hablamos, al aprobar esta ley de concesiones de ninguna índole, entiéndase bien. Concesiones significa entregar lo que es patrimonio y derecho de nuestra soberanía. Radicación de capitales es asegurar el desenvolvimiento económico del país en relación al desenvolvimiento industrial y en relación a esta enorme evolución social de todo orden que vive la Nación Argentina, que abarca a todas las clases del país, que hace a la soberanía un bien tan fundamental que provoca en los argentinos, por segunda vez en la historia, el orgullo de decir «somos argentinos»; de un pueblo soberano que no necesita en las horas cruciales de jefes ni de conductores, que necesita de los conductores en la conducción de su gobierno y en la conducción de su doctrina, pero cuando su soberanía tiembla o se ve amenazada, desde las masas mismas brotan a montones quienes conducen y provocan la reacción del pueblo, dando lugar así al magnífico 17 de Octubre, momento en que, para nosotros, los trabajadores argentinos, comienza la verdadera revolución dentro del concepto nacional, porque en ese momento demostramos nuestra insobornable capacidad de determinar por nosotros mismos cuáles serían nuestros gobernantes y cuál es la línea y la conducta que debe seguir nuestro país.

Voy a recordar para hacer una relación a estos hechos, ya que quiero dejarlo determinado, que este movimiento de pueblo, que este nuevo gobierno, que es el pueblo mismo en función de gobierno, ha salido y tiene una raigambre en la historia del pueblo mismo.

Entre los documentos históricos que se guardan del tiempo de las invasiones inglesas, es fácil leer todavía los bandos publicados por Bérersford, en el momento en que se decía a sí mismo representante de su majestad el rey de Inglaterra. En ellos decía estas palabras: «Es sabido que entre el pueblo de mulatos y negros se pretende difundir la resistencia y la revolución a las órdenes de este gobierno, el gobierno de su majestad; tengan en cuenta esos mulatos y negros, esclavos todos, que la situación anterior de su condición de tal no ha cambiado; seguirán siendo esclavos, obedecerán a sus amos y respetarán a todos aquellos que estén con lo que dicta la corona.»

Y mientras tanto, los representantes de la Albiión bailaban en los salones porteños con aquellos a quienes les resultaba más cómo-

do cuidar su patrimonio y mantener su posición de señores, y que no tenían empacho en que sus hijas y señoras sirvieran a esos intereses; y que si bien por esa acción de pueblo, sin dejar de reconocer a aquellos que se pusieron a su frente tomando el partido del pueblo, fueran expulsados en su presencia física los invasores, hubo una invasión psicológica que dió permanentemente sus frutos, en tal forma que algunos se permitieron manifestar que, para obtener una raza fuerte, dominadora e inteligente, se debía casar a las hijas de los criollos con los rubios de un pueblo que, en su hora, provoca malos recuerdos a todos los pueblos que han luchado por su independencia política. Y de ese mismo pueblo, como un legado ancestral de la historia, hay otro pueblo que en forma soberana, por propia determinación del pueblo, porque nadie podrá negar esta aseveración, se ha dado su forma de gobierno, se ha dado su gobernante, el único gobernante que ha respondido y responde únicamente a los intereses de su pueblo. Y entonces cómo nosotros, representantes de ese pueblo, vamos a subestimar y a prejuizar, como capciosamente lo hacen los representantes de la oposición, lo que podría ocurrir con esta ley de radicación de capitales, que en ninguna parte de sus considerandos deja entrever la duda de los procedimientos. Esas prejuizaciones serían justas y razonables si estuvieran en el poder los partidos políticos que gobernaron desde 1824 hasta el momento en que el pueblo los eliminó de ese mal gobierno, porque entre unos y otros, no en las componendas del pueblo como componentes de esos partidos políticos, sino en las componendas de sus dirigentes, entregaron y malversaron al país.

¿O es que los radicales nunca estuvieron en el gobierno, o es que fueron siempre tan pocos que fué motivo de que expresara el señor diputado Alende, como consta en la versión taquigráfica al hablar de la Corporación de Transportes, de las concesiones eléctricas, de la creación del Banco Central, de los institutos movilizadores y juntas reguladoras: «Quiero expresar este hecho macizo e irrefutable en la República: para condenar y criticar esos hechos hubo una sola voz, la de algunos pocos hombres; algunas de ellas surgieron de los hombres de la Unión Cívica Radical»? Y a fuer de adversario leal, de integrantes del Partido Socialista, sin dejar de citar la ciclópea voz de Lisandro de la Torre: «Allí está el quid de la cuestión», algunos pocos hombres, que tienen que haber sido muy pocos para que no se concretaran todas esas magníficas aspiraciones que, al final de cuentas, siempre no han sido más que letra muerta de las plataformas políticas de su partido.

Muy pocos habrán sido, ya que, según el señor diputado Alende, durante el gobierno de Yrigoyen se hizo el proyecto de creación del Banco Central, el veto a la ley de sociedades mixtas

de ferrocarril, la nacionalización de los frigoríficos y el que definió su política del petróleo. No es cuestión de palabras, ni de letras, ni de definiciones teóricas; es cuestión de hechos, de realidades.

La plataforma del Partido Peronista tiene tres conceptos fundamentales: soberanía política, libertad económica y justicia social. De estos tres lemas incontrovertibles le hemos dado en muy poco tiempo hechos irrefutables a la historia del mundo, no solamente para los argentinos sino para todas las naciones del mundo que luchan contra la opresión colonialista.

¿Es que se olvidaron, cuando hablaron de las concesiones eléctricas, que fué necesario que hubiera mayoría radical en el Concejo Deliberante de la Capital? ¿Es que olvidaron que el propio Partido Radical estaba dividido en personalistas, antipersonalistas, forjistas y otras corrientes? ¿Es que olvidaron que perdieron la oportunidad más brillante de cualquiera historia política de cualquier partido del mundo, cuando todo el pueblo necesitaba de un conductor que saliera a su frente para hacer posible el desborde de las reacciones que palpitaban en cada corazón argentino y que cantaron y pregonaron que llegaba ya el que iba a tomar la bandera y la conducción del movimiento todo? ¿Y qué hubo de eso? Que el que llegó, que siempre llegaba a hacerse cargo desde afuera o a realizar componendas, tuvo una reunión en Mar del Plata con Patrón Costas, y luego como vino se fué nuevamente para Francia.

Habría que preguntar qué es lo que se dijo en esa reunión, o cuánto se recibió para no ponerse al frente de esa reacción popular, de ese momento, y que la misma tuviera que buscarse otro hombre hasta que lo encontró al general Perón, paladín no sólo de nuestros pensamientos y de nuestras ansias, sino también de la soberanía de nuestro país, que nos reivindicó como argentinos y nos está reivindicando como patriotas, ya que en las escuelas de la nueva Argentina se está dando la nueva tónica, la necesaria tónica para que nuestros hijos sepan que son hombres, y como hombres deben morir, y no que tengan el complejo de nuestras anteriores generaciones que soportaban con estoicismo, pero sin rebelarse, el flagelo del caudillo y la opresión del amo; que somos una nación vigorosa, que damos hasta donde queremos y que retiramos cuando queremos, y que tenemos el orgullo de pertenecer a un pueblo que cuando las fuerzas formadas al mando de Liniers estaban todavía en Retiro, ese pueblo de mulatos y negros, como lo llamó Beresford, en las calles de Buenos Aires se cobraba con la vida, en la honda de los niños, en la pedrea de las mujeres y en la reacción de los hombres, la del opresor que los mancillara y los llamara mulatos y negros, y que, cuando nuestras fuerzas, las organizadas al mando de Li-

niers, avanzaban, era nula y casi ya sin resistencia. Lo demuestra bien claro el número de bajas obtenido.

¿O es que se olvidan también, ya que hablaron de leyes obreras y otras, que es bien cierto que el pueblo creyó en Yrigoyen? Tanto creyó que con Yrigoyen en el poder pretendió tomar los derechos que le correspondían como trabajadores, pretendió hacer respetar lo que le habían prometido que se respetaría, pretendió ser juez de aquellos que lo flagelaban, e Yrigoyen prometió; pero los que trabajaban con ellos y tenían que cumplir y jugarse con Yrigoyen, lanzaron la semana trágica de un luctuoso recuerdo en el país. Podemos traer aquí testigos vivientes, a todo lo largo del país, de esa semana, y testigos vivientes, aquí también, de lo que pasaba en esos frigoríficos, de los cuales hoy los radicales dicen que nosotros no hemos tomado las medidas que correspondían, en donde desde sus techos ametrallaban las fuerzas del ejército, y ésa es la verdad, no solamente a los trabajadores que defendían sus derechos, derechos que hacía pocas horas habían votado al ungir a Yrigoyen presidente, sino que también morían aquellos que dormían en sus casas que daban a la calle Nueva York, y que salían. Las patrullas recogían a todo hombre que encontraban en las calles de Berisso y lo hacían trabajar en la fábrica a látigo y a garrote; y no dicen nada de los que nunca salieron, y no dicen nada de los que posiblemente han ido a dar con sus huesos molidos en el guano que también se fabricaba en el mismo frigorífico. Por eso no quieren recordarlo, porque podemos tener en esta Cámara los testigos vivientes de esas horas; podemos valernos del testimonio de muchos obreros que están trabajando en este país.

Tampoco tienen derecho a hablar de la defensa del petróleo, porque ¿qué hicieron ellos en su tiempo? ¿Qué hablan de Mosconi? Mosconi les enrostraría hoy a todos ellos, si viviera, lo que tuvo que luchar para hacer a Yacimientos Petrolíferos Fiscales, y contra los hombres que luchaba y contra la clase que luchaba. No eran los hombres actuales ni era contra ese partido político, ni era esta clase de argentinos que hoy tenemos, sino que era contra los testafierros, grandes personalidades que estaban enroladas porque así hace el capital, en los dos o tres partidos que pudieran determinar sobre esas cuestiones del petróleo la política que el país efectivamente seguiría, no la que se dice de palabra o la que se pregona como discurso de barricada, para encender las ansias que palpitan en todos nuestros pechos. No como la que se manifiesta por el diputado Nudelman, que en un sinnúmero de cuestiones barajó nombres, hechos y empresas, y cuando se le contesta terminantemente por intermedio de un diputado peronista y que es un obrero auténtico, con el mayor de los desparpajos manifiesta: «Esas cuestiones yo no pre-

guntaba ni he mencionado.» Es que si seguimos así, la única posibilidad de hacer discursos de barricada será en estas bancas, porque es en el único sitio en que abusando de nuestras paciencias, puedan mentir y diatribar en la forma en que lo vienen haciendo, porque tienen los ejemplos cuando han querido hacerlo en la calle. Claro está que dicen que son bandas de «descamisados» perfectamente organizadas, pero no son bandas de «descamisados» perfectamente organizadas; es que el pueblo argentino ya está adquiriendo el derecho y el honor de un pueblo fuerte y soberano; es que ya no se puede permitir, porque la tónica y la doctrina de Perón ha penetrado en nuestras venas, que por el solo hecho de hablar, por el solo hecho de justificarse, se difame como continuamente se está difamando. Por eso, como ya no se podrá esgrimir más la libertad para tal posición canallesca, porque la libertad termina en el uso de la palabra, donde se ofendan el honor y los principios de los hombres, cada día habrá más bandas, si así se les quiere llamar, de «descamisados» organizados que cobrarán con la acción y la defensa de sus derechos la mentira que se pretende deslizar en los oídos como canto de sirena.

Las épocas en que podía decirse todo eso, señores diputados de la oposición, ha pasado ya. Nuestras gentes, nuestro pueblo, no necesitan ya que se los junte con un asado y una tabeada para luego decirles todas esas mentiras, y en el cerebro embotado con el alcohol las supuestas reacciones del subconsciente los llevaban como ovejas en manada detrás de todas esas mentiras, detrás de todas esas diatribas.

Ya no se escuchan los discursos, como se escuchaban antaño, de que le vamos a hacer esto y le vamos a hacer lo otro. Lo que diera lugar a la jocosa interpretación de la literatura, refiriéndose a los discursos de un político de antaño, que en un pueblo en que no había ni vestigios de agua ni de ríos, se le escapara en su reguero de promesas, fácil y acostumbrado a hacerlo: «Le vamos a hacer un puente», y que alguno le dijera: «Mire, señor, que no tenemos ríos.» Y manifestara: «No importa, le vamos a hacer también un río.»

Se han terminado ya esos tiempos; en tal forma se han terminado que en estos momentos, al escuchar en algunas partes a los diputados de la oposición, pensamos que hablan por boca peronista; si no, es fácil analizar este pequeño apartado del discurso del señor Alende, que dice: «La consolidación de la industria, la autarquía energética, el establecimiento de la industria pesada y la fundación de este estado nuevo de vida a que hice referencia, deban estar sujetos a la exclusiva rectoría de la libertad individual, de la democracia política y social, de la emancipación económica y de la plena autenticidad cultural que nos convierta en magníficos y notables propulsores de la unidad americana.»

Palabras todas que el gobierno del general Perón está llevando a la realidad, aunque ellos quieren demostrar que no realizamos nada. ¿No saben acaso que encontramos al país en total desorganización? Hablan de que compramos una empresa de ferrocarriles en bancarrota; en bancarrota sí, como empresa posiblemente; pero no en bancarrota en cuanto a los valores de las propiedades de esos ferrocarriles. Una cosa es la terminación de la concesión y otra es el valor de las propiedades que no figuran dentro de la concesión, y que habría que haberles pagado a esos ferrocarriles. Como si eso todavía hubiera sido poco, debieran saber lo que significa poder determinar los movimientos de nuestros ferrocarriles en relación con los intereses del país, con la economía de ese país, que es lo único que hace a la soberanía nacional.

Hablan de las empresas telefónicas, que producían déficit a los tenedores de las acciones en territorio extranjero, pero no dicen que las comunicaciones telefónicas, que también hacen a la soberanía de un país, no estaban a la altura y las necesidades de su progreso, sino de las exigencias de los intereses que las explotaban. Ya le ha de contestar en detalle sobre esta cuestión el diputado que le ofreció informaciones precisas al respecto; de lo contrario lo hubiera hecho yo en estos momentos, sobre cuál era el proceso vegetativo de esa empresa y cuál es en estos momentos el progreso de la misma. Cuando hablo de desarrollo económico no me refiero a la obtención de grandes dividendos, sino al desarrollo que hace a los intereses y al progreso del país.

Los señores diputados de la oposición no deben temer por el petróleo ni por su seguridad. Nunca se hizo una política más concreta y efectiva en materia petrolífera que ahora, desde que está el gobierno del general Perón. Los señores diputados deben tener la absoluta seguridad de que mientras nuestro país viva en el libre juego de las libertades democráticas y de las organizaciones gremiales profesionales, constituidas y que defienden sus intereses, todos los problemas serán resueltos con patriotismo y con dedicación. Aliento la esperanza de que también los radicales votarán en el cuarto oscuro por Perón, convencidos de que con la libertad de acción en que se desenvuelven todos los gremios y su influencia en la función de gobierno del que forman parte, no permitirán en ningún momento que equivocados conceptos económicos entreguen nuestro petróleo a la vorágine de los intereses capitalistas extranjeros. Vuelvo a hacer la aclaración de que aquí no se habla de capitales extranjeros en cuanto a empréstitos y concesiones, sino de radicación de capitales, pero por sobre todo ello está en primer término la Constitución Nacional, que en ningún momento ha de ser de-

fraudada por el movimiento revolucionario peronista y por las leyes de la Nación, que trabajan en función social.

Los señores diputados de la oposición manifiestan que la aprobación de esta ley sería dar un cheque en blanco al Poder Ejecutivo. Nosotros los representantes del pueblo, que así nos sentimos con indiscutido derecho porque de él salimos, y como él pensamos en cualquier posición —porque no se piensa como el pueblo si no se vive consubstanciado con su doctrina—, daremos este cheque en blanco porque tenemos confianza en el conductor de la Nación. Se puede tomar mi palabra como diputado de la Nación, y más que como diputado, como hombre representativo de las fuerzas del trabajo, pues en mi vida ciudadana he dedicado mis energías en la actividad relacionada con el petróleo, de que puedo probar, con la ayuda de gráficos que los señores diputados estimen conveniente —conozco en el terreno lo que se está haciendo— todo lo que se ha realizado durante siete años. En ese período se han descubierto nuevas fuentes de petróleo y se han atendido las necesidades siempre crecientes del consumo del país. Como saben los señores diputados dichas necesidades han aumentado en forma extraordinaria debido al progreso industrial de la Nación. Los señores diputados de la oposición saben que esto es exacto. El señor diputado Fassi ha de recordar que en un debate realizado oportunamente hizo mención a la escasez de kerosene y de gas, y yo le expresé que debía rectificar las estadísticas que había leído por cuanto ellas no se ajustaban a la verdad. Téngase en cuenta que vamos a votar esta ley, no porque tengamos el conocimiento de los fines en que van a ser empleados los capitales, sino porque sabemos que tenemos tres banderas inmarcesibles; la soberanía política, la libertad económica y la justicia social; no porque le demos un cheque en blanco al Poder Ejecutivo, sino porque damos un cheque en blanco al presidente de los argentinos, al conductor de un pueblo, al general Perón, que maneja y dirige a ese Poder Ejecutivo en relación a los intereses de la Nación.

Porque, por primera vez en la historia de la Argentina, el presidente de los argentinos no es manejado por los intereses capitalistas, por las fracciones políticas en juego, componendas, ni por los caudillos que pueden aportar numéricamente una cantidad de votos en una elección; y que solamente hace a la conducción del gobierno de su patria lo que el pueblo, lo más grande que tiene este país, como él lo manifestara, lo que el pueblo quiere para seguridad y consolidación definitiva de estos tres lemas, que han de triunfar definitivamente o morir con la argentinidad: soberanía política, libertad económica y justicia social. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos. Varios señores diputados rodean y felicitan al orador.*)

Sr. Presidente (Benítez). — Tiene la palabra el señor diputado por Entre Ríos.

Sr. Perette. — Es evidente, señores diputados, que toda la cuestión económica está íntimamente vinculada a las condiciones institucionales, políticas, sociales y financieras del país. Es también evidente que al tratarse cualquier planteo que hace a uno de los aspectos de la evolución económica o al desarrollo industrial del país, deban tenerse en cuenta las condiciones seguridad, confianza y normalidad en esos órdenes social, institucional, económico y político en que se encuentra la República, para que eso constituya un índice seguro en el acierto o en el error del que gobierna. Por ello hemos reclamado constantemente por el imperio efectivo de esa seguridad y libertad en todos los órdenes de la vida nacional. Quiero señalar en primer término nuestra definida posición en favor de la paz del país, del progreso de la Nación y del bien de la República. Somos una fuerza al servicio de los grandes ideales, de los eternos ideales de la democracia, cuyo imperio reclamamos con urgencia para bien de nuestra patria y cuyos principios los sostenemos para todo el orden de la comunidad internacional.

Nuestro reclamo en este orden, como en todos, es el de paz en la libertad, progreso en la dignidad argentina y cumplimiento efectivo de los ideales de la democracia en lo económico, en lo político, en lo social, en lo institucional y en lo internacional. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Creemos con el pensamiento magnífico y visionario de Esteban Echeverría, que los principios de la democracia deben ser aplicados a todos los órdenes de la actividad humana, tanto en lo que va de la economía a la política, como a las finanzas, y a las ciencias, como en lo que se relaciona con la vida interna del país y con sus relaciones internacionales dentro de todo el universo.

El hecho, señor presidente, de que nosotros ratifiquemos hoy con toda claridad nuestra discrepancia total y categórica con la gestión de este gobierno en todos los órdenes de la vida nacional, no implica y no puede significar que seamos ajenos a los más puros, a los más nobles, a los más limpios sentimientos de patria y de amor a esta tierra. Nadie puede desconocer nuestra lucha permanente por el bien de la patria y el anhelo ansioso por su progreso, por su restablecimiento institucional, por su seguridad jurídica, por la efectiva paz entre los argentinos con libertad, por la fraternidad entre sus hijos, todo lo cual está subvertido en la vida argentina en un estado dramático de crisis total en el desenvolvimiento de la República.

Sr. Moreschi. — Eso era antes, no ahora.

Sr. Perette. — Señalo con toda lealtad que estamos en una posición clara y categórica en lo interno y en lo internacional. Somos enemigos de toda clase de despotismos y de opresión, como somos contrarios a toda clase de penetra-

ción imperialista, como somos enemigos de todo aquello que aniquila la vida y la dignidad del hombre.

Estamos en esa postura al servicio de la democracia, repudiando todas las clases de totalitarismo, anhelando que esta República viva en el ámbito de la libertad y que en todo el universo triunfen los ideales de la democracia y se consagre el derrumbe del totalitarismo, así sea nazi, así sea falangista, así sea fascista, así sea soviético, y de todo aquello que anule la dignidad, la soberanía, la libertad, el progreso y el vivir fraternal de los pueblos. (*¡Muy bien!*)

Hacemos este planteo —es la nuestra una postura inequívoca— sin demagogia, sin desviaciones y sin propósito de celebrar el mal del país, como se pretende colocarnos.

No es exacto que nosotros juntemos nuestras manos con alegría cuando el país cae en esta crisis económica, moral, política e institucional que todos conocemos. Absolutamente no. Deseamos fervorosamente el bien argentino, el progreso de la Nación y actuamos con un sentimiento superior por encima de las banderas partidistas, porque sabemos que el futuro de esta República, la felicidad, el bienestar y la libertad de 18.000.000 de habitantes no es monopolio de nadie, sino deber de todos y derecho de todos sus hijos bien nacidos. (*¡Muy bien!*)

Actuamos —ésa es la claridad de nuestro propósito— sin intenciones demagógicas, sin deseos de perjudicar en lo más mínimo los intereses de la Nación y le servimos con lealtad al formular estos severos reclamos bien argentinos. Sabemos bien los males que la demagogia ha hecho a la vida de los pueblos. Juan B. Justo recordaba que «los demagogos son como los usureros, que prometen dar la holgura de un instante a cambio de la ruina y de la miseria duradera», y ésas son las consecuencias inevitables de esas deformaciones del poder.

Nosotros entendemos que la demagogia, como el fanatismo, como el lema de «pan y circo», como el reinado de los mitos y del miedo, como los principios de anulación de la vida honorable del hombre, son verdaderas lacras de los pueblos, y ése es nuestro reclamo frente a todas las transgresiones que se han cometido y se cometen en el país, atacando a centenares de hombres dignos y libres, encarcelados y convertidos en «rehenes políticos» por defender la libertad. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

—Varios señores diputados hablan a la vez.

Sr. Perette. — Estamos igualmente en la defensa del hombre humilde y desposeído y su frente. Creemos en la vieja lucha de los pueblos por tratar de evitar la «explotación» del hombre por el hombre mismo y de eliminar esta

otra concepción de «persecución» del hombre por el hombre mismo, basada en la idea, el color o la sangre.

—Varios señores diputados hablan a la vez.

Sr. Perette. — Hago estas afirmaciones para ubicar este planteo en una posición concreta y definida.

Se habla en este instante de la radicación de capitales extranjeros. Se anuncia ya con todo el tono oficial que el gobierno hace un cambio fundamental en su invocada política de relaciones exteriores y en su orientación económica. Pero es necesario que digamos en forma precisa que esta representación no es enemiga de la radicación útil y correcta de capitales y que este bloque parlamentario no quiere hostigar al extranjero en ningún orden de la lícita actividad humana. No en vano nuestro Preámbulo ha proclamado ese gran mensaje espiritual para todos los hombres del mundo...

Sr. Roromora. — De buena voluntad.

Sr. Perette. — ...para todos los hombres del mundo de buena voluntad, en el que hay una definición de conducta, de fraternidad y de libertad.

No queremos levantar el trapo negro de la persecución al extranjero ni en sus ideas ni en su legítimos intereses, pero cuidando fundamentalmente nuestra autodeterminación, nuestra soberanía, nuestra economía, nuestras riquezas, nuestra independencia y nuestros principios en defensa de la República, en todos los terrenos, sin entreguismos ni imperialismos, y bregando por que en el mundo triunfen los ideales de la democracia y se derrumben definitivamente los principios totalitarios y los tiranos, los déspotas y los dictadores. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Con respecto a la convocatoria de los hombres que quieran venir a trabajar a nuestra tierra y al llamado que hace el peronismo a los capitales extranjeros, nosotros no atacamos el principio. Quiero dejar perfectamente establecida nuestra posición. Nosotros combatimos esa medida en cuanto es indiscriminada y en cuanto implica colocar nuestra economía en peligro de graves intromisiones. Hemos hecho, además, severas impugnaciones al proyecto en el transcurso del debate, que también reitero por mi parte.

Para que esta ley pueda triunfar, para que esta ley sea realmente el «mensaje de victoria» a que aludía el presidente de la República —con el tiempo se ha convertido en un «mensaje de derrota»—, es necesario asegurar un mínimo de condiciones jurídicas, económicas, financieras e institucionales, que son indispensables para argentinos y extranjeros, pues sin ellas falta la seguridad, la estabilidad y la confianza que hacen a la esencia del planteo.

Pretendo señalar en el curso de mi exposición algunos puntos de vista que han de ser

útiles para el país, por encima de las banderías y de los colores políticos.

Nosotros condenamos la persecución racial. Se ha hecho bien en incluir en la Constitución vigente una cláusula en tal sentido. Lo reconozco con toda lealtad. Creemos, con Martí, que «el alma mana igual y eterna de los cuerpos diversos en forma y en color», y por ello merece enérgica condenación, cualquiera sea, el que persiga al hombre por el color, por la raza o por la idea.

Alberdi ha dado ideas fundamentales sobre el aporte y el respeto al extranjero. En sus *Bases* stampa estos conceptos: «Para civilizar por medio de la población es preciso hacerlo con poblaciones civilizadas para educar a nuestra América con poblaciones de la Europa más adelantada en la libertad y en la industria.» Agrega Alberdi estos conceptos magistrales: «Para poblar el desierto son necesarias dos cosas capitales: abrir las puertas de él para que todos entren y asegurar el bienestar de los que en él penetraran. La libertad a la puerta y la libertad adentro. Si abris las puertas y hostilizáis adentro, armáis una trampa en lugar de organizar un Estado. Tendréis prisioneros, no pobladores; cazaréis unos cuantos incautos, pero huirán los demás.» Es decir, libertad efectiva, en la puerta y adentro, sin trampas.

Ese gran patricio que muchas veces quedó incluido en la admonición de «cien años de antipatria», establece dos grandes conceptos: bienestar y libertad, que muchos años después son consagrados en las convenciones internacionales. Como se ha dicho, si Alberdi hubiera sido un hombre de Europa, hace mucho tiempo que estaría señalado como uno de los propulsores de la humanidad.

Juan Bautista Alberdi —que todavía no tiene estatua en la Capital de la República— dió esa proclama en favor de la libertad y el bienestar. Esos dos conceptos que debemos asegurar a los extranjeros, los reclamamos perentoriamente para los argentinos: bienestar y libertad, sin torturas, sin estado de guerra, sin perseguidos políticos, sin ley 4.144, sin decreto 536, sobre delitos contra la seguridad del Estado, sin opresión para el pensamiento libre. (*Aplausos.*)

Habría deseado hacer la distinción del concepto de capitalismo e imperialismo a través de la opinión de destacados tratadistas. Al respecto recuerdo un magnífico trabajo del que fuera extraordinario y talentoso diputado nacional, el doctor Miguel Zavala Ortiz, sobre esta materia y en el que expresa estos conceptos: el marxismo, en su rígido planteamiento de la teoría económica, sostiene una conclusión espectacular en el sentido de que todo capitalismo es imperialista y todo imperialismo es capitalista. Seguiré especialmente a este estudioso, y daré algunas cifras más adelante sobre la economía argentina, que tomo de sus libros.

Aquella afirmación fatalista de la historia y de la economía —rechazada histórica y económicamente— con que Marx ha explicado su doctrina y con que quieren sus hombres sostener e imponer su receta, es para ellos la única solución del mundo, y ha servido para confundir a muchos y sorprender a otros.

Hubiera deseado referirme a ese planteo y anular los orígenes del imperialismo, y demostrar —como señala Zavala Ortiz— cómo estas expansiones muchas veces se agitan por principios que no son materiales ni económicos —que no se desconocen—, sino que en repetidas veces sostenemos que se determinan por factores y principios religiosos y, a veces, por ambiciones de poder o de gloria, por razones estratégicas, por mesianismo militar, por cuestiones raciales o políticas que tienen una singular relevancia como los otros.

Nadie defiende al capitalismo ni al imperialismo. Dios nos guarde de ponernos en la defensa de ellos. No desconocemos su egoísmo ni su materialismo de la vida; tenemos ejemplos dolorosos de la injusticia sórdida del capitalismo y del imperialismo. Fué precisamente la conciencia universal inspirada en los ideales del cristianismo y de la democracia la que puso una valla infranqueable a sus afanes de lucro y dominación. Enseña la historia que siglos antes a Jesucristo, y mucho antes del capitalismo, ya existían formaciones típicamente imperialistas; tales los casos de los imperios egipcio, indio, romano, bizantino, etcétera.

Pero debo renunciar al análisis de este aspecto y de cómo es necesario en el imperialismo el poder económico junto al poder político. La brevedad del tiempo de que dispongo para mi exposición no me lo permitiría. A la vez, debo variar el plan de mi discurso frente a las razones aducidas por el diputado preopinante.

Con respecto a la necesidad de capitales en la República, bastan las expresiones y los conceptos del propio gobierno y de los señores diputados de la mayoría. No se vive en «el mejor de los mundos», como se invoca, en materia económica, ni en materia política e institucional en el país, ya que sería inexplicable el estado de guerra y todas las medidas represivas vigentes. Es evidente que hay que tener un espíritu alerta frente a los peligros de todo tipo de imperialismo, y a la vez condenar de modo severo toda forma totalitaria de régimen o de dominación en la vida de los pueblos.

Es innegable que no hay economía sin capital, de acuerdo con el régimen económico vigente en el mundo actual y muy especialmente en el caso de la República Argentina, para el que estamos legislando.

Cuando un país no tiene capital propio se ve necesitado a procurárselo en otra parte. Esta es una norma que se ha aplicado a todos los países y todos los rincones del mundo. Nadie ha podido evitar ese tránsito. Estados Unidos incorporó en

su época capitales ingleses y franceses, hasta convertirse después, por la obra titánica de ese país, en la economía más fuerte de la tierra.

Inclusive Rusia comunista no se pudo librar de la necesidad de importar capital foráneo. Bajo la nueva política económica de Lenin, se introdujeron capitales ingleses, alemanes y americanos, se les otorgaron concesiones, se les encargaron obras públicas e industriales de gran magnitud. Durante la guerra última, la economía soviética estuvo ayudada de todas maneras por los países capitalistas, y hubo momentos en que el propio stalinismo tuvo que reconocer que la guerra la había ganado precisamente la «maquinaria yanqui».

La necesidad imperiosa de los capitales en el país y muchos países de América latina es indudable. Las causas por las cuales han disminuído los capitales extranjeros en América latina podrían sintetizarse en varios factores fundamentales. En primer lugar, durante la guerra todos los países tuvieron que formar grandes reservas de oro y divisas fuertes con las cuales llevaron a cabo intensas expansiones en sus respectivas economías; esas reservas han mermado o han desaparecido; tal es el caso nuestro.

En segundo lugar, la expansión económica se llevó a cabo también en base a un proceso inflacionista que, por no haber sido detenido a tiempo con medidas previsoras y severas, ha afectado la economía de los países. El nuestro ha sido devorado por un grave proceso inflacionista. Es evidente que el capital no puede ser reemplazado por emisiones de papel moneda inconvertible.

En tercer lugar, el capital de los Estados Unidos y de Gran Bretaña, que es el que ha sabido venir a la América latina, ha hecho después de la guerra un amplio y provechoso mercado de colocación dentro de sus respectivos países, a consecuencia de los planes de reconstrucción, ayuda al extranjero, plan Marshall, reconversión de industrias, etcétera.

Es indispensable señalar las condiciones para las inversiones extranjeras. Entiendo que ningún país se deshonra si pide o recibe, con elemental dignidad nacional, el capital foráneo. Pero esa elemental dignidad nacional debe ser concretada en disposiciones expresas, que aseguren la honra y la seguridad de una economía a cubierto de intereses egoístas e incompatibles con la tranquilidad de una nación. El señor diputado Alende señalaba tres áreas en el planteo, que yo reitero y amplío con estos nuevos y concordantes requisitos.

Entiendo que en materia de capitales extranjeros son condiciones fundamentales las siguientes: primero, ningún monopolio deberá permitirse al capital extranjero; segundo, ningún servicio público deberá concederse a capital extranjero; tercero, esta condición resulta del artículo 40 de la Constitución, debe destacársela,

ya que no solamente no se han recuperado todos los servicios públicos sino que se han hecho concesiones o ampliaciones de capitales privados, como en el caso de la CHADE; tercero, no se concederá tampoco ninguna ampliación al capital extranjero para la explotación del petróleo argentino: sostenemos una celosa defensa del petróleo para los argentinos y sin interferencias extranjeras, somos decididamente partidarios de la nacionalización del petróleo; cuarto, deberá evitarse o neutralizarse la infiltración de los llamados «monopolios internacionales», especialmente de aquellos que están complicados en la explotación de «poderes coloniales» en otros países hermanos.

Es indudable que con esas condiciones el país puede desenvolverse y actuar en esta órbita de la economía, de las finanzas, cuidando con todo celo los intereses de la República. Señalo además que de todas partes se llama a los capitales y se los procura atraer. No hay que dejarse llevar por excesos de optimismo.

No creo que haya un exceso de capitales, como se ha aludido en esta Cámara; creo que hay mayor demanda que aporte de capitales en el mundo. Norteamérica ofrece a sus capitales alicientes ponderables. No creo tampoco que la cesación de la guerra de Corea haya de permitir la emigración de capitales a otros países, porque las inversiones tendrán que destinarse a la propia reconstrucción que esa misma guerra demanda.

Entendemos también que en una ley de esta índole, hubiera sido menester considerar otros planteos previstos en la legislación comparada, tales como el tipo de cambio y la estabilidad de la moneda, desquiciada en la vida argentina.

Quiero señalar ahora un aspecto fundamental de este debate. Los diputados Alende y Rabanal se han referido a la opinión del periodista que escribe con el seudónimo de Descartes. El señor diputado Alende ha dicho que el presidente de la Nación es Descartes. Disiento con mi compañero de representación en la hipótesis que planteo, porque no creo que Perón pueda ser Descartes. Estimo, sí, que el país debe saber quién es Descartes, que algunas veces escribe y opina con tan amplios poderes. Quiero creer que no se trata del presidente de la República, de ningún ministro del Poder Ejecutivo, ni de ningún miembro de Control de Estado. No lo creo, porque este conjunto de artículos de Descartes, este mensaje del Poder Ejecutivo, y esta contramarcha del régimen constituye una evolución fundamentalmente seria y grave, y hay artículos que no creo que el presidente de la República haya podido suscribir.

Como hijo de la República quiero hacer esa afirmación, ya que en esos artículos se dicen cosas tremendas con respecto a Estados Unidos y a otros países, que los nuevos hechos oficiales

están desvirtuando diariamente y que no pueden ser expresadas por un gobernante.

Con motivo de la venida de Milton Eisenhower, se ha publicado un artículo de «Descartes» que implica una transformación de todo lo que anteriormente ha dicho. Me pregunto: ¿qué ha ocurrido para que en un día se destruya todo lo que se ha dicho de la Nación del Norte, la gran democracia del Norte, que, pese a sus errores y desviaciones, que no compartimos, ha luchado y lucha contra el totalitarismo, contribuyendo con los pueblos de otras naciones a salvar al mundo de la era brutal del nazismo, del fascismo y de los anticristos de la humanidad? Reitero, al respecto, los conceptos de Yrigoyen y su doctrina sobre la materia.

Solicito que se inserten en el Diario de Sesiones algunas páginas de este libro, esperando que los señores diputados de la mayoría me apoyen con su voto...

Sra. Rodríguez (C. E.). — No está en la cuestión.

Sr. Presidente (Benítez). — La Presidencia requiere del señor diputado por Entre Ríos que refiera su exposición al asunto en debate.

Sr. Perette. — Me estoy refiriendo al asunto porque en la página 262 de este libro «Descartes» se refiere a la radicación de capitales extranjeros, con fecha 17 de enero de 1952, mencionando el caso del presidente Vargas, en un decreto sobre capitales extranjeros con remesas de utilidades al 8 % anual de interés y fija una posición que es de fundamental importancia. Pero la agregación de esos documentos me ahorra extenderme en este planteo. Espero, pues, se apruebe su inserción.

Reiteramos nuestra posición con respecto a problemas fundamentales relacionados con el crudo estatismo, el colectivismo que anula la iniciativa privada y es de estricta aplicación, y sostenemos que el Estado democrático enfrenta al Estado totalitario y rechaza la omnipotencia estatal que estrangula la economía y la libertad.

Pero es necesario contestar algunas afirmaciones de los señores diputados. El señor diputado Fernández ha manifestado que las condiciones institucionales y políticas del país son inmejorables, lo que rechazamos categóricamente. Al respecto, destaco que existe un fallo de la Suprema Corte de Justicia de 1948, cuya inserción también solicito en el Diario de Sesiones, que establece, precisamente en un caso de capitales extranjeros, «que los poderes de guerra del Ejecutivo son anteriores y superiores a la Constitución», anulando y degollando así las propias facultades de los demás poderes y los claros principios de nuestra organización institucional, al mismo tiempo que se destruye el imperio pleno de la independencia judicial. En ese fallo se invocó como antecedente la doctrina de la Suprema Corte de los Estados Unidos; y

debo aclarar que, en pleno ataque a Pearl Harbour, aquella Corte invalidó un bando del presidente Roosevelt, sosteniendo que ni aun en momentos de guerra podía ser subrogada la Constitución, ya que «es anterior y superior a los poderes del Ejecutivo», pues «la Constitución estadounidense tiene fuerza de ley para los gobernantes y para el pueblo, tanto en la guerra como en la paz, cubriendo con su escudo protector a todos los hombres, en cualquier situación». Afirmamos que con el estado de guerra y los fallos de la justicia nacional se anulan todas las garantías y derechos para los argentinos como para cualquier habitante del país.

A esta altura de mi exposición, solicito la inserción de diversos cuadros y estadísticas que reflejan toda la situación económica del país, en materia de quebrantos comerciales, aumento de la circulación monetaria, desvalorización de la moneda, con respecto a la depresión productiva, situación del incremento comercial, la balanza comercial, la depresión industrial, la falta de carne, la caída de precios, las ventas del IMIN, y la financiación del Plan Quinquenal, que prueban esta crisis que ha vivido el país por culpa exclusiva de la improvisación y de no haberse escuchado las patrióticas advertencias de la oposición. El tiempo de que dispongo no me permitirá analizar estas cuestiones, pero los datos que aporte serán de extrema elocuencia; además, debo necesariamente contestar al señor diputado preopinante y dejar de lado —como he dicho— el plan que había trazado para mi discurso.

El señor diputado por La Rioja ha hablado del «Escudo Nacional» y ha hecho un llamado al radicalismo. Le digo que recibo su concitación, que ya ha sido recibida y contestada por el partido. Queremos paz en la libertad, queremos convivencia en la democracia, que no es «convivencia», que no es entreguismo, ni confabulación palaciega a espaldas del pueblo; y nosotros decimos al señor diputado que el escudo nacional que él ha invocado ha sido suplantado, en la ley del Plan Quinquenal, por el escudo peronista, olvidando que el país está por sobre todos los partidos de cualquier tendencia y por encima de las aparcerías políticas. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

El señor diputado por La Rioja se ha referido al petróleo. Sostengo que Yrigoyen cumplió una obra ponderable en defensa de la soberanía y del petróleo nacional. Quiero también nombrar a ese insigne patriota que fué Marcelo T. de Alvear que realizó, en materia de petróleo, actos fundamentales en defensa de nuestra soberanía, como propias voces y documentos peronistas que tengo en mi banca lo han reconocido. Aquí tengo la documentación concreta que demuestra que Alvear cumplió una obra extraordinaria en defensa del petróleo y soberanía argentino, que en este debate nosotros defendemos también,

y no queremos que ni radicales ni peronistas estén dispuestos jamás a entregar estas nuestras riquezas en manos de ninguna empresa y de ningún consorcio, porque creemos que el petróleo debe ser íntegramente de la Nación y es esencial defender los intereses del país para lograr la grandeza de la República. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Tengo aquí sobre mi banca dos decretos trascendentales de Alvear del 10 de enero de 1924 sobre el petróleo, que pido se inserten en el Diario de Sesiones, como demostración concreta de esa defensa señera del petróleo y su nacionalización por el radicalismo.

Más aún, el señor diputado ha dicho cuál es su posición, y nosotros ya la conocemos. El señor diputado ha tenido en esta Cámara una virtud que yo debo reconocer; fué el primero —si no el segundo— que dijo que «los diputados peronistas eran diputados de Perón».

Ha reconocido los conceptos del ex diputado doctor Oscar López Serrot «de que eran furgón de cola de Perón»; yo creo que es exacta la afirmación: los señores diputados de la mayoría son diputados porque Perón ha querido y los ha indicado (*¡Aplausos!*), pero nosotros somos diputados del radicalismo, designados en elecciones libérrimas por la masa del partido, y representamos los principios del republicanismo y de la democracia argentina. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

—Varios señores diputados hablan a la vez, y suena la campana.

Sr. Perette. — Voy a contestar al señor diputado por La Rioja punto por punto, aunque para ello he tenido que sacrificar el plan de mi exposición.

Se ha hablado de la CHADE. Yo le digo al señor diputado por La Rioja que nosotros hemos pedido una amplia investigación y reclamamos la publicación de todos los documentos, sin ninguna complicidad.

Decimos que cuando el peronismo condecoraba a Messersmith, ex presidente de la CHADE y ex embajador de Estados Unidos, nosotros lo condenamos. Pedimos la investigación de la CHADE, pero también pedimos a los señores diputados— y aquí va mi desafío— que investiguemos todos los negociados públicos que se han denunciado en esta Cámara, ya que puedo afirmar que jamás se ha negociado en el país como en los últimos tiempos. El propio gobierno ha tenido que mandar a encarcelar a hombres importantes, lo que demuestra que la hora del peculado y del negociado está en el mejor de los mundos en esta República. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

—Varios señores diputados hablan a la vez, y suena la campana.

votado en contra de ese consorcio. Hemos fijado claramente la posición. El país pudo estar unido en un pronunciamiento aleccionador y digno. Los diarios del peronismo, el gobierno mismo ha anunciado que los liquidadores del consorcio Bemberg han renunciado a sus honorarios. Yo pregunto al gobierno por qué no han renunciado los llamados «nuevos hijos de Bemberg», con Arturo Sampay y muchos otros, que cobraron 18.000.000 de pesos de honorarios y que no lo han devuelto —ni renunciado— a la República. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

El señor diputado se ha referido a un llamado a los radicales; ha mencionado un documento del doctor Marcelo T. de Alvear contestando una concitación de Federico Pinedo sobre la conciliación nacional. Señor presidente: recuerdo que el radicalismo, por intermedio del ex senador entrerriano doctor Atanasio Eguiguren, le hizo graves acusaciones a Federico Pinedo en el Senado de la República, por su vinculación y asesoramiento en el asunto de los ferrocarriles. La contestación de Alvear fué la misma que damos nosotros hoy, de manera que ese documento nos ha abreviado la tarea. Decimos los mismos conceptos que Alvear. El pedía libertades y garantías para el pueblo, y hoy nosotros queremos paz en la libertad, pero no «convivencia» con el entreguismo de los partidos o con los conciliábulos palaciegos. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

—Hablan varios señores diputados a la vez, y suena la campana.

Sr. Perette — Voy a pedir, además, que se inserte en el Diario de Sesiones el documento redactado por Federico Pinedo, en el cual se refiere al mensaje del señor presidente de la República, de 1952. Advierto que la opinión de Federico Pinedo no es la del Partido Demócrata, el que lo ha desautorizado. Federico Pinedo en ese documento le hace un total proceso al gobierno y meses después le canta la palinodia.

Habló también el diputado Albrieu de la compra de la Casa Radical. Entendemos, señor presidente, que es indiscutible fijar nuestra posición en esta materia. En lo de la Casa Radical a nuestro partido no tiene que hacérsele ninguna imputación. El radicalismo fué investigado por los hombres del 4 de junio por medio de la intervención —de un interventor militar—, y el informe de los contadores lo puso a salvo de toda sospecha. No podrán decir lo mismo ustedes en lo que respecta al incendio de la Casa Radical, con la impunidad oficial, que registra un hecho de barbarie y regresión.

—Hablan varios señores diputados a la vez, y suena la campana.

Sr. Perette. — El señor diputado se ha referido al acta de Chapultepec.

La diputación radical procedió con toda claridad y responsabilidad completa.

Cuando el señor diputado doctor Balbin explicó perfectamente la postura de nuestro partido —y pido esta agregación, el señor diputado Bustos Fierro dijo que admitían esa excepción, 1946, página 2207— dijo que si era necesario el sector radical iba a dar su voto a ese documento «para que no quede sin aprobarse este instrumento de carácter nacional».

Ayer se ha invocado la opinión del doctor Solano Peña Guzmán, quien ha hecho llegar hoy esta carta al sector radical desautorizando ese planteo. Solicito su inserción.

Sr. Camus. — Aquí está el libro *La autarquía en la economía argentina*, página 157, editorial La Raza.

—Hablan varios señores diputados a la vez, y suena la campana.

Sr. Perette. — La carta es de hoy. Queremos, señor presidente, como tema final, expresar conceptos que interesan mucho a la República.

Tenemos fe en el pueblo y en las fuerzas morales de la patria y confiamos en el triunfo de nuestros ideales de libertad y redención argentina, sin sometimientos de ninguna índole.

Jefferson, citado por Lin Yutang, divide a los hombres en dos categorías: los que tienen fe en el pueblo y los que temen al pueblo.

Nosotros tenemos fe en el pueblo y no nos arredran la adversidad ni las vicisitudes de la lucha que sobrellevamos con ansiedad de libertad, de dignidad y de recuperación moral, económica, institucional, intelectual y jurídica de la República. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

—Varios señores diputados hablan a la vez, y suena la campana.

Sr. Perette. — No tenemos impaciencias por el poder y tenemos bien presente el mensaje de Goethe de avanzar sin pausa ni impaciencias, avanzar como la estrella, ni tememos a ninguna reforma progresista, ni nos domina el sensualismo del mando, ni aceptamos las dominaciones del poder ni el imperio de ningún intento despótico. (*Aplausos.*)

—Varios señores diputados hablan a la vez, y suena la campana.

Sr. Perette. — Afirmamos una vez más que queremos la paz interna en la libertad, con normalidad institucional, con respeto por todos los derechos, lo que rechaza el conciliábulo áulico o la tratativa palaciega a espaldas del pueblo. (*Aplausos.*)

Exaltamos también la solidaridad para alcanzar la paz nacional, pero sin persecuciones partidistas, sin complicidades contra la democracia y sin rehenes políticos, que por primera

vez en la vida nacional se consagra en el país en gran ataque a los derechos de la criatura humana.

—Varios señores diputados hablan a la vez, y suena la campana.

Sr. Perette. — Nos preocupa el bien de la patria y su progreso, y quiera el gobierno entender que nuestra lucha y posición se acuna al conjuro de los más puros sentimientos de patriotismo, con ansiedad de grandeza nacional; pero todo ello debe hacerse sin someter a nadie y sin necesidad de unanimidades dirigidas o impuestas por el absolutismo del poder. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

—Varios señores diputados hablan a la vez, y suena la campana.

Sr. Perette. — Quiera el gobierno despojarse de todos los miedos a la libertad y no busque en la oposición las causas de sus males y fracasos.

Anhelamos el progreso del país con defensa de nuestra soberanía, autodeterminación, sin imperialismos de ninguna índole y con vigencia efectiva de la democracia en la vida nacional y en íntima solidaridad con la democracia en la lucha contra todo totalitarismo.

No se deje llevar el gobierno por los mitos, por los *slogans* —que son vencidos en la lucha por el tiempo— y no olvide el ocaso de Benito Mussolini que anunciaba para 1950 la primavera de Italia y la primacía de Italia sobre todos los países, y después el mundo pudo demostrar cuán poco tiempo duró su poderío cesarista, vencido por las fuerzas de la libertad empujadas, ayer como hoy, por vencer al despotismo, al régimen totalitario y a los anticristos de la humanidad.

—Varios señores diputados hablan a la vez, y suena la campana.

Sr. Perette. — Sepa el gobierno escuchar este nuestro reclamo perentorio por la libertad, tan proscriba y mutilada en el país.

Sean estas nuestras palabras, de íntegra solidaridad con el planteo elevado y argentino del comité nacional del radicalismo —sancionado por unanimidad—, en el que se demostró que nuestra lucha es insobornable y fecunda y dispuesta a todas las vicisitudes.

Irurueta Goyena enseña «que no se ha visto todavía que el que arroje al surco semillas de tempestades, recogiese luego en su era granos de sosiego», cuyos conceptos aplicamos íntegramente para decir que el radicalismo está sembrando semillas de libertad argentina y el gobierno tiene el deber de devolver al país su ansiada normalidad institucional, con la efec-

tiva paz de la República en la democracia, sin sometimientos ni claudicaciones y sin atacar a la libertad, sin opresión, sin torturas y sin rehenes políticos perseguidos por defender la efectiva grandeza moral y material de la República. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos. Varios señores diputados rodean y felicitan al orador.*)

Sr. Nudelman. — Hago indicación de que se vote la inserción solicitada por el señor diputado por Entre Ríos.

Sr. Presidente (Benítez). — Oportunamente decidirá la Honorable Cámara sobre las inserciones solicitadas por los señores diputados.

Sr. Gago. — Si me permite el señor presidente, quiero hacer una aclaración a la nota facilitada por el señor diputado por Entre Ríos.

En primer término agradezco al señor diputado Perette que me haya hecho llegar esta nota, que interpreto como una reiteración de la gentileza que siempre ha tenido para conmigo.

Como el sector de la Unión Cívica Radical en el curso del debate ha manifestado que no tiene confianza en la aplicación de esta ley, en el terreno de la confianza me permito decir que la nota que me ha sido facilitada por el señor diputado solamente está firmada en la página en que lleva como única frase el saludo al señor diputado. No está autenticada la primera plana. En consecuencia, dejo esto librado al juicio de la Honorable Cámara. (*Aplausos.*)

—Varios señores diputados hablan simultáneamente, y suena la campana.

Sr. Presidente (Benítez). — Tiene la palabra el señor diputado por Salta.

Sr. Ferrer Zanchi. — La carta es auténtica. En la primera hoja está el membrete . . .

Sr. Gago. — Insisto en que la nota no es auténtica . . .

Sr. Marcó. — Está equivocado.

Sr. Belnicoff. — Es auténtica.

Sr. Presidente (Benítez). — Oportunamente, cuando se voten las inserciones pedidas, los señores diputados podrán hacer las aclaraciones que estimen pertinentes.

Tiene la palabra el señor diputado por Salta.

Sr. Gómez. — Señor presidente: he solicitado la palabra —a pesar de que no era mi propósito— para intervenir en este debate, en el transcurso del cual esperaba escuchar fundamentales exposiciones de orden financiero sobre las inversiones de los grandes capitales, a los que nuestro país abre las puertas ofreciéndoles garantías dentro de un régimen de seguridad general.

Afirmaba un diputado de la minoría que con este proyecto el gobierno reconocía «sus errores» con respecto a las expropiaciones; afirmaba también que nuestro país se encontraba vir-

tualmente descapitalizado, que se estaba trabajando con los ahorros del pueblo, que no se publicaban las cifras reales de nuestra deuda externa; y hablaba de las grandes pérdidas que ocasionaba al Estado el manejo actual de las empresas expropiadas.

No pueden ser más antiargentinas las expresiones vertidas por el diputado de la minoría.

Agregaba el mismo diputado que, mientras en el año 1948 el peronismo expropiaba y expulsaba del país a los capitales extranjeros, hoy los incita a volver de nuevo porque nos consideramos irremediablemente perdidos ante la falta de divisas, que nos impide realizar operaciones de intercambio ante la supremacía del dólar.

Yo me pregunto, señor presidente: esos barcos de bandera extranjera que abarrotan diariamente las dársenas y los diques de nuestros puertos, ¿son de turismo? (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*) Y ante tantas inexactas y equivocadas profecías de los espíritus temerosos o alarmistas, yo me pregunto: ¿cuándo van a decirnos algo constructivo y a exhibirnos como balance resultados beneficiosos para nuestra patria?

Señor presidente: cuando el general Perón asumió la presidencia del país en representación de un partido sostenido por la abrumadora mayoría del pueblo argentino —como no lo logró ningún otro en la historia de la patria—, considero imprescindible e imperioso practicar una investigación general en las empresas o consorcios capitalistas foráneos y del país para verificar cuáles eran los secretos de sus evoluciones financieras y saber si ganaban o perdían lo que públicamente denunciaban; y fué como consecuencia de esa investigación que el pueblo argentino supo por primera vez cómo fué vilmente engañado y explotado, no sólo por los grandes consorcios imperialistas foráneos, sino también por los oligarcas y feudelistas nacionales, que en la mayoría de los casos, y para la mejor seguridad de sus mezquinos intereses, estaban situados en la dirección de todos los partidos políticos que constituyeron la desgracia de nuestra patria.

Nuestro líder optó por el desbloqueo de los capitales del imperialismo foráneo que, además de alzarse con el santo y la limosna, pretendía formar en nuestra patria una colonia de esclavos blancos y de renegados hasta del deseo de vivir. Pero ¿cómo se podía realizar este desbloqueo y efectuar las expropiaciones con un gobierno en deuda y empeñado hasta los ojos?

El peso nacional ya no tenía fuerza para circular en todo el territorio de la Nación, hipotecada íntegramente por la supremacía que ejercía y por la inflación que producía la libra esterlina con sus satélites; en épocas de los gobiernos radicales, allá por el año 20 y en adelante, se llegó al punto de que las provincias del Norte tuvieran que poner en circulación bonos provinciales de igual valor a la moneda nacional, respaldados en títulos hipo-

tecarios, fundados en la autonomía provincial y en los derechos republicanos que parecieran ser lo único que, después del Cabildo y la pirámide de Mayo, nos quedaba sin hipotecar. Es así como hemos visto a los maestros de escuela y a los empleados públicos de esas épocas en tan crítica situación que, acosados por apremiante e imperiosa necesidad, tuvieron que vender sus sueldos por lo que quisieran pagarles los comerciantes, cuando no los usureros que se enriquecieron con las necesidades de esos humildes servidores del Estado, a quienes se debía, no ya meses, sino años enteros. Y no entremos a considerar esa situación en el campo obrero...

Por todo eso atraen la atención las palabras que pronunció en la sesión de ayer el señor diputado Rabanal, cuando dijo que lo que el radicalismo desearía es que en cada familia obrera se tenga una motocicleta y se disponga de los elementos que hacen al confort del hogar, como las heladeras, por ejemplo. El señor diputado da a entender que se sabe nuestra doctrina peronista de cabo a rabo. Y yo le pediría al señor diputado por la Capital —siguiendo en el mismo orden de ideas expresado en sus palabras—, que también serían de desear otras conquistas hasta lograr, por ejemplo, disponer de veloces aviones para ir al Extremo Oriente a tomar el té, para seguir luego a Turín y tomar el aperitivo, y para regresar luego a nuestra patria, porque en ningún lugar del mundo como en nuestra querida madre tierra se comen los jugosos bifés —que se llaman bifés «a lo Perón»—, sumamente económicos y sumamente codiciados por el buen paladar. ¡Muy bien! ¡Muy bien!

Ante la evidencia surgida de las investigaciones realizadas sobre los dividendos de los capitales privados, llevados a conocimiento del verdadero interesado, que es el pueblo de la Nación, para su entera seguridad y confianza, y ante la comprobación de hechos realizados en contra de los intereses de nuestra Nación, el gobernante ungido por su pueblo auténticamente trabajador, se dirige al pueblo y le pide que cumpla ese sagrado deber de todo argentino consciente: producir, producir y producir. ¿Y cómo hizo el líder a su pueblo este pedido, que para algunos mal pensados significaba requerir un enorme sacrificio? Imponiéndose la consigna, primeramente él mismo, el jefe del Estado, para quien en la hora inicial de la labor ningún día es una novedad el canto del gallo al amanecer, porque a esa hora ya lleva recorridos —con toda seguridad— varios surcos de su diaria y responsable tarea.

No deja de sorprender sobre manera la forma inesperada y reaccionaria con que algún diputado de la minoría acusa a nuestro gobierno de realizar maniobras similares a la bolsa negra; con respecto al dólar; se ha demostrado que

esa acusación no es exacta. Y el pueblo tiene memoria, y recuerda las cicatrices imborrables que, con mal intencionados errores en el manejo de sus intereses, le ocasionaron los dirigentes políticos anteriores a la revolución del 17 de octubre, los gobiernos de oligarcas, para quienes los representantes radicales y socialistas integraban el quórum, a fin de que pudieran alimentarse los insaciables apetitos de esos viejos oligarcas y entreguistas.

Para refrescar la memoria del señor diputado por la minoría, me permitiré leer dos artículos del libro *Política y estrategia*, de Descartes, publicado en el diario «Democracia» de esta Capital, en 1951, porque es necesario que nuestro pueblo sepa cómo se atentaba contra sus intereses. Y de esto me hago responsable, como soldado de la patria y como soldado de Perón.

Uno de esos artículos, que se intitula «Así paga el diablo», dice lo siguiente: «Dentro del campo de la economía internacional, los métodos del imperialismo capitalista no difieren de su conducta habitual. Deseamos presentar sólo dos casos de sus atropellos.

«En 1945, cuando terminó la segunda guerra, Estados Unidos de América debía a la Argentina una crecida suma, producto de abastecimientos no compensados. Esos créditos fueron bloqueados al terminar la contienda. En otras palabras, el deudor se negaba a pagar, no cubría interés alguno y, entre tanto, maniobraba con los precios en forma que ese crédito argentino bloqueado se evaporaba a la mitad.

«Con esa maniobra el país fué estafado en una ingente suma. Nada pudimos hacer entonces, porque, incluso, si reclamábamos nos decían que éramos nazis.

«Aunque despojados inicuaamente, debimos emplear lo que nos quedaba en compras apresuradas para satisfacer necesidades apremiantes y cobrar de alguna manera, ante la amenaza de un evaporación progresiva de los saldos. Fué entonces cuando se acusó al gobierno de gastar apresuradamente nuestro saldo en dólares. ¡De no haber sido así!...

«Este fué un simple caso de despojo; el que mencionaremos a continuación es todo un chantaje agresivo.

«En 1946 la deuda de los Estados Unidos de América era aproximadamente de 2.000 millones; y la de Gran Bretaña de unos 3.500 millones (117 millones de libras). La Argentina, acreedora de ambos, dispuso emplear tales saldos en la adquisición de manufacturas indispensables. Fué así que procedió a disponer del oro y dólares acumulados, al tiempo que gestionaba el desbloqueo de los saldos en libras esterlinas. Lo primero pudo realizarse a duras penas, como mencionamos antes, a costa de uno de los fraudes más abominables que registra la historia de las relaciones económicas internacionales.

Lo segundo se estableció al firmar solemnemente dos tratados sucesivos con el gobierno de su majestad británica, en los cuales éste se comprometía a mantener la convertibilidad de la libra esterlina.

«En base a esa convertibilidad se mantenía el comercio triangular de Argentina, Gran Bretaña y Estados Unidos de América. En otras palabras, era posible emplear libras para comprar en los Estados Unidos de América, y, por lo tanto, parte del saldo de los 117 millones de libras podía ser invertido en los Estados Unidos de América, convertido en oro o en dólares.

«Una vez utilizadas, de la manera que se ha descrito, las reservas en dólares, el país no tenía otra solución financiera para seguir importando de los Estados Unidos de América que recurrir al uso de las libras esterlinas devengadas para su comercio con el Reino Unido.

«Para Argentina, celosa cumplidora de sus pactos y compromisos internacionales, era inconcebible el pensamiento que el gobierno de su majestad británica, comprometido en acuerdos y pactos solemnes a mantener la convertibilidad de las libras bloqueadas, pudiera unilateralmente violar los compromisos. Sin embargo, a mediados de 1947, decreta unilateralmente la cesación de tal obligación financiera. En ello se ve la mano intencionada de ciertos círculos estadounidenses, pues no es un secreto para nadie que tal medida no pudo ser tomada por el gobierno inglés sin el acuerdo o la presión mencionada.

«En estas condiciones, algunos bancos argentinos se excedieron en la apertura de cartas de crédito en libras con sus corresponsales norteamericanos, y firmas privadas argentinas hicieron a su vez utilización del crédito que normalmente concedían sus proveedores estadounidenses, acumulando saldos en cuentas corrientes. De esta manera se acumuló entre firmas y bancos privados argentinos, con firmas y bancos privados yanquis, una deuda de carácter comercial y bancaria que, en condiciones normales, se hubiera liquidado en el curso regular del intercambio. Pero el « tiro » no era ése. Se trataba intencionadamente de perjudicar a la Argentina en su crédito, haciéndola aparecer como deudora morosa y, en consecuencia, cortarle el crédito y difamarla por todos los medios.

«Pero aquí no termina este caso inaudito de irresponsabilidad e injusticia. La cesación de la convertibilidad de la libra esterlina fué casi paralela al anuncio del Plan Marshall, que, según se comprometió y consta en actas del Parlamento yanqui, habría de constituir un plan de recuperación mundial que favorecería por igual a todos.

«Latinoamérica y, en especial, Argentina, jugarían un papel especial. En los cálculos de la administración yanqui (de acuerdo con documentos oficiales debatidos en su Senado) consta

la decisión de adquirir en nuestro país más de 1.000.000.000 de dólares en productos necesarios a la rehabilitación económica de Europa. Apremiados por nuestro gobierno, la embajada de los Estados Unidos y los personeros de la ECA aseguraron a nuestro gobierno con toda clase de garantías verbales, en el sentido de colocar en nuestro país elevadas órdenes de compra, solicitándonos, a la vez, que se reservara al efecto toda nuestra producción. Tampoco en este caso debía el gobierno dudar de la buena fe y de la palabra oficialmente empeñada por el embajador Bruce en nombre de su gobierno. Por eso no se paralizaron las importaciones provenientes de Estados Unidos, sino que se prosiguió el abastecimiento esencial de la economía argentina, aun cuando el saldo deudor de los importadores argentinos con los exportadores yanquis se elevó a casi 200.000.000 de dólares.

«Aprobado el Plan Marshall, llegó a Buenos Aires el señor Hensel, representante del mismo, y ante el estupor del gobierno argentino y del propio embajador de los Estados Unidos, señor Bruce, manifiesta que tal plan es simplemente financiero y que en la Argentina no se compraría nada. Se había consumado el más triste episodio de mala fe, del incumplimiento y de la falsedad internacionales.

«En tal situación, el gobierno argentino dispuso dar fin a este abominable asunto, disponiendo que el 30 % de sus divisas en dólares fuera puesto a disposición de los bancos y firmas privadas, deudores de sus similares yanquis, para amortizar los saldos aun pendientes.

«En esa situación llega a Buenos Aires el señor Miller, secretario ayudante del Departamento de Estado, e inicia, bajo la promesa de mejorar las relaciones y subsanar « malentendidos », gestiones para que nuestro ministro de Hacienda hiciera un viaje a los Estados Unidos, a fin de dar término a las gestiones ya realizadas allí por una comisión mixta. Dentro de los diversos asuntos considerados y aprobados, casi todos unilateralmente favorables a empresas yanquis, se encaro la solución del pago de los saldos pendientes de las firmas privadas importadoras argentinas con las de igual clase estadounidenses.

«Estos intereses privados entendieron que convenía mejor al juego normal de sus operaciones la concertación de un arreglo financiero que sería llevado a cabo con el Export-Import Bank de Washington y mediante el cual se operaría la cancelación inmediata de tales saldos. Se constituyó un consorcio bancario argentino que realizó las negociaciones y firmó los acuerdos. En la actualidad tales cuentas corrientes han sido casi totalmente liquidadas con el interés correspondiente, que nunca pagaron los yanquis en sus deudas con los argentinos.

«En tales condiciones, sólo un embustero o un canalla puede hacer la afirmación de que el go-

bierno argentino ha contratado un préstamo en los Estados Unidos. Ni el origen de la operación, ni la persona jurídica envuelta, ni la finalidad perseguida, son del resorte propio del Estado argentino. El embajador argentino en Washington decía en tal ocasión: "El gobierno del general Perón no desea ni necesita un préstamo de los Estados Unidos".

«En conclusión, queda claramente expuesto que las maquinaciones del supercapitalismo internacional, no satisfecho con despojar a otras naciones de recursos indispensables para su desarrollo económico, mediante la inflación provocada; no conforme con la violación arbitraria de la palabra empeñada en documentos solemnes; no contento con el incumplimiento sistemático de las promesas y de las obligaciones formales de sus representantes, miente, miente descaradamente cuando pretende tergiversar la clara posición argentina, que ha resistido su bloqueo, su presión, su sabotaje y su difamación sistemática.

«El reverso de la medalla. Hemos historiado cómo nos robaron; deseamos también explicar cómo nos defendimos. Esa defensa fue realizada a base de decisión y habilidad, porque conociendo a los desalmados que actuaban, hubiera sido ingenuo contar con ellos.

«En efecto, en 1946 nos bloquearon los fondos y se negaron a entregar el oro equivalente. Entretanto, elevaron los precios en forma sideral, y agregaron a ello la imposición de pagar coimas por los permisos de exportación. Nos amenazaron así con quedarse paulatinamente con todos nuestros saldos a cambio de algunos autos, radios o *frigidaires*. Pendergast no actuaba sólo para ganar elecciones...

«En esa terrible batalla, todo consistía en ganar tiempo procediendo con rapidez y decidida energía. Ya a comienzos de 1946 nuestro gobierno se percató de la inescrupulosa intención de los deudores. Había terminado la lucha, pero venía una etapa difícil de la guerra: pagarla.

«El Consejo Nacional de Posguerra encaró decididamente el estudio de la situación económica mundial y planificó una acción para neutralizar el despojo en perspectiva y asegurar el mejor negocio para el Estado y la Nación Argentina.

«De ese estudio resultaron dos conclusiones fundamentales: primero, que había que contar a corto plazo con una desvalorización general de las monedas como consecuencia de la inflación provocada desde los mercados manufactureros; y, segundo, que era el momento de realizar la recuperación nacional comprando todos los servicios públicos enajenados por los gobiernos anteriores e incrementando con ello dos o tres veces el haber patrimonial del Estado argentino.

«La recuperación nacional se podía realizar con ventajas si la elevación de los precios de la comida, que en esos momentos era objeto de extraordinaria demanda. Su justificación era

inobjetable desde que los artículos con que nos pagaban habían subido extraordinariamente.

«Contra la desvalorización de las monedas, bastaba prever que en esta guerra pasaría lo que en todas: que se pagan en parte con esa desvalorización. Eso, que sucedió recién en 1949, fue previsto por nuestro gobierno en 1946. Como era de esperar, la desvalorización de las monedas traería un aumento inversamente proporcional en los precios de los bienes de capital, que eran la casi totalidad de las importaciones argentinas.

«Todo el éxito residía en ganar tiempo, adelantándose a la gigantesca maniobra de despojo que se cernía sobre nuestra economía. La decisión era factor principal para maniobrar con rapidez empleando hasta la última divisa —que se desvalorizaría— para adquirir bienes de capital que se valorizarían.

«Fue entonces cuando nuestro gobierno dispuso que el IAPI comprara de inmediato todo lo necesario al país y lo transportara sin más al puerto de Buenos Aires. El secreto estaba en que la pérdida de valor de las monedas "no nos agarrara" con un solo billete desvalorizado. Así se dotaron todas las necesidades nacionales en maquinarias, vehículos, etcétera, que durante los cinco años de guerra no habían podido llegar al país. En una sola operación se compraron 60.000 camiones y 1.000 *tornapuls*; 20.000 equipos industriales fueron adquiridos para ampliar y reacondicionar la industria; se compró la marina mercante; se motorizó el ejército y se dotó la aeronáutica, etcétera.

«El puerto de Buenos Aires llegó a estar atestado de materiales; fue menester estibarlos en los lugares libres, aun a la intemperie, porque faltaba tiempo para retirarlos. Se oían a menudo críticas de los que pasaban por allí. En 1949 no nos quedaba una divisa. El gobierno había cumplido su plan de cambiarlas por bienes de capital. Entonces vino lo previsto: cayeron todas las divisas y los bienes de capital comenzaron a subir catastróficamente. Y si no, veamos: cada camión que en 1947 costó 8.000 pesos, hoy vale más de 100.000; cada *tornapul* que costó 25.000, hoy cuesta 250.000; los equipos industriales que, grosso modo, vinieron a un dólar el kilogramo, hoy cuestan 10; los tanques del ejército, que se pagaron a 22.500 pesos cada uno, hoy no se los consigue por 500.000; los aviones, los barcos, etcétera, si se los comprara hoy, costarían entre cinco y diez veces los precios pagados entonces por ellos.

«Sin embargo, cuánta incompreensión y cuánta estupidez hemos escuchado en la crítica por haber gastado las divisas. Ellos hubieran preferido que se evaporaran bloqueadas en las cuentas de las metrópolis que sirven.

«Fue precisamente ese fabuloso negocio del Estado y la Nación argentina lo que permitió

al país llegar a 1951 habiendo realizado la recuperación nacional, pagado la totalidad de su deuda externa, formado su flota mercante y aérea, modernizado sus fuerzas armadas, realizado y consolidado su independencia económica y justicia social, mantenido la plena ocupación, reactivado la economía y ejecutado más de 75.000 obras públicas en todo el territorio.

«Los charlatanes que capitanean bandas políticas dicen que el gobierno peronista ha arruinado el país. Nosotros sabemos que el esfuerzo más grande ha sido realizado para pagar las deudas que ellos contrajeron y recuperar los bienes que ellos entregaron, por moneditas de coima, a sus amos de ayer y de hoy.

«Hay una diferencia entre ellos y nosotros. Esa diferencia está en los hechos mismos.»

Si a golpes nos trataron, de contragolpe respondimos: de tal manera que si los gobiernos extranjeros, olvidando sus sagrados deberes, han permitido la realización de operaciones malintencionadas contra los sagrados intereses de nuestra Nación, nosotros no tenemos por qué rendirles la pleitesía de altos cumplidos, como lo pretende el diputado radical señor Fassi. También el señor diputado hace memoria de homenajes a los capitales extranjeros invertidos en la América del Norte en la época de su colonización; pero podrá comparar el sentimiento de patriotismo demostrado por esos colonizadores en procura del progreso de su país, en situación de completa disparidad frente a las operaciones que se realizaban por parte de nuestros colonos mancomunados y abrazados con caudillos políticos y con entreguistas que nos representaban en los gobiernos y en las Cámaras legislativas nacionales y provinciales de esas épocas.

Con entera y sana conciencia de honestos ciudadanos de nuestra patria, los miembros del sector peronista votarán favorablemente el proyecto en debate. Vengan en buena hora los capitales extranjeros que deseen fomentar la industrialización de nuestro país, en el que tan generosamente se abren los brazos a los inmigrantes que representan el excedente de densidad de las naciones europeas, a quienes recibimos y tratamos como verdaderos hermanos; y si las mismas naciones que nos mandan brazos nos envían también empresarios capitalistas con inspiraciones bienintencionadas, les anticipamos nuestra satisfacción y les acordamos nuestra garantía, en términos sanamente reglamentados: solamente así nos mantendremos altivos y a buen recaudo en esta época en que las subvenciones para ayuda de los pueblos poco desarrollados sirven de pantalla para el reemplazo de la política de los empréstitos de tipo económico, que fueron de desastrosos resultados para la mayoría de los pueblos que se vieron precisados a aceptar tal compromiso, ya que mientras unos quedaron bajo la influencia

de potencias europeas, otros están sufriendo los efectos inflacionistas y de la supremacía del dólar.

Tampoco deja de ser sorprendente la exposición del señor diputado Weidmann cuando nos habla del aplauso de los radicales que se vanaglorian de que Hipólito Yrigoyen haya tomado la iniciativa de nacionalizar totalmente nuestras fuentes petrolíferas; parece que no pensaron ellos así cuando se produjo la caída de Yrigoyen, porque en aquella oportunidad un dirigente radical salteño, propietario de «El Intransigente», que, si mal no recuerdo, es de los radicales que dicen que no se doblan, a pesar de lo cual demuestran que se derriten ante el calor de la verdad, en aquel día de duelo para el radicalismo, ordenó tirar doscientas bombas para festejar la caída de Yrigoyen y así lo manifestó al día siguiente en la primera plana de «El Intransigente» en artículo encabezado con caracteres tan destacados como los de un letrero luminoso.

Sr. Perette. — Michel Torino hace dos años que está encarcelado por defender la libertad. ¿Por qué se encarcela a los ciudadanos opositores? ¿Por qué se crean los rehenes políticos?...

—Simultáneamente hablan varios señores diputados, y suena la campana.

Sr. Gómez. — Decía, señor presidente, que en la primera plana del diario se publicaba en grandes letras el siguiente título: «Cayó el caudillo demagogo». ¡Y hoy se sirven de su obra!...

Sr. Latella Frías. — ¿Por qué está preso Michel Torino?

—Varios señores diputados hablan a la vez, y suena la campana.

Sr. Gómez. — Ante la insistencia reiterada de los representantes radicales, que piden que se aclare por qué está preso Michel Torino, como estoy en el uso de la palabra y es a mí a quien dirigen sus pedidos de aclaración, voy a decirles que ese señor, director de «El Intransigente», a quien defienden tanto los señores diputados de la minoría, está acusado de intentar el despojo de los bienes de la viuda e hijos de su mismo hermano...

Sr. Fassi. — Es una falsedad.

Sr. Gómez. — Por eso está procesado...

Sr. Perette. — Michel Torino es un símbolo de dignidad y de la lucha por la democracia, que soporta la persecución del gobierno...

—Varios señores diputados hablan simultáneamente, y suena la campana.

Sr. Perette. — ¿Por qué no habla de las torturas y de cómo se despoja a Michel Torino de su diario, de su libertad, de sus intereses?...

Sr. Presidente (Benítez). — La Presidencia llama al orden al señor diputado por Entre Ríos, y pide a todos los señores diputados que permitan que continúe su exposición sin interrupciones el señor diputado por Salta.

Sr. Belnicoff. — Es que no puede seguir hablando así...

Sr. Presidente (Benítez). — Como diputado de la Nación, exterioriza su pensamiento.

Sr. Fassi. — Es que ha hecho alusiones...

Sr. Presidente (Benítez). — No se ha aludido a ningún señor diputado.

Continúa en el uso de la palabra el señor diputado por Salta.

Sr. Gómez. — Voy a hacerles llegar, porque tal vez los señores diputados no la han leído, «La historia de un despojo», de que es autor el doctor Juan Carlos Cornejo.

Sr. Presidente (Benítez). — La Presidencia ruega al señor diputado por Salta que vuelva al asunto en debate.

Sr. Gómez. — Es que me han reclamado insistentemente una aclaración, y he creído que debía ofrecerla; por otra parte, es totalmente exacto cuanto he afirmado.

—Simultáneamente hablan varios señores diputados, y suena la campana.

Sr. Gómez. — Decían en primera plana del diario «Cayó el caudillo demagogo», pero hoy los radicales se sirven de su obra, como los malos hijos que tardíamente llegan a reconocer los sacrificios de sus padres; y quienes así desconocen a sus padres habrían de estar también dispuestos a desconocer sus ideales y a entregar a la Nación...

—Simultáneamente hablan varios señores diputados, y suena la campana.

Sr. Gómez. — Y las expresiones del patriotismo que pretenden demostrar cuando el gobierno los invita a desistir de su enconada posición, en la que viven con la más absoluta desconsideración por los más altos intereses del país, no son más que palabras que a nada conducen. (*Aplausos.*) Vivan la realidad, y atiendan el reclamo del pueblo: abandonen esa posición en que viven, como gallos en el alambre, sin resolverse a volar para adelante ni para atrás. (*Risas y aplausos.*) Les invitamos a que vuelen hacia adelante; así, van a clavar el pico, o van a tener la satisfacción de despertar ante la realidad del justicialismo de Perón y de Eva Perón. (*Aplausos.*)

Se ha hablado de las divisas, y se ha pretendido afirmar que nosotros nos hemos alzado con las divisas. Si el general Perón no hubiera venido a reivindicar los derechos del pueblo y a terminar con el hambre y la miseria que lo afligían, cuando no la tuberculosis, el paludismo y otras plagas que habían hecho presa fácil en él ante el descuido de los gobiernos

de otras épocas, el país no podría ofrecer el panorama de prosperidad y bienestar que hoy exhibe ante los países del mundo. (*Aplausos.*) Ahí también se gastaron las divisas; en el combate contra esas plagas se gastaron millones de pesos que se invirtieron en la adquisición de drogas y de medicamentos: si no hubiera existido ese cuadro de miseria y de desolación, no se habrían insumido así esos millones, y podríamos disponer de ellos para otros fines.

En la campaña proselitista que realizaron para preparar la última elección nacional, los propagandistas radicales decían a la clase obrera que querían que se volviera a la época en que se obtenían alpargatas a setenta centavos y se obtenía azúcar a cuarenta centavos; pero no le recordaban al pueblo que era ésa la época en que era deseo imposible de satisfacer el del niño, alumno de la escuela primaria, que habría querido tener un par de alpargatas para estrenarlas en el desfile del 25 de Mayo o del 9 de Julio, no le decían al pueblo que en esa época teníamos que quedarnos en casa ya que nuestros padres no podían mandarnos a la escuela porque no teníamos zapatos con qué calzarnos. (*Aplausos.*) Es que esos opositores están tan alejados de la realidad que no se dan cuenta de que hoy en día los alumnos de las escuelas pueden ir todos con zapatos y delantal, no se dan cuenta de que hoy podemos ver reflejada en la cara de los niños de las escuelas la felicidad del momento que están viviendo. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

Para terminar, señor presidente, quiero hacer una brevísima referencia a lo que dicen los señores diputados de la oposición cuando afirman que el doctor Alvear ha defendido nuestro petróleo: el Estado paga a sus autoridades gobernantes para que defiendan los intereses nacionales y, si eso hizo Alvear, hizo bien, porque para eso el Estado le pagaba; el Estado no paga a los gobernantes para que anden paseando y se hagan casas y castillos en Norte América o en París. El pueblo quiere gobernantes como Perón, que trabajen de sol a sol para defender los intereses nacionales y para hacer el progreso de la patria: eso es lo que queremos todos los argentinos. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.* Varios señores diputados rodean y felicitan al orador.)

Sr. Presidente (Benítez). — Tiene la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Rumbo. — Señor presidente, señores diputados: la Cámara está realizando su tercera sesión debatiendo un aspecto de suyo fundamental.

Escuché con particular atención los discursos de los señores diputados de la oposición, y es de lamentar que no hayan surgido a este debate ideas nuevas, planteos nuevos. Seguimos con la rémora de las ideas viejas; diré más, de las ideas muertas.

El Parlamento debe ser un organismo vivo. Si nosotros repetimos aquí indefinidamente lo

dicho hace décadas, transmitimos ideas muertas; nosotros debemos vitalizar el Parlamento con nuevas ideas, con nuevos aportes, porque, como dije, el Parlamento es una entidad esencialmente viva. No es posible que sigamos por arrastre con los supuestos del siglo XIX. Nosotros superamos la mitad del siglo XX; debemos ya actuar en función de fines del siglo XX; debemos constituir el auténtico Parlamento del siglo, con ideas nuevas y nuevos esquemas.

Sr. Rabanal. — Pero ¿qué ideas nuevas?...

Sr. Presidente (Benítez). — La Presidencia ruega al señor diputado por la Capital que se sirva no interrumpir al orador que está en el uso de la palabra.

Continúa con la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Rumbo. — Señor presidente: en el curso de mi exposición voy a permitir todas las interrupciones que se me soliciten, que sean substancial y esencialmente constructivas. Pero desde ya declaro que voy a rechazar categóricamente toda interrupción de orden político, pequeña e intrascendente, aunque voy a aceptar con gusto cualquier pregunta o formulación que se me quiera hacer, a los efectos de esclarecer el debate.

Tengo la pretensión de aportar a este Parlamento algunas ideas nuevas y es mi responsabilidad en este debate traerlas también a consideración de la Cámara e, incluso, a la consideración del país, de la opinión pública, que sigue nuestros debates porque considera que el Parlamento es la máxima expresión del pensamiento de fin de siglo y que sus resoluciones son las que requiere el país. Si nosotros miramos hacia atrás, defraudaremos a nuestra generación; nosotros debemos ser fieles intérpretes del pensamiento de la generación actual.

Vamos a enfocar este problema con realismo, con verdadero realismo, tal cual lo exige la hora actual del mundo, porque aquello en que todavía muchos siguen creyendo está muerto, caduco, sin vigencia alguna. Estamos ante una estructuración nueva en el mundo, totalmente distinta a la concepción secular en la cual hemos sido educados. Nosotros, por lo tanto, debemos luchar, incluso, contra nuestras propias mentalidades, debemos hacernos planteos nuevos y vivos, porque lo que heredamos de la escuela del otro siglo ya no sirve. La transmisión del pensamiento en función de la enseñanza, va llevando un cierto retardo con relación a los acontecimientos trascendentes e inesperados que se producen en el mundo. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

La guerra de 1914/1918 significó la caída de un mundo; la crisis de 1930 fué la confirmación definitiva de la caída de ese mundo, e hizo peligrar muchos valores en los que hemos creído y que hoy son ideas muertas. La última guerra liquidó definitivamente la situación.

Eso es lo que trata, justamente, el proyecto de ley en discusión. La iniciativa trae un nuevo ordenamiento en lo social, en lo económico y en lo financiero. Cuando en 1929 se fundó el Banco Internacional de Pagos de Basilea, se lo estableció porque había un planteo nuevo en el mundo, al cual luego me he de referir. Los propósitos de esta institución eran conceder créditos a los países económicamente no desarrollados o desarrollados insuficientemente, para que pudieran obtener de los países industriales los bienes instrumentales a fin de desenvolver las posibilidades inherentes a sus condiciones naturales. Ya ven los señores diputados que en el año 1929 al crearse el Banco Internacional de Pagos de Basilea, se planteó el problema que hoy discute nuestro Parlamento. Pero parece que los hombres somos frágiles de memoria y no sabemos extraer verdaderas enseñanzas de los acontecimientos. Se tiene que volver a repetir el planteo en la posguerra de la segunda guerra mundial, y así se crea el Banco Mundial de Reconstrucción y Fomento en el año 1947. Lo hizo con idénticos propósitos del referido Banco Internacional de Pagos de Basilea. Y nos encontramos así, nuevamente en el punto de partida, sin haber aprendido nada.

El mundo vive el caos monetario. Creo y afirmo desde esta banca de diputado de la Nación que el problema más grande que tiene hoy el mundo es el del ordenamiento monetario. No existen prácticamente monedas, salvo una, llamada moneda dura, o sea el dólar. Las demás monedas, en su inmensa mayoría, son gubernamentales. Observen la expresión que en este instante empleo, señores diputados: monedas gubernamentales.

Sr. Alende. — ¿Me permite una interrupción el señor diputado, con el permiso de la Presidencia?

Sr. Rumbo. — Con mucho gusto.

Sr. Presidente (Benítez). — Tiene la palabra el señor diputado por Buenos Aires.

Sr. Alende. — Observo que el señor diputado por la Capital sigue, lo mismo que lo hiciera en el debate del segundo Plan Quinquenal, fiel a los conceptos pregonados por el economista Schaaf en su libro *Más dinero, más capital, más trabajo*. Este autor sostiene que el factor monetario debe contemplarse con más serenidad en el ordenamiento económico presente y futuro de los pueblos.

Veo al señor diputado por la Capital en ese mismo orden de ideas y le rogaría que me explique cómo el concepto, que él enunció en su hora, de que en el segundo Plan Quinquenal se variaba el esquema de más capital, más trabajo, más dinero, para transformarlo en más dinero que se debía convertir en capital y que por su productividad debía dar más trabajo, se concilia con este esquema que habla de la inversión de capitales extranjeros, que el señor diputado condenó en el debate del segundo Plan

Quinquenal, y que lo hizo retrotraerse a las viejas ideas, que —por lo visto— no estaban muertas, del viejo colonialismo que importaba capitales para crear trabajo y que, en definitiva, hacía que el dinero creado por esos capitales se retrotraía, finalmente, a los países de origen inversores

Nada más, y muchas gracias.

Sr. Presidente (Benítez). — Continúa con la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Rumbo. — En ningún momento he condenado las inversiones de capital extranjero. Más aún, he dicho siempre que ellas eran necesarias para vitalizar la economía, y diré al señor diputado Alende que hace más de un año tenía elaborado un proyecto como el que hoy discute la Cámara, y me quedé a la pasiva, esperando la reglamentación del segundo Plan Quinquenal en lo que atañe al problema de los capitales foráneos.

En oportunidad en que en esta Cámara tratamos el segundo Plan Quinquenal dije que él sería financiado, substancialmente, con el ahorro nacional, a cuyo efecto hice todas las discriminaciones en función del ahorro nacional. Eso lo ratifico en este instante.

En una interrupción que me fué concedida en la sesión de ayer negué que esta ley fuera para financiar el segundo Plan Quinquenal, en punto a inversiones foráneas, e hice referencia a las declaraciones formuladas por el excelentísimo señor presidente de la Nación al periodista Galloway, y publicada en la revista norteamericana «U. S. News and World Report», de gran circulación en Estados Unidos, en las que aclara perfectamente que las otras inversiones, las del capital foráneo, eran de tipo suplementario, es decir, un plus, algo extra, a los efectos de activar la economía nacional en la aplicación del plan.

Sr. Alende. — ¿Si me permite?...

Sr. Presidente (Benítez). — La Presidencia ruega a los señores diputados que no mantengan diálogos, y se permite advertir al señor diputado por la Capital que va corriendo el tiempo de que dispone para hacer uso de la palabra.

Sr. Alende. — Es importante la pregunta, porque se vuelve al viejo esquema, que parecía muerto, de importar capitales para que creen trabajo, y el dinero se lo habrán de llevar los países extranjeros.

Sr. Rumbo. — Ya voy a referirme a lo que está planteando el señor diputado. En realidad, el señor diputado se está anticipando a mi discurso. Cuando analice el balance de pagos volveré nuevamente al esquema, y en tal oportunidad permitirá al señor diputado Alende las aclaraciones que quiera.

Sr. Alende. — Le agradeceré.

Sr. Rumbo. — Por el concepto del estado caótico de la moneda y sobre la necesidad de su ordenamiento como un imperativo de la cultura

y de la civilización actual, es que el mundo está viviendo esta etapa de disloque de las finanzas que nació, como ya he dicho, en la primera guerra de 1914 a 1918. Proceder a un ajuste monetario mundial, justo y equitativo, lo considero como el más importante problema de la hora actual.

¿Dónde está el problema? En que los grandes centros cíclicos, como Inglaterra, que han jugado admirablemente bien durante todo el curso del siglo XIX y la primera década del siglo actual, ya no juegan. Mientras ese gran polo magnético de financiación de capitales o mercado de capitales mantenía su plena vigencia, los fenómenos tenían la conformación de todos conocida; era justamente la etapa de la expansión capitalista, sin sus contradicciones, que no tardaron en hacerse sentir. Las crisis financieras, las crisis cíclicas que constituyen la característica actual de la cultura capitalista, prácticamente no existían, porque ese gran centro cíclico irradiaba oro y moneda, e inyectaba de esa suerte los medios de pago y facilitaba la financiación de los mercados de producción en aquel período de expansión capitalista; empero, una vez producida la crisis y transferido el centro a un nuevo centro cíclico, surgieron con toda crudeza las contradicciones naturales inherentes al sistema.

Tampoco existía el problema de la no importación, porque en su posición insular Inglaterra necesitaba importar las materias primas a través de su poderío marítimo, por una política de expansión colonialista en los países atrasados, estimulándolos en la producción de las materias primas que su población e industria necesitaban. Pero una vez cumplida esta etapa y ocurrida la quiebra del sistema, el centro cíclico de Inglaterra se transfiere a un nuevo centro cíclico: el de los Estados Unidos. Ahí ya la ecuación es distinta porque en los Estados Unidos, como dijera yo una vez en este recinto y lo definiera como un continente disfrazado de país, los esquemas económico-financieros son completamente diferentes. Ahí se da casi en cierta medida la autarquía en punto a disponibilidad de materias primas.

Estados Unidos, con su enorme disponibilidad de materias primas, con su enorme aparato tecnológico, con su enorme ciencia y técnica aplicadas a la transformación de materias primas, es un país que prácticamente se abastece a sí mismo, como luego señalaré con una cita concreta. Y entonces, en lugar de ser un centro cíclico que emite oro, que inyecta oro, que inyecta moneda en los demás mercados del mundo, se produce un fenómeno exactamente al revés: es ávido de oro, es ávido de moneda, succiona toda la riqueza, todo el oro del mundo; empobrece por ese camino al mundo dada la naturaleza de su economía. Porque del centro cíclico inglés, de una isla pequeña, al centro cíclico de Estados Unidos, verdadero continente disfrazado de país, milagro de la historia y geografía, el

problema se conforma totalmente distinto. Y aquí es donde las crisis se presentan, y las crisis cíclicas toman proporciones catastróficas, el mundo se sume en la desesperación, y millones y millones de obreros ambulan por las calles y millones y millones de campesinos ambulan por los campos polvorientos, según ya tenemos la experiencia de la tercera década del siglo que corre. El desequilibrio con el resto del mundo es enorme.

Este es el nuevo drama que el mundo contempla en estos instantes. Al capitalismo hoy no le queda otra alternativa que ser inmensamente progresista si quiere mantener la fidelidad de las masas, poseedoras del poder político. No tiene otra alternativa: evolucionar o sucumbir. La libertad de los pueblos corre serios riesgos cuando el desnivel de riqueza de las naciones asume proporciones de abismo; o las naciones desaparecen o los pueblos sucumben.

Este planteo lo hago en función del progreso tecnológico, en función de esa enorme capacidad transformadora de materia prima, en función de esa inmensa disponibilidad de riqueza que se basta a sí misma, con prescindencia del resto.

Veamos cómo succiona la riqueza del mundo en función de esas excepcionales cualidades, y aquí no enjuicio a los hombres; en el fondo, estoy enjuiciando a la naturaleza. La naturaleza y la geografía, informan la política; los hombres no hacemos más que acatarla.

Veamos los coeficientes de importación de los Estados Unidos. El señor diputado Alende, en su exposición, hizo la referencia de que Estados Unidos absorbe en la actualidad, del comercio de exportación, una suma que representa el 3 % en relación con sus ingresos. Exacta la cifra, pero la voy a completar.

Ese es un fenómeno terminante. Estados Unidos, en 1920 importaba el 7 %, coeficiente que es la relación de la importación con los ingresos. Ese coeficiente baja en 1929 al 5 % y en 1949 al 3 %. Posiblemente en 1959 o en 1960 bajará al 2 %, y proseguirá su marcha declinante indefinida hasta la saturación.

Y ahora planteo este problema. ¿Qué ocurrirá en un porvenir inmediato de 20 ó 30 años, cuando ese coeficiente declinante llegue a su cifra mínima o al 1 % bajo esa relación? Entonces sí, el dólar ya no será escaso como moneda, sino que será escásísimo, porque Estados Unidos habrá llegado prácticamente a su autarquía económica. Entonces el desequilibrio actual se habrá acentuado dramáticamente, habrá que ir a nuevos esquemas y será llegado el momento de plantear la gran ecuación de la convivencia internacional; se reconstruye un mundo equilibrado, o se cambia de sistema. Ese es el problema que tenemos todos los países, no sólo los de la periferia de la América latina.

Sr. Nudelman. — Perón dice que no tenemos problemas.

Sr. Rumbo. — Ruego a los señores diputados que no hagan interrupciones políticas. Con mucho gusto concederé interrupciones que tiendan a esclarecer el debate. Las interrupciones de tipo político no las acepto, porque corro el riesgo de entrar en una vía muerta.

Deseo que la Cámara juzgue ideas nuevas, debata principios nuevos. Aspiro a que el Parlamento sea una entidad con vida vigorosa y con prestigio en el pueblo.

Hay un desfase —fuera de fase— entre las importaciones del gran centro cíclico, los Estados Unidos, y las importaciones de los países de la periferia. Las necesidades son totalmente distintas. En tanto Estados Unidos acrece su ingreso en el 1 %, la demanda de las importaciones sólo lo hace en el 0,66 por ciento. En tanto que América latina incrementa su ingreso en un 1 %, su demanda de importación total tiende a acrecer al 1,8 por ciento.

La situación es totalmente distinta, como se observa en el primer caso, exportador de bienes de capital en masa; en el segundo, exportadores de materias primas, muchas de ellas sin elaborar, algunas en semielaboración.

El problema de esa desarmonía permanente se acentúa en función del tiempo y consiste en la necesidad de reestructurar o proceder a la transformación de la estructura. La tesis de estructura tiene plena vigencia para el caso que analizo y para el caso de la ley que consideramos.

Cuando en 1949 la Honorable Cámara trató el convenio argentinobritánico, el diputado que habla sostuvo la tesis de estructura. Dije en aquella oportunidad que nuestros productos carecían de poder de compra e hice una serie de análisis en términos de productos que se compran en función de una tonelada de trigo o de un novillo de 500 kilogramos de peso. Demostré entonces que un agricultor norteamericano, con el mismo novillo, podía comprar seis veces más en términos de ácido sulfúrico o en términos de tractores.

Esa es la tesis de estructura: transformar el aparato económico, para asegurar poder de compra a los productos. Lo que la ley en debate busca, es justamente transformar nuestra estructura, por una política de substituciones de las importaciones, susceptibles de desarrollo nacional.

El capital que concurrió a nuestro país y al resto de América latina en el curso del siglo XIX, lo hizo única y exclusivamente para acentuar una naturaleza de países exportadores. Así se hicieron los países exportadores de América latina. Nuestro país estuvo en esa corriente: todo consistió en acumular saldos exportables de productos primarios, con prescindencia de lo susceptible de producir en función de una industrialización complementaria.

Pero la reforma económica no consiste solamente en acrecentar bienes existentes, sino, en substituir las importaciones económicamente sustituibles. La auténtica reforma económica consiste en transformar nuestras necesidades, en discriminar nuestras importaciones, para que con un instrumental económico puedan transformarse aquí las materias primas y abastecerse en alguna medida las necesidades propias del mercado, de suerte tal que aquellas importaciones de tipo primitivo dentro del esquema de la división internacional del trabajo queden definitivamente superadas.

Naturalmente que eso es de difícil y ardua organización. Muchas décadas se necesitarán para ir paulatina, lenta y pesadamente transformando nuestra estructura económica y nuestra tecnología productiva, y acentuando nuestra productividad. Entiendo por productividad el bienestar mensurable de las masas.

Para que se acentúe la densidad de capital, para que el capital y el trabajo concurren simultáneamente a la realización de nuestras aspiraciones dentro del esquema del justicialismo y dentro del esquema de nuestras propias aspiraciones claramente establecidas en la Constitución de 1949 y en el segundo Plan Quinquenal, que es ley de la Nación, el capital *per capita* debemos acentuarlo. Es enorme la diferencia de la disponibilidad *per capita* entre un país como Estados Unidos y los países de América latina, o entre países como Canadá y la República Argentina.

Como algún señor diputado señalara en el curso de este debate, es necesario densificar nuestro capital, de suerte que se incremente la disponibilidad de potencia instalada en términos de caballos de fuerza o en términos de kilovatios, de modo que cada trabajador tenga a su servicio una mayor cantidad de trabajadores en términos de HP o Kw. Pero para eso es menester densificar las inversiones y el capital *per capita*. Esto se halla en función del ahorro nacional y depende de las importaciones de capital que esta ley prevé.

Nuestro país, en el período que va de 1946 a 1952, acentuó vigorosamente su instrumental económico y el ahorro nacional; llegó, inclusive, en su dinámica a incrementarlo hasta un 20 % del ingreso neto.

Sr. Alende. — En pesos inflados.

Sr. Rumbo. — En pesos inflados, porque la inflación es una enfermedad de este siglo: todos los países están bajo el impacto inflatorio, porque la inflación, con todo lo malo que puede tener, también tiene cosas buenas, es una forma de redistribuir el ingreso y de obtener el ahorro forzoso y de acelerar el proceso de capitalización.

Así hemos llegado, señor presidente, a que en un instante determinado esa capitalización fué del 20 %, equivalente al ritmo más acele-

rado de los países más adelantados en punto a capitalización de los ingresos netos. Allí está el impacto del primer Plan Quinquenal de Perón, de 1947, que es una realización audaz que se ha cumplido en términos insospechados, aunque en algunos aspectos quedara rezagado. Pero el saldo definitivo para la economía nacional es altamente promisorio y todos los argentinos debemos satisfacernos que haya sido concebido y realizado.

El pueblo tiene ahora la responsabilidad del segundo Plan Quinquenal; que comprenda lo que él significa, porque si no lo entiende en la esencia más íntima, nos habremos defraudado nosotros mismos. Debe comprenderlo y practicarlo.

Los pueblos viven dinámicas distintas según sus recursos. Los procesos de capitalización, los procesos de la tecnología están en función directa de la capacidad de extracción y transformación de las materias primas. Están en función directa en términos de calorías, de kilovatios y de caballos de fuerza, es decir, de potencia instalada.

Un país con alta densidad de capital, con alta capacidad productiva, con una gran producción, con población trabajadora, con disponibilidad de materias primas y capacidad de transformación de la misma, corre con una dinámica superior a un pueblo de infraconsumo o descapitalizado. Por ello la economía de los pueblos está corriendo una carrera hacia una meta inalcanzable. En esa carrera estamos. Si no actuamos de acuerdo con la concepción del presidente Perón, corremos un riesgo grande de quedarnos rezagados en el progreso; debemos seguir esa línea, porque el imperativo de la cultura, de la civilización y del progreso así lo exige. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Sabemos que cada nueva explotación implica nuevos problemas, que el hombre trae problemas insitos; sabemos que la inmigración provoca complejos propios. Por ejemplo, por el primer plan llegaron al país 700.000 inmigrantes, de los cuales 350.000 eran hombres de edad activa, y eso implicó, en términos económicos, en cuanto a vivienda, instrumental tecnológico y obras públicas, un monto de inversión realizado de 25.000 millones de pesos.

Si pensamos, señores diputados, que durante el segundo Plan Quinquenal vendrá un aporte inmigratorio de ese orden o de un millón de inmigrantes, ese aporte va a significar una inversión neta, exigible, que para nosotros es irrenunciable, de más de 40.000 millones de pesos en los conceptos anteriormente enunciados. Para eso tenemos que estar preparados y para eso debe estar vigilante el organismo que al caso corresponda. Así dejó aclarada esta introducción.

Quiero pasar breve y rápidamente a un aspecto importante. Se ha dicho que en nuestro

país no existe un ordenamiento jurídico, que la juridicidad está en quiebra, que prácticamente no hay respeto por el derecho de los demás, como si aquí viviésemos en un estado de perturbación y no en una sociedad organizada. Los señores diputados saben que tal situación no existe, el pueblo de la República lo sabe exactamente bien, esta Cámara lo conoce a fondo. Pero pensando que este debate será leído en el exterior, analizado en las embajadas extranjeras, consultado por los presuntos inversores, por todos aquellos que tengan interés en radicar capitales en nuestro país, es que debo detenerme algún instante en documentar, nada más, cuál es la verdadera, la auténtica, la real situación argentina. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

Por ello es que me voy a permitir recordar esquemáticamente una serie de documentos, tanto la autorizada palabra del excelentísimo señor presidente, como algunas opiniones vertidas en el Congreso de la Nación Argentina. Y ruego a los señores diputados que sean indulgentes conmigo en este aspecto de la exposición, porque en este instante apunto, como dije, a los futuros posibles inversores, para que sepan que la Argentina es un país serio, donde el orden jurídico existe, donde el capital extranjero es respetado y que cuando se tuvo que revertir aquí alguna propiedad, se lo hizo mediante justo precio, pronto pago y en moneda de origen. Nadie tiene derecho a pensar que en el futuro no sigamos procediendo así; cualquier temor en este orden estaría en contra de nuestra propia experiencia.

Para ello, voy a recordar las palabras del excelentísimo señor presidente de la República, vertidas en su mensaje del 19 de mayo de 1949. Hablando de la nacionalización, dijo: «En la recuperación de los ferrocarriles y de los teléfonos opté, como ya es sabido, por las negociaciones directas, en razón de considerar que tal procedimiento es casi siempre más práctico y conveniente que el de las expropiaciones, cuya necesidad de aplicación, en ciertos casos, no puede, sin embargo, negarse. Sigo opinando al respecto de la misma manera, o sea que la expropiación origina litigios que se prolongan en el tiempo y que a veces hasta pueden arrojar resultados onerosos para el erario.

«He dicho ya en otra ocasión que la compra por acuerdos mutuos entre los propietarios y el gobierno constituye una manera democrática y justa de encarar el problema de la recuperación de los servicios públicos, y este procedimiento, siempre que sea viable, será adoptado por mi gobierno como política uniforme en la materia, sin perjuicio, naturalmente, de proceder a la expropiación cuando los poseedores rehúsen aceptar soluciones razonables, que estamos dispuestos a ofrecer en todo momento.

«En la actualidad, el criterio seguido por mí en la incorporación de los servicios públicos al Estado se encuentra ampliamente refirmado por

la Constitución Nacional, en su artículo 40, que expresa que “los servicios públicos pertenecen originariamente al Estado, y bajo ningún concepto podrán ser enajenados o concedidos para su explotación. Los que se hallaren en poder de particulares serán transferidos al Estado mediante compra o expropiación, con indemnización previa, cuando una ley nacional lo determine”. Sobre la base del precepto constitucional transcrito, mi gobierno procederá a recuperar oportunamente para la Nación los servicios públicos que todavía se encuentran en poder de empresas particulares, acordando con las mismas condiciones recíprocas y equitativas de compra y recurriendo a la alternativa de la expropiación, con indemnización previa, cuando resulte necesario.»

Estas autorizadas palabras del excelentísimo señor presidente de la Nación harán reflexionar profundamente a los futuros inversores de capitales.

También voy a citar algunas opiniones vertidas en este Congreso, en oportunidad de nacionalizarse la empresa Doderó, asunto al que también se ha referido más de un señor diputado de la oposición. Es conveniente que ello quede perfectamente aclarado, no por fijar nuestra posición —que se encuentra perfectamente esclarecida—, sino por la apreciación del problema que pueden hacer los presuntos inversores de capitales extranjeros.

En el debate celebrado en el Honorable Senado de la Nación, el señor senador Cruz —en la sesión del 5 de agosto de 1949—, al informar los despachos de las comisiones de Transportes y de Presupuesto y Hacienda, en el proyecto relativo a la nacionalización de la empresa Doderó, al referirse al artículo 40 de la Constitución Nacional, manifestó lo siguiente: «Que los servicios pertenecen originariamente al Estado y bajo ningún concepto podrán ser enajenados o concedidos para su explotación; los que se hallaren en poder de los particulares serán transferidos al Estado, mediante compra o expropiación, con indemnización previa, cuando una ley nacional lo determine.

«Es decir —agrega— que en forma clara y terminante nuestra Carta Magna prescribe que la transferencia de los servicios públicos que se hallan en manos de particulares puede hacerse por compra o expropiación. En el caso presente, para dar cumplimiento a la Constitución se optó por el primero de los medios indicados: la compra, repitiéndose así la política seguida por el actual gobierno para la adquisición de los ferrocarriles y de los teléfonos.

«Y aquí, a pesar de que el asunto es suficientemente claro, quiero remarcarlo. Los actos realizados por el gobierno son de compra de acciones de una empresa que presta un ser-

vicio público, como se verá más adelante. Por eso, porque se compraron acciones de una empresa que presta un servicio público, no se dictó, porque no correspondía, la ley especial que ordena para otros casos el artículo 40 de nuestra Ley Fundamental, ni fué necesaria la indemnización previa ni se tuvo en cuenta el costo de origen.» (1)

Deseo que sobre estas afirmaciones se reflexione para que se observe cuán respetuosos somos en esta materia.

Aprovecho la oportunidad para manifestar que la República Argentina es el país cumplidor por excelencia. No existe ejemplo en el mundo que se pueda comparar a nosotros en materia de pago a nuestros inversores. Por ello reclamamos respeto, y a pesar de que nuestra actitud nos ha provocado heridas dolorosas y desgarrantes, sufrimos con estoicismo por cumplir nuestros compromisos, no siempre justos; empero, una vez contraídos los cumplimos. Por ello reclamamos del mundo la fe que se nos debe tener, porque somos cumplidores por antonomasia. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

En la misma sesión el señor senador Antille manifestó que tampoco los que hablaron en nombre de la mayoría de la Cámara de Diputados «llegaron a interpretar el exacto alcance del artículo 40 de la Constitución».

«Reviste interés que en el Honorable Senado se puntualice el pensamiento del Poder Ejecutivo», ya que «la inclusión en el artículo 40 de la Constitución del precepto referente a la recuperación de los servicios públicos no ha innovado, sino que ha ratificado, la política sobre tan importante materia, enunciada por el señor presidente de la Nación en distintas ocasiones.»

«Estos preceptos son mero compendio de su bien conocido criterio.»

Además, el señor senador Antille resume las declaraciones del señor presidente de la República, y lo hace en los siguientes términos: «Estas declaraciones, señor presidente, estos conceptos vertidos por el Poder Ejecutivo, tienen las siguientes conclusiones: tienden primero a rescatar para el Estado la explotación de todos aquellos servicios públicos que interesan a la comunidad y que aun se encuentran en manos de particulares; segundo, determinar, en cada caso, la oportunidad en que proceda hacer efectiva dicha recuperación; tercero, proceder a dicha recuperación por acuerdos mutuos de compra entre los propietarios y el gobierno, y sólo recurrir a la expropiación cuando aquéllas rehúsen aceptar soluciones razonables».

«Es decir que el Poder Ejecutivo intenta la recuperación de los servicios públicos, que por

doctrina y por finalidad del gobierno corresponden al Estado primero y después a las empresas particulares, en esta forma por las tratativas que conducen a la compra, fijando precios de común acuerdo, o por la expropiación que es una exigencia que lleva consigo la ley que el Congreso debe dictar para los casos particulares, sin perjuicio de la ley general de expropiación.» (1)

Y luego sigue el senador Antille: «Por mi parte, estoy de acuerdo con lo central de la doctrina: «servicio público» puede ser todo lo que el Estado debe realizar o que éste delegue cumpliendo las necesidades que corresponden al mismo. Cuando lo hace por una concesión es una delegación expresa y un servicio público concedido. Cuando lo hace una empresa por sí, pero ordenada y reglamentada por el Estado, es un servicio público no concedido, pero regulado.» Al formularle esta pregunta el señor ministro de Hacienda, presente en la sesión, manifestó su conformidad.

Después, reproduciendo conceptos del señor presidente de la República, agrega: «He dicho ya en otra ocasión que la compra por acuerdos mutuos entre los propietarios y el gobierno constituye una manera democrática y justa de encarar el problema de la recuperación de los servicios públicos, y este procedimiento, siempre que sea viable, será adoptado por mi gobierno como política uniforme en la materia, sin perjuicio, naturalmente, de proceder a la expropiación cuando los poseedores rehúsen aceptar soluciones razonables, que estamos dispuestos a ofrecer en todo momento.

«Este es el concepto —sigue el senador Antille— con que el Poder Ejecutivo llega a la recuperación de los servicios públicos. La Nación —agrega— no puede ni debe ser jamás enemiga de ningún interés dentro de la Nación misma; menos aún puede ser enemiga de ciudadanos argentinos. «Entiende el señor presidente que es imperativo para el gobernante defender al erario público contra la expoliación de los intereses privados, pero entiende también que esta defensa no puede convertirse en excusa ni invocarse como justificación del enriquecimiento del erario público por la expoliación de patrimonios privados.» Por todo lo expuesto se ve que el artículo 40 es una garantía para el inversor y una norma para el gobierno, ante la negativa de los particulares de aceptar las soluciones razonables que el Poder Ejecutivo se ha comprometido a ofrecer; en ese caso será llegado el momento de proceder a la expropiación de sus bienes, según el último párrafo del artículo 40.

(1) Diario de Sesiones del Honorable Senado del 5 de agosto de 1949, página 1107.

(1) Diario de Sesiones del Honorable Senado del 5 de agosto de 1949, páginas 1124 y 1125.

Me he permitido esta larga lectura de opiniones vertidas en el Congreso de la Nación, señor presidente, para apuntar substancial y fundamentalmente a la mentalidad de los presuntos inversores foráneos, en cuanto a sus inversiones realizadas o por realizar. Quiero también demostrar que nuestra conducta en la materia está perfectamente informada con el Código Internacional de Tratamiento Equitativo de Inversiones Extranjeras, elaborado por los comités de inversiones en el exterior y por las sociedades extranjeras de la Cámara de Comercio Internacional y aprobado por el Congreso de Quebec de la misma, en junio de 1949.

Los capitales de inversión serán objeto de igual tratamiento que los capitales nacionales. Verán los señores diputados que el planteo hecho en el Congreso de Quebec coincide plenamente con la conducta de nuestro gobierno. Dice el artículo 11 del referido código: «... quienes puedan tomar medidas de expropiación o desposesión de la propiedad privada, etcétera, aplicarán los siguientes principios: a) La propiedad de los inversores no podrá en ninguna circunstancia ser objeto de medidas de expropiación o desposesión, sin un procedimiento legal apropiado y sin una indemnización equitativa de acuerdo con el derecho internacional; b) Toda ley nacional deberá definir expresamente el objeto y las condiciones de esta expropiación o desposeimiento; c) La base de la compensación deberá ser fijada ante cualquier procedimiento de expropiación o de desposeimiento. Esta compensación será pagadera al contado o en títulos negociables inmediatamente, por un valor equivalente. La suma pagada al contado o el producto de la venta de los títulos será libre e inmediatamente transferible, a la tasa de cambio en vigor en el momento de la expropiación o el desposeimiento. A falta de estipulación contraria, la transferencia tendrá lugar en la moneda del acreedor.»

Nosotros hemos cumplido, señores diputados, y hemos cumplido admirablemente, porque hemos sido leales y hemos respondido a la confianza de todos los que creyeron en nosotros, y nadie tiene derecho a pensar que no se siga teniendo confianza en nosotros. Los actos del gobierno informan de esta conducta en toda su plenitud y constituyen un ejemplo para propios y extraños.

Los señores diputados de la oposición, en sus largas exposiciones, desarrollaron una serie de conceptos. Dijeron que este era el camino clandestino de la contratación de empréstitos.

Sr. Nudelman. — Clandestino, no; público.

Sr. Rumbo. — Para que haya un préstamo, tiene que haber uno que pida prestado y otro que esté dispuesto a prestar. Nosotros, señores diputados, no pedimos nada a nadie. Si se tiene fe en nosotros, que vengan los inversores libres

y de buena fe a invertir sus dineros en la República Argentina. Y aquellos que no tengan fe en nosotros, que se queden en su propia tierra, que se queden en su propio campo. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*) Aquí no estamos pidiendo préstamos: estamos ofreciendo posibilidades de inversiones sanas y reproductivas. Luego haré referencia también a los préstamos si es que tengo tiempo.

De todos los discursos pronunciados por los señores diputados de la oposición, los que más me interesaron por sus planteos substantivos han sido el del señor diputado doctor Nudelman y el del señor diputado Fassi. He escuchado, sin embargo, con particular atención también todos los discursos de sus distinguidos colegas.

Hay dos aspectos fundamentales que pienso tocar. El señor diputado Nudelman, en su discurso del día de ayer, dijo: «Y ésta es la pregunta sin respuesta.» El señor diputado planteó en aquella oportunidad tres preguntas, y en aquella ocasión quise hacer una pequeña reflexión. Naturalmente, que ante un planteo tan substantivo no es posible en una interrupción poder hacer una réplica; lo único que pude hacer en esa circunstancia ha sido parar el golpe. Pero ahora me voy a referir concretamente al asunto.

La primera «pregunta sin respuesta» del señor diputado es ésta: ¿Dónde está la eliminación del capital foráneo? Ya le he respondido al señor diputado Nudelman, pero ahora voy a completar la respuesta a su pregunta. De paso pido que se incorpore al Diario de Sesiones, a esta altura de mi exposición, este cuadro, que habla de las inversiones directas norteamericanas en América latina en el año 1950, al cual hice ayer referencia.

En la interrupción que solicité al señor diputado dije que las inversiones norteamericanas en la República Argentina habían decrecido en el 7 %, en tanto que las cifras correspondientes al Brasil y Venezuela habían aumentado en el 169 % y en el 167 %, respectivamente.

Quiero ahora contestar a aquello de «dónde está la eliminación del capital foráneo». Hizo referencia el señor diputado a las inversiones del año 1927, cuando el radicalismo era gobierno, y a las correspondientes al año 1949, estando en el gobierno el peronismo; y agregó que las inversiones, de acuerdo con documentos del Banco Central de la República Argentina, eran de 7.030 millones de pesos en el año 1927, en tanto que en el año 1949 pasaron a 7.300 millones de pesos, anotando que en vez de producirse un retroceso tuvo lugar un incremento. Pero aquí, para poder apreciar en su justo valor los números, debemos referirnos a la renta nacional. En el año 1927 la renta nacional era de 13.000 millones de pesos y las inversiones extranjeras

Inversiones directas norteamericanas en América latina, 1950

(En millones de dólares)

	Agri- cultura	Minería, fundición	Petróleo	Manu- factura	Transportes, comunicaciones, servicios públicos	Comercio	Finanzas, seguros	Varios	1950 Total	1943 Total
Argentina	—	—	48,5	146,0	77,0	34,9	22,0	7,6	354,6	380,1
Bolivia	—	6,1	—	—	2,4	2,0	—	—	11,4	13,2
Brasil	—	—	112,4	270,2	137,6	70,1	21,7	7,0	627,0	232,7
Chile	—	340,6	—	29,4	137,0	14,5	1,5	—	529,9	328,3
Colombia	—	—	117,7	24,8	29,1	8,9	3,9	3,0	193,5	117,0
Costa Rica	—	—	3,8	—	10,8	2,8	—	—	62,1	30,4
Cuba	239,0	—	20,4	71,8	270,5	18,7	—	9,8	638,4	526,3
Rep. Dominicana	—	—	—	29,2	10,7	0,9	—	2,3	105,7	70,5
Ecuador	—	—	—	0,6	5,3	1,7	3,6	—	14,2	10,8
El Salvador	—	—	2,3	—	16,8	0,5	—	—	18,4	14,9
Guatemala	—	—	3,6	—	72,2	3,3	—	—	105,9	86,9
Haití	7,9	—	—	—	2,3	—	—	—	12,7	14,1
Honduras	—	—	—	—	8,8	—	—	—	61,9	37,0
México	3,0	119,4	12,7	118,1	107,3	29,7	2,3	6,2	398,6	286,3
Panamá	—	—	174,7	1,7	139,1	10,6	4,8	—	348,7	110,3
Perú	—	55,1	—	15,5	4,6	12,9	—	0,8	140,0	70,8
Uruguay	—	—	3,3	33,1	1,6	4,3	12,4	0,5	55,3	5,5
Venezuela	—	—	845,6	23,8	10,0	23,0	13,1	6,7	981,4	372,8
Otros	—	—	4,7	5,6	1,1	0,6	—	—	15,3	13,3
Total	47,56	617,4	1.390,0	774,1	1.044,1	240,3	85,3	48,2	4.675,0	2.721,2

Petróleo: de un monto total invertido en Venezuela de 981,4 millones de dólares, en petróleo lo es en 845,6 millones de dólares \cong 85 % de sus inversiones.

Minería, incluso petróleo: 1.907 millones de dólares \cong 40 % del total invertido en América latina.

Manufacturas: 774,1 millones de dólares \cong 17 % del total.

significaban el 50 %, en tanto que en 1949 la renta nacional era de 63.000 millones de pesos, y, por tanto, esas inversiones apenas llegaban al 10 % del valor de la misma. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

Con estos dos valores, señor presidente, queda respondida la primera pregunta.

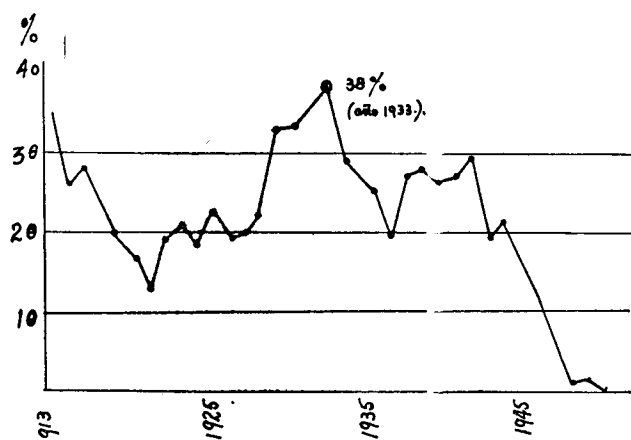
Voy ahora a la segunda pregunta, que en realidad es la tercera, porque la segunda pregunta del señor diputado se refiere a dónde está la independencia económica. Esa pregunta se debe dividir en dos puntos: drenaje de intereses y drenaje de fletes.

Drenaje de intereses: solicito también que a esta altura de mi exposición se inserte en el Diario de Sesiones este pequeño gráfico, que exhibo, y que habla del porcentaje del valor de las exportaciones absorbidas por las transferencias de servicios financieros. El valor porcentual a que me voy a referir es la relación entre las remesas por servicios financieros y el valor de nuestras exportaciones. Este era uno de los más graves factores de empobrecimiento

tos, por su drenaje constante, hoy felizmente detenido por la política de nacionalizaciones de los servicios públicos. Se ha llegado, incluso, en un momento dado, hasta el 38 %, en las remesas de las exportaciones invisibles, del valor total de nuestras exportaciones. El servicio al exterior de la deuda pública y privada, en función del valor total de nuestras exportaciones, es un aspecto de la anemización, de la desvitalización del aparato económico. Se llegó hasta el 38 %, repito, en el año 1933, que es el año del convenio Roca-Runciman, del gran empobrecimiento nacional. Nunca casi ha bajado del 25 % del monto de las exportaciones. Es decir que entre 1926 y 1942 osciló entre un cuarto y un tercio del monto total del valor de nuestras exportaciones. De ese monto del 38 % se bajó al 5 % en 1947 y al 1 % en 1950. Esto es extraordinario, pues la presión de los egresos rígidos tornaba invariablemente negativa la balanza de pagos. Esto es una revolución en la balanza de pagos y su consiguiente consolidación. Esta es la revolución de Perón en la transformación de

Por ciento del valor de las exportaciones absorbido por las transferencias de servicios financieros

(En % sobre el valor de las exportaciones)



- 1º A mayor depresión económica, mayor proporción de evasiones en concepto de servicios financieros, el 38 % en 1933.
- 2º Entre 1925 y 1942, osciló entre $\frac{1}{4}$ y $\frac{1}{2}$ del valor total de nuestras exportaciones.
- 3º A partir de 1945 se produce un franco descenso, como consecuencia de la política de nacionalizaciones; el 5 % en 1947 y el 1 % en 1950.

la economía como efecto permanente: destruir su factor de rigidez. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

Señor presidente, señores diputados: esta transformación liquida un elemento de rigidez en nuestra balanza de pagos, y justamente esa destrucción permite que nuestra economía continúe desarrollándose dentro de una nueva conformación estructural. ¿Adónde fué, entonces, el drenaje de intereses a que se refirió el señor diputado? Yo contesto: ese drenaje de intereses, que se ha detenido, en lugar de ir al extranjero, se encuentra en los bolsillos del pueblo argentino. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

Sr. Nudelman. — Si hay tanto dinero, ¿para qué claman por el capital extranjero?

Sr. Rumbo. — Luego viene la pregunta sobre drenaje de fletes. Voy a contestarla.

En la guerra de 1914/1918 no tuvimos flota mercante. En la guerra de 1939/1945 se constituyó la flota mercante. En ese entonces debimos quemar los cereales por falta de bodegas para nuestras exportaciones y por la escasez de combustibles. Sufrimos sanciones económicas, y aseguro a esta Honorable Cámara, con toda la responsabilidad de diputado de la Nación, que el monto total de las cosechas quemadas en los hogares de nuestras calderas, para mantener el movimiento económico de la Nación y de los transportes, era infinitamente superior al monto que se tuvo que pagar por la Flota Mercante del Estado.

Aquí contesto la pregunta: en función del ahorro que se hizo evitando la destrucción de

riqueza dentro de una economía depredatoria, la Flota Mercante de la Nación está pagada con creces, y a ese factor mensurable debemos significarle el valor como instrumento de independencia económica.

Ahí está, señores diputados, en qué se ha invertido y qué es lo que constituye el drenaje de nuestras divisas.

La tercera pregunta es dónde está la independencia económica. Se encuentra contenida en la respuesta a las dos anteriores, realizaciones de suyo trascendentes y de efectos a largo plazo como inversiones reproductivas.

Sr. Nudelman. — Están sin contestación las tres.

Sr. Rumbo. — La independencia económica está encajada definitivamente en la propia felicidad del pueblo y en la grandeza de la Nación. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

Así, esquemáticamente, torturado por el reloj, dejo contestadas las tres preguntas del señor diputado. Desearía extenderme en el análisis de nuestra balanza de pagos, pero temo que mi tiempo sea excesivamente breve y que deba destruir maravillosos elementos de juicio para contestar al señor diputado.

Quiero ir a otro punto: al problema importantísimo del petróleo, de que también se habló durante el curso del debate.

Previamente, angustiado por el tiempo, voy a tratar de dar una síntesis exacta de la situación. De entrada diré que el déficit nacional de energía expresado en términos de billones de calorías, desde el petróleo hasta la

cáscara de arroz, se va acentuando. En el año 1946 ese déficit era equivalente a 4.000.000 de toneladas de petróleo, y en 1951 pasó a ser equivalente a 7.200.000 toneladas de petróleo. El déficit se acentúa en función del incremento de la industria nacional. La gran industrialización del país, el ámbito industrialista de 1946, hace que el déficit se acentúe.

Quiero advertir, de paso, que la producción nacional de energía, expresada en términos equivalentes a toneladas de petróleo, viene acusando una ligera disminución. Para no hacer citas de números, ruego a la Honorable Cámara disponga la inserción en el Diario de Sesiones de un pequeño esquema y de los cuadros estadísticos que le acompañan.

Luego viene otro aspecto del déficit, el petróleo y sus subproductos. En el año 1946, en cuanto terminó la guerra, teníamos un déficit de petróleo de 1.108.000 metros cúbicos, por no haberse normalizado aún el comercio internacional de este producto; y el de 1952, en función de la acentuada industrialización del país, pasa a ser de 3.865.000 metros cúbicos, en un mercado internacional normalizado en cuanto a su abastecimiento. También ruego que a esta altura de mi exposición se agregue este cuadro que

tengo sobre mi banca con su gráfico y sus estadísticas que aclaran la situación.

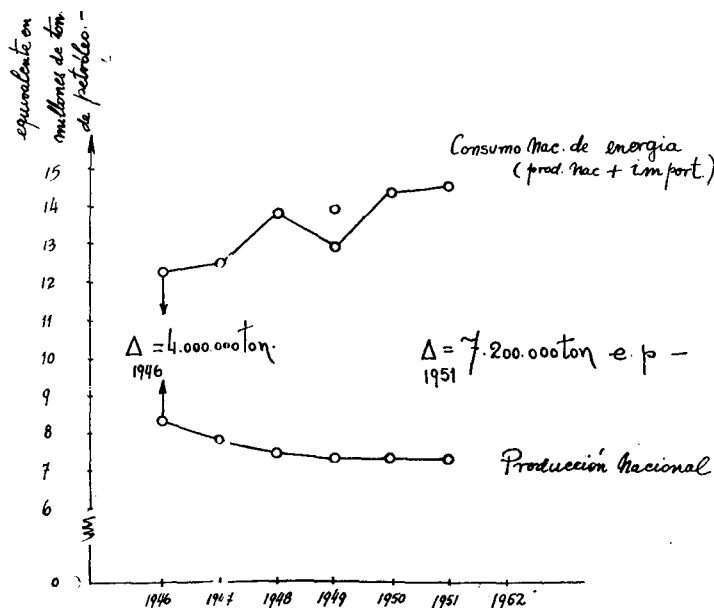
Sr. Nudelman. — ¿Podría informar algo de la energía de Richter? Porque el presidente dijo que reemplazaría al petróleo.

Sr. Rumbo. — Para que los señores diputados aprecien con espíritu patriótico lo que se está discutiendo en estos instantes acerca del desarrollo tecnológico en función de la industrialización del país, diré como síntesis que cada vez se acentúa más el déficit de petróleo y cada vez se acentúan más nuestras inversiones de divisas para importarlo. Por día, la República Argentina consume medio millón de dólares para la importación de combustibles líquidos, o dicho en otros términos, de cada tres dólares que ingresan al país, un dólar se gasta para importar combustible líquido.

Pensemos, señores diputados, con proyección de futuro, en función de gobierno, en función de hombres de Estado. Pensemos en el bien de la patria. Pensemos que dado su proceso industrialista —al cual no podemos renunciar bajo ningún aspecto, en el ritmo que va observando—, muy al contrario, debemos pensar que el mismo debe acentuarse: en lugar de uno de los tres dólares, se tendrán que gastar uno y me-

Déficit nacional de energía expresado en su equivalente de petróleo

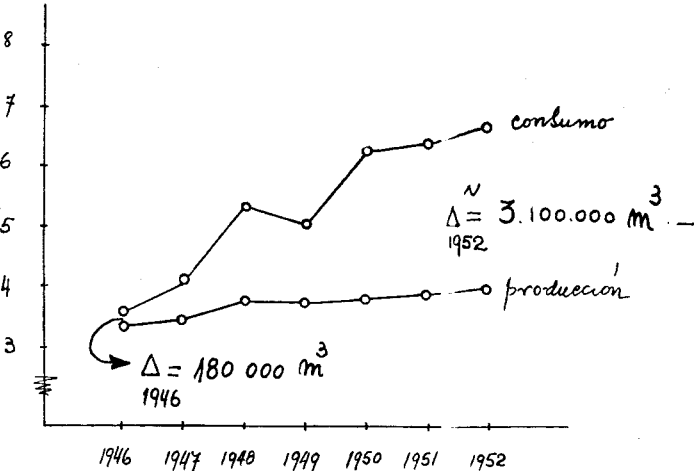
(Ton. de 10.500 cal.)



Año	Prod. nacional	Consumo nacional de energía
1946	8.307.000	12.348.000 ton. equiv. de petróleo
1947	7.872.000	12.579.000
1948	7.587.000	13.926.000
1949	7.475.000	13.053.000
1950	7.443.000	14.556.000
1951	7.475.000	14.697.000

Observación: La producción nacional de energía es permanentemente declinante.

Déficit nacional de petróleo y sus subproductos



dio. Acentuado más el ritmo de industrialización, será menester invertir dos de los tres dólares. Pues pensar detener nuestro ritmo industrialista significaría detener el progreso nacional, atentar contra nuestra propia seguridad.

Señor presidente y señores diputados: de cada tres dólares que ingresan al país, dos deberemos invertir para la importación de combustible líquido. Y así, siguiendo el proceso, llegará un momento que los tres dólares tengan que ir en su totalidad para importar combustible líquido, bajo el supuesto de no poder intensificar nuestras ventas en el exterior y mejorar los precios de nuestros productos.

Pensemos bien en el problema de la industrialización del país; pensemos que el incremento de la producción nacional de petróleo es insuficiente para satisfacer el estado actual de las necesidades del industrialismo creciente. Las exigencias de energía de la industria crecen en mayor proporción que el incremento de la producción nacional de combustibles líquidos.

El impacto industrialista es enormemente superior al impacto productor de hidrocarburos. Ahí radica justamente lo grave de nuestra situación, y ahí nuestra posición de inferioridad, el muro de contención a nuestra expansión industrial.

Nuestro país, por desgracia, tiene baja productividad por pozo, pues hasta ahora no se han encontrado los horizontes profundos de alta productividad; Comodoro Rivadavia tiene una productividad media de petróleo por pozo y por día de unos tres metros cúbicos. Persia registra

una media de 1.200 metros cúbicos de petróleo por pozo y por día.

Para ir centrando un planteo que luego haré, me voy a permitir leer párrafos del discurso pronunciado por el excelentísimo señor presidente de la Nación el 13 de diciembre de 1947, en oportunidad de celebrarse el 40º aniversario del descubrimiento del petróleo en Comodoro Rivadavia. Ruego a mis distinguidos colegas presten particular atención a esta lectura porque hay en ella un planteo trascendente en el cual me he inspirado para lo que luego concretaré.

Dijo el excelentísimo señor presidente de la Nación en aquella oportunidad: «Como resumen de aquella situación y de ese cúmulo de torpezas... debo consignar, para poner fin a mis palabras, que en cuarenta años de explotación petrolera el Estado no ha logrado extraer más que el 40 % del petróleo que se necesita para abastecer las necesidades normales del país. No entro a averiguar las causas que han motivado esta extraordinaria lentitud en explotar la riqueza de nuestro subsuelo, pero afirmo que estoy decidido a modificar radicalmente la posición del Estado en punto al disfrute de las riquezas naturales. En vez de aguardar sesenta años para alcanzar la explotación suficiente, es nuestro deber hacer todo lo posible para acortar ese largo período.»

Más adelante, el primer magistrado de la Nación, al hablar de la política petrolera, dice lo siguiente: «La política petrolera argentina ha de basarse en los mismos principios en que des-

cansa toda la política económica: conservación absoluta de la soberanía argentina sobre la riqueza de nuestro subsuelo y explotación racional y científica por parte del Estado, advirtiéndole que cuando el Estado rescate la dirección inmediata y directa de los bienes que la Nación posee, no debe ya despojarse del privilegio de seguir administrándolos, sin compartir funciones con otros intereses que no sean los que corresponden a todos los argentinos.»

Este trascendente discurso del excelentísimo señor presidente de la Nación, me temo no haya sido debidamente analizado, por algunos sectores responsables, con la seriedad que el mismo exige. El problema es demasiado grave para diferirlo sin darle solución.

Hay otro antecedente que se ha citado en esta Honorable Cámara. Me refiero al contrato de la Drilexco —Drilling and Exploration Company— de Nevada, Estados Unidos. De acuerdo con ese convenio, se buscaba, mediante el procedimiento de la contratación de obras, hacer la perforación de 40 pozos y obtener un acrecentamiento en la producción de petróleo. Tanto es así, que en el decreto 38.814 de 1947 se dice, en el considerando que voy a leer, que «por ello la Dirección General de Y. P. F. ha visto la necesidad de concentrar todos sus recursos técnicos propios en la ejecución de programas de explotación y exploración adyacentes a los yacimientos y realizar planes de exploración alejada mediante la contratación con empresas especializadas». El objeto era intensificar la producción de petróleo con miras a lograr la autonomía del país; 600.000 kilómetros cuadrados esperaban ser explorados.

Ya hay ahí un intento que lamentablemente ha fracasado porque la solución de este problema debe llevarse con suma energía y con patriótica seriedad.

Al tratarse en la Comisión de Presupuesto y Hacienda este importante asunto, motivo hoy de debate, el señor ministro de Asuntos Económicos, doctor Gómez Morales, tuvo oportunidad de expresar su opinión a raíz de una inteligente pregunta formulada por el señor diputado Rabanal.

Expresó el señor diputado Rabanal: «Teníamos interés en conocer la opinión del Poder Ejecutivo respecto de si estos capitales extranjeros participarán en la explotación del petróleo.» Contestó el ministro de Asuntos Económicos en los siguientes términos: «El problema del petróleo es sumamente complejo y ya en el segundo Plan Quinquenal se ha establecido la posibilidad de un aporte del capital extranjero.»

Sr. Nudelman. — Es lo que dijimos nosotros.

Sr. Rumbo. — Lo que se trata de determinar es cómo participará el capital extranjero y en qué manera el mismo no afectará el principio fundamental de la Constitución justicialista de 1949, en lo que respecta a la explotación de los

servicios públicos y, particularmente, en lo que se refiere al petróleo, para el cual tiene la Constitución un régimen especial.»

Luego agregó: «Concebida una participación del capital extranjero en la industria del petróleo, es factible en algunos aspectos de la explotación del mismo, como por ejemplo sería la contratación de perforaciones en esta materia, como una especie de empresa de construcción, una especie de locación de obra. Y así podría colaborar el capital extranjero sin afectar los principios básicos que en la materia tiene el Poder Ejecutivo.»

Agregó a continuación: «Sobre esta base y sin alterar los principios, habremos de aceptar la colaboración del capital extranjero siempre que ello sea posible; si no, seguiremos como hasta ahora.»

Por la lectura de las palabras del señor ministro de Asuntos Económicos, por la cita del discurso del excelentísimo señor presidente de la República, por el antecedente Drilexco y por la trascendencia que tiene en función de los objetivos fijados por el segundo Plan Quinquenal en materia minera y, en especial, petróleo —que no leeré, porque son conocidos por todo el pueblo de la República—, me permitiré sugerir un planteamiento propio, personal, con responsabilidad exclusiva del diputado que habla, consistente en el siguiente anteproyecto de bases generales...

Sr. Nudelman. — Que el petróleo quede en manos argentinas.

Sr. Rumbo. — ...con el objeto de enjugar el déficit creciente en cuanto al abastecimiento de combustibles líquidos, según los principios de la Constitución Nacional y los objetivos del segundo Plan Quinquenal.

Primero, concurrencia de empresas especializadas. Por el procedimiento de la contratación de obras y servicios, auspiciase la concurrencia a la producción de petróleo y gas de las empresas medianas y chicas constituídas en el exterior y las argentinas, constituídas o a constituirse, quienes podrán participar en forma directa, complementaria o paralela, en el plan nacional en materia de hidrocarburos.

Sr. Alende. — Es ingenuo el planteamiento del señor diputado. Los grandes consorcios internacionales utilizarán a las empresas chicas como testaferros.

Sr. Rumbo. — Segundo, forma de contratación. Por el procedimiento del riesgo propio, sin responsabilidad económica del Estado, y cuya forma de pago será en función de su propio producido, en términos de petróleo y gas, o mediante otro sistema similar a establecerse, parte en especie y parte en divisas de origen.

Sr. Fassì. — No necesitamos más para tener razón.

Sr. Rumbo. — Tercero, zonas de operación. Serán fijadas en cada caso, según se trate de exploradas o a explorarse, todas de explotación

alejada, reservándose el Estado la exploración y explotación adyacentes a sus yacimientos en producción.

Cuarto, destino de la producción. El Estado podrá administrar toda la producción, o parte de ella, industrializándola, comercializándola y transportándola, cuando lo pueda juzgar conveniente.

Quinto, tiempo de duración de la contratación de servicios. Podrá estar en función: a) de la mayor o menor producción de petróleo y gas; b) del monto de las inversiones a amortizar; c) de los beneficios inherentes al riesgo según la zona operativa establecida; d) de la satisfacción total de las necesidades nacionales en petróleo crudo y subproductos; e) del interés de la defensa nacional.

Sexto, beneficio. La fijación del interés de la inversión en obras y servicios contratados estará en función del riesgo, según sea zona explorada o a explorarse, y su ubicación y naturaleza geológica, mediante un por ciento de su producción.

Séptimo, forma de pago: en términos de divisas, según el capital de origen, a los dos años de iniciada la efectiva producción, o en el que se fije en cada caso.

Octavo, precio: el de la cotización internacional del producto en bocamina.

Noveno, excedentes exportables: de haberlos, los comercializará el Estado, en todo o en parte, pudiendo destinar su producido para acentuar el pago total de las obras y servicios contratados, así como de los beneficios legítimamente reconocidos.

Décimo, intervención del Estado: concurrirá en todos los aspectos que tiendan directamente a «consolidar la independencia económica, para asegurar la justicia social y mantener la soberanía política».

Sr. Alende. — La entrega del petróleo al extranjero.

Sr. Nudelman. — Tiene la valentía de reconocerlo.

—Varios señores diputados hablan a la vez, y suena la campana.

Sr. Presidente (Benítez). — Continúa en el uso de la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Rumbo. — Es muy fácil emplear grandes palabras y gruesos epítetos; lo difícil es encarar con valentía grandes soluciones. Nosotros tenemos que encarar con perspectiva de futuro y con ansia de patria todos los problemas que sea menester encarar...

Sr. Alende. — Por eso estamos en contra de la entrega del petróleo.

Sr. Rumbo. — El peronismo no entrega nada. Tiene una trayectoria tan limpia y clara como la bandera de la patria.

—Varios señores diputados hablan a la vez, y suena la campana.

Sr. Presidente (Benítez). — Para que el debate se desarrolle normalmente, la Presidencia requiere de los señores diputados de la minoría que se abstengan de interrumpir al orador que tiene concedido el uso de la palabra, y que no abusen de la tolerancia que se les ha brindado.

Sr. Nudelman. — Es una noble pasión argentina...

—Varios señores diputados hablan a la vez, y suena la campana.

Sr. Presidente (Benítez). — Continúa con la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Rumbo. — Señor presidente: en esos diez puntos que he proyectado y que someto a la consideración de la Honorable Cámara, no hay entrega alguna. Hay sí una pasión de patria, de un hombre que vive intensamente esa pasión. Hay allí la exhibición del ánimo predispuesto para servir los auténticos intereses del pueblo, dentro de la más clara interpretación de la doctrina justicialista, dentro de la más clara interpretación de los principios de la Constitución reformada de 1949, y dentro de la más clara interpretación de la ley del segundo Plan Quinquenal. Los grandes momentos históricos exigen grandes realizaciones. No tener el ánimo de encararlos, es una forma de desertión.

Señor presidente, señores diputados: entrego a la Cámara este planteo que es una afirmación de soberanía. Pregunto a los señores diputados, adónde irá a parar la soberanía de la República, cuando el 100 % de nuestras divisas deban ir a nutrir los fondos de metrópolis extranjeras para la importación de combustibles.

Ahí está el planteo. Discuta el pueblo, discuta la Cámara, discuta el país, que yo entrego mi honra y entrego mi vida, porque es mi pasión servir a la patria y servir a la causa de Perón. *(¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos prolongados. Varios señores diputados rodean y felicitan al orador.)*

Sr. Presidente (Benítez). — Tiene la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Alonso. — Habiendo hecho uso de la palabra la totalidad de los oradores inscritos para participar en este debate, hago indicación de que se tome la votación; pero, a fin de determinar y establecer la responsabilidad de cada uno en este histórico debate, pido que la votación se haga en forma nominal.

Sr. Presidente (Benítez). — La Presidencia desea saber si está suficientemente apoyado el pedido de votación nominal.

—Resulta suficientemente apoyado.

Sr. Presidente (Benítez). — Se votará nominalmente.

Se va a votar, en general, el despacho de la Comisión de Presupuesto y Hacienda en el proyecto de ley por el que se establecen las normas que habrán de regir las inversiones extranjeras.

—Se practica la votación nominal.

Sr. Secretario (Oliver). — Han votado 127 señores diputados: 113 por la afirmativa y 14 por la negativa.

—Votan por la afirmativa los señores diputados: Acosta, Acuña, Agüero, Albarellos, Albrieu, Alonso, Alvaredo de Blanco Silva, Alvarez, Arias, Astorgano, Atala, Balbi, Bidegain, Biondi, Blasi, Brigada de Gómez, Bustos Fierro, Campano, Camus, Cantore, Carballido, Carrizo, Castagnino, Castro, Casuccio, Caviglia de Boeykens, Clement, Cobelli, Chalup, Dacunda, Da Rocha, Degliuomini de Parodi, Degreef, Deimundo, del Río, de Prisco, Díaz de Vivar, Diskin, D'Jorge, Domínguez (R.), Dussaut, Fernández (E.), Flores, Fontana, Forteza, Gaeta de Iturbe, Gago, García, Gianola, Gobello, Goutia, Gómez, Gomis, González (A. F.), González (S.), González (V.), Hermida, Labanca, Lanfossi, Lannes, Loguercio, López (G.), López (N.), López (P.), López (P. G.), Luna, Macabate, Macri, Martínez, Merlo, Messina, Miel Asquía, Miguel de Tubío, Moreno, Moreschi, Musacchio, Ordóñez Pardal, Orlandi, Ortiz de Sosa Vivas, Osella Muñoz, Otero, Pallanza, Parino, Pellerano, Peralta, Pérez Otero, Pericás, Picerno, Piovano de Castro, Posada, Pracánico, Presta, Preste, Quevedo, Rinaldi, Rocamora, Rodríguez (C. E.), Rumbo, Sáinz, Salaber, Scandone, Siboldi, Spachessi, Tejada (B. M.), Tejada (M. U.), Tesoricri, Tommasi, Torterola de Roselli, Ulloa, Vergara, Villafañe, Villa Maciel y Zerega.

—Votan por la negativa los señores diputados: Alende, Belnicoff, Fassi, Ferrer Zanchi, Gallo, Latella Frías, Marcó, Nudelman, Perette, Piaggio, Rabanal, Ravignani, Santucho y Weidmann.

Sr. Presidente (Benítez). — En consideración en particular el proyecto de ley.

Por Secretaría se dará lectura del artículo 19.

Sr. Miel Asquía. — Señor presidente: como todos los señores diputados tienen en sus bancas el despacho impreso, hago indicación de que no se dé lectura del texto de los artículos, limitándose la enunciación al número correspondiente.

Sr. Presidente (Benítez). — Si hay asentimiento, así se hará.

—Asentimiento.

Sr. Presidente (Benítez). — Se prescindirá de la lectura del texto de los artículos.

Sr. Alende. — Pido la palabra.

Sr. Presidente (Benítez). — La Presidencia recuerda al señor diputado por Buenos Aires que los presidentes de ambos bloques han acordado que se prescinda de la discusión en particular en razón de que, con una lista de oradores que se confeccionó de común acuerdo y que ha sido respetada estrictamente, los señores diputados han tenido oportunidad de expedirse con la mayor amplitud sobre todos los artículos del proyecto de ley.

Sr. Alende. — Quería explicar la razón de nuestro voto.

Sr. Presidente (Benítez). — En cumplimiento de lo acordado, corresponde proceder a la votación en particular.

Se va a votar el artículo 19.

—Resulta afirmativa de 105 votos; votan 118 señores diputados.

Sr. Presidente (Benítez). — En consideración el artículo 29.

Sr. Nudelman. — Necesitamos explicar nuestra actitud.

Sr. Alende. — Tenemos que exponer nuestro pensamiento.

Sr. Presidente (Benítez). — No corresponde, porque ya han tenido la oportunidad de expedirse extensamente todos los señores diputados que se inscribieron en la lista de oradores.

Se va a votar el artículo 29.

—Resulta afirmativa de 101 votos; votan 118 señores diputados.

Sr. Presidente (Benítez). — En consideración el artículo 39 del proyecto de ley, con la redacción aprobada por la Comisión de Presupuesto y Hacienda.

Se va a votar.

—Resulta afirmativa de 107 votos; votan 120 señores diputados.

Sr. Presidente (Benítez). — En consideración el artículo 49, con la redacción aprobada por la Comisión de Presupuesto y Hacienda, que aconseja la supresión de la palabra «argentina».

Se va a votar.

—Resulta afirmativa de 107 votos; votan 120 señores diputados.

Sr. Presidente (Benítez). — En consideración el artículo 59.

Se va a votar.

—Resulta afirmativa de 107 votos; votan 119 señores diputados.

Sr. Alende. — Que quede constancia de nuestra protesta por no habérsenos permitido expresar el alcance de nuestro voto.

Sr. Presidente (Benítez). — En consideración el artículo 69.

Se va a votar.

—Resultado afirmativa de 108 votos; votan 121 señores diputados.

Sr. Presidente (Benítez). — En consideración el artículo 79.

Se va a votar.

—Resultado afirmativa de 108 votos; votan 121 señores diputados.

Sr. Presidente (Benítez). — En consideración el artículo 89.

Se va a votar.

—Resultado afirmativa de 108 votos; votan 121 señores diputados.

Sr. Presidente (Benítez). — En consideración el artículo 99.

Se va a votar.

—Resultado afirmativa de 109 votos; votan 122 señores diputados.

Sr. Presidente (Benítez). — En consideración el artículo 10.

Se va a votar.

—Resultado afirmativa de 109 votos; votan 122 señores diputados.

Sr. Presidente (Benítez). — En consideración el artículo 11.

Se va a votar.

—Resultado afirmativa de 109 votos; votan 122 señores diputados.

Sr. Presidente (Benítez). — En consideración el artículo 12.

Se va a votar.

—Resultado afirmativa de 109 votos; votan 122 señores diputados.

—El artículo 13 es de forma.

Sr. Presidente (Benítez). — Queda sancionado el proyecto de ley (1). (*Aplausos prolongados.*)

Se han formulado varios pedidos de inserción de antecedentes en el Diario de Sesiones; la Presidencia someterá a la votación de la Honorable

Cámara esos pedidos en el orden en que han sido formulados.

Se va a votar si se incorpora al Diario de Sesiones la inserción solicitada por el señor diputado por Santa Fe.

—Resultado afirmativa de 115 votos; votan 122 señores diputados.

Sr. Presidente (Benítez). — Se hará la inserción solicitada (1).

Se va a votar si se incorpora al Diario de Sesiones la inserción solicitada por el señor diputado por la Capital.

—Resultado afirmativa de 117 votos; votan 122 señores diputados.

Sr. Presidente (Benítez). — Se hará la inserción solicitada.

Se va a votar si se incorpora al Diario de Sesiones la inserción solicitada por el señor diputado por Entre Ríos.

—Resultado negativa de 101 votos; votan 121 señores diputados.

—Varios señores diputados hablan a la vez.

Sr. Astorgano. — Pido la palabra para formular una moción de orden.

Sr. Presidente (Benítez). — Tiene la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Astorgano. — Propongo que en el día de mañana no se llame a sesión y que, luego de votada esta primera parte de mi moción, se resuelva levantar la sesión que está realizando la Honorable Cámara.

Sr. Presidente (Benítez). — Se votará por partes la proposición del señor diputado por la Capital.

Se va a votar si no se llama a sesión en el día de mañana.

—Resultado afirmativa de 104 votos; votan 121 señores diputados.

Sr. Presidente (Benítez). — Se va a votar si se levanta la sesión.

—Resultado afirmativa de 113 votos; votan 118 señores diputados.

Sr. Presidente (Benítez). — Queda levantada la sesión.

—Es la hora 20 y 40.

(1) Véase el texto de la sanción en la página 1138.

(1) Véase la inserción en la página 1139.

2

A P E N D I C E

I

SANCIONES DE LA HONORABLE CAMARA

PROYECTO DE LEY

El Senado y Cámara de Diputados, etc.

Artículo 1º — Los capitales procedentes del extranjero que se incorporen al país para invertir en la industria y en la minería, instalando plantas nuevas o asociándose con las ya existentes, para su expansión y perfeccionamiento técnico, gozarán de los beneficios que acuerda la presente ley.

Art. 2º — A los fines del artículo 1º, los capitales extranjeros podrán ingresar al país:

- a) Bajo forma de divisas;
- b) Bajo forma de maquinarias, equipos, herramientas y otros bienes productivos necesarios para el desarrollo integral de la actividad a la que se dedicará el inversor.

Art. 3º — Las inversiones extranjeras que se realicen de acuerdo con la presente ley deberán ser previamente aprobadas, en cada caso, por el Poder Ejecutivo nacional. Para la aprobación de las inversiones se tendrá en cuenta:

- a) Que la actividad a la que se destine la inversión contribuya a la realización del desarrollo económico previsto en los planes de gobierno, traduciéndose directa o indirectamente en la obtención o economía de divisas;
- b) Que en los casos de capitales que se incorporen bajo la forma de bienes físicos, éstos comprendan todas las máquinas, equipos, herramientas y otros elementos concurrentes para asegurar la instalación total de la planta y, además, un volumen adecuado de materias primas y repuestos como para asegurar un normal funcionamiento por el período de tiempo que, en cada caso, se considere necesario;
- c) Que las máquinas mencionadas y equipos deben ser nuevos o encontrarse en perfecto estado de conservación y responder a sistemas modernos y eficientes de producción;
- d) El precio de los bienes físicos que integren la inversión será el corriente en los mercados de exportación a la fecha del ingreso al país.

Art. 4º — Los capitales extranjeros que ingresen de acuerdo con la presente ley quedarán sujetos a la legislación argentina y equiparados a los capitales nacionales.

Las empresas que se constituyan con esos capitales deberán organizarse de acuerdo con la legislación vigente y ajustar su acción a las directivas de los planes de gobierno. Estas empresas recibirán un tratamiento igual al que reciben empresas argentinas similares.

Art. 5º — Para tener derecho a los beneficios que conceden los artículos 6º y 10 los inversores extran-

jeros deberán solicitar la inscripción de sus capitales en el registro nacional que se creará a ese efecto.

Art. 6º — A partir de los dos años de la fecha en que la inversión extranjera haya sido inscrita en el registro mencionado en el artículo 5º, el inversor tendrá derecho a transferir al país de origen utilidades líquidas y realizadas provenientes de la misma inversión hasta el 8 % sobre el capital registrado que permanezca en el país, en cada ejercicio posterior anual.

Art. 7º — Los inversores extranjeros tendrán derecho a capitalizar e inscribir como capital extranjero las utilidades que pudieran transferir de acuerdo al artículo anterior, que no hubiesen transferido por su voluntad expresa.

Art. 8º — Las utilidades cuya transferencia, dentro de las condiciones indicadas en el artículo 6º, no se hubiere solicitado, o que no se decidiera capitalizar y registrar como capital extranjero, al igual que todo excedente de utilidades sobre el mencionado por ciento, quedarán definitivamente nacionalizadas y no podrán ser transferidas al exterior bajo ningún concepto.

Art. 9º — Las utilidades que se capitalicen y registren como capital extranjero y las utilidades que a su vez produzcan gozarán del derecho de transferencia al exterior establecido por los artículos 10 y 6º de esta ley, respectivamente.

Art. 10. — A partir de los diez años de la fecha de la inscripción del capital extranjero originario en el registro indicado en el artículo 5º, el inversor tendrá derecho a retirarlo del país en cuotas del 10 al 20 % anual, según se establezca en cada caso, al autorizar la inversión. La repatriación del capital sólo podrá ser efectuada con fondos propios del inversor. Las utilidades capitalizadas ganarán la antigüedad del capital originario.

Art. 11. — Los inversores extranjeros comprendidos en el régimen de la presente ley que no hubiesen inscrito sus capitales en el registro indicado en el artículo 5º perderán todo derecho a los beneficios que acuerda esta ley, y los mencionados capitales se considerarán definitivamente incorporados al país.

Art. 12. — Al autorizar el ingreso al país de cada inversión, el Poder Ejecutivo podrá:

- a) Eximir total o parcialmente del pago de los derechos de aduana a los bienes físicos que se incorporen al país;
- b) Declarar «de interés nacional», a la nueva actividad que se incorpore al país y aplicar en su favor las medidas de fomento y defensa previstas en la ley 13.892 (decreto 14.630 del 5 de junio de 1944) de fomento y defensa de la industria.

Art. 13. — Comuníquese al Poder Ejecutivo.

II

INSERCIÓN SOLICITADA POR EL SEÑOR DIPUTADO DEGREEF

(Reunión de la Comisión de Presupuesto y Hacienda, del 30 de julio de 1953.)

Sr. Ministro de Asuntos Económicos.— El problema del petróleo es sumamente complejo y ya en el segundo Plan Quinquenal se han establecido las posibilidades de un aporte del capital extranjero en la industria.

Lo que se trata de determinar es cómo participará el capital extranjero, y en qué manera el mismo no afectará el principio fundamental de la Constitución justicialista de 1949 en lo que respecta a la explotación de los servicios públicos y particularmente en lo que se refiere al petróleo, el cual tiene en la Constitución un régimen especial.

Concibo que la participación del capital extranjero en la industria del petróleo es factible en algunos aspectos de la explotación del mismo, como por ejemplo sería la contratación de perforaciones. En esta materia, como una especie de empresa de construcción o una especie de locación de obras. Así podría colaborar el capital extranjero sin afectar los principios básicos que en la materia tiene el Poder Ejecutivo.

Si nosotros necesitamos efectuar perforaciones, podríamos aceptar la colaboración del capital extranjero para efectuar ese trabajo, sin mengua de los principios substanciales que tenemos en la materia.

Sr. Robanal.— Eso sería en cuanto a Yacimientos Petrolíferos Fiscales. ¿Y en cuanto a las empresas privadas de petróleo que hay en el país?

Sr. Ministro de Asuntos Económicos.— Sabe el señor diputado que las concesiones que tienen las empresas privadas son limitadas y que el régimen de las reservas es de carácter general. Prácticamente, la reserva corresponde casi íntegramente a YPF.

Sobre esa base y sin alterarla, habremos de aceptar la colaboración del capital extranjero, siempre que ello sea factible; si no, seguiremos como hasta ahora.

Nosotros vamos a seleccionar a las industrias, y estamos en condiciones de orientar al capital extranjero hacia aquellas que sean positivamente ventajosas sin lugar a dudas. Y donde haya dudas, preferiremos correr el riesgo con el capital nacional. No queremos que en manera alguna ese capital extranjero grave negativamente en la economía del país.